

# *Café y Tarta*

Mario Sanca



*Café y Tarta*  
Mario Sanca

CAFÉ Y TARTA

Copyright © Mario Sanca.

Ilustración de portada: Sito Recuero.

Corrección: L. M. Mateo.

Maquetación: Paola C. Álvarez.

Todos los derechos reservados.

# Índice

## Prólogo

### Enero

Lunes 13, 11:12

Domingo 19, 12:06

### Febrero

Martes 11, 18:04

Lunes 17, 15:34

Martes 18, 09:44

Jueves 20, 11:49

### Marzo

Lunes 2, 09:30

Jueves 12, 09:50

Viernes 20, 20:46

### Abril

Viernes 3, 20:45

Sábado 4, 10:30

Domingo 12, 10:36

Lunes 20, 14:20

Martes 28, 20:45

### Mayo

Viernes 8, 20:50

Lunes 11, 09:31

Miércoles 20, 18:04

### Junio

Viernes 5, 20:56

Lunes 15, 18:03

Martes 16, 14:02

Martes 23, 18:08

### Julio

Jueves 2, 21:03

Sábado 11, 10:31

Lunes 20, 13:43

Jueves 23, 18:06

### Agosto

Domingo 2, 11:12

Lunes 17, 10:32

### Septiembre

Lunes 7, 09:18

Lunes 21, 13:22

Miércoles 30, 18:34

### Octubre

Jueves 8, 21:47

[Martes 13, 15:23](#)

[Sábado 17, 10:22](#)

[Viernes 24, 09:31](#)

[Noviembre](#)

[Lunes 2, 20:31](#)

[Sábado 7, 17:14](#)

[Sábado 28, 12:08](#)

[Diciembre](#)

[Martes 2, 18:13](#)

[Jueves 10, 09:10](#)

[Lunes 21, 13:26](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

*Para Pablo, Lau y Vir.  
Gracias por tantos momentos dulces y por estar ahí en los amargos.*

# Prólogo

El agua cae sin contemplaciones desde el cielo.

Las gotas de lluvia repican en el exterior contra los coches y el mobiliario urbano en una melodía anestésica y caótica, un actor en el fondo de la sala que susurra desde la distancia para comentar la escena que tiene lugar ante sí.

En una cafetería de la ciudad, a través de unos cristales perlados de gotas, se distingue un exterior frío, gris, casi detenido en el tiempo, que logra convertirse en una melancólica foto que alguien colgaría en una sala de espera. Una estampa en la que se recuerda que el agua no discrimina a nadie.

Mientras, en el interior, la imagen, es muy diferente: acogedora, cálida, alborotada por el sonido de la cafetera que calienta la leche, el impacto frío de las cucharas metálicas contras las tazas y las conversaciones de mujeres y hombres que ocupan las mesas. El olor dulce de las tartas y el amargo del café inundan todo el espacio, y arrancan una sonrisa de satisfacción a todo aquel que llega del inhóspito exterior.

En ese momento de la mañana, una pequeña campana de metal indica que alguien abre la puerta de la cafetería.

El acolchado sonido de la lluvia desaparece durante los breves segundos en que la puerta está abierta, y vuelve a la normalidad cuando el umbral se cierra. Al instante, se escucha un suspiro de agotamiento acompañado por el sonido característico de unos zapatos mojados.

—Te dije que cogieras el paraguas —comenta con una sonrisa la camarera al chico que acaba de sentarse en la barra.

Con sus ojos del color del sirope de menta, enmarcados por el flequillo y unos mechones sueltos de tono chocolate con leche, observa al cliente de arriba abajo. Un leve gesto de negación con la cabeza hace que el pelo de su coleta oscile de un lado a otro.

—Se me ha olvidado en casa —contesta él mientras sus hombros bajan todo lo que su fisionomía le permite.

Mojado por completo, su pelo corto, del color de las galletas tostadas, deja escapar pequeñas gotas de agua que impactan sobre las gafas, por lo que su visión se transforma en un campo de estrellas translúcidas y sus ojos caramelo quedan desdibujados.

—Jaime... —La camarera llama su atención—. Al menos quítate la gabardina —insiste con un tono dulce y cálido, similar a la espuma caliente—. ¡Está chorreando! No querrás volver al trabajo con un resfriado.

—No —contesta cansado—, supongo que tienes razón.

Y con un movimiento lento, como si la gabardina se resistiera a terminar ese húmedo abrazo, el chico se la quita con cuidado para no mojarse más y la coloca en una butaca libre que hay junto a él. Esto deja a la vista el físico delgado de un joven de veintipocos años.

—También se te ha mojado la camisa. —Unos segundos de silencio siguen al comentario. Él, a través de las gafas, mira cómo lo observa—. ¿Ves algo con eso? Deja que te las limpie. —Y sin pedir permiso, en un gesto que denota mucha confianza, se las quita y las limpia con mimo gracias a un par de servilletas de papel. Después se las vuelve a colocar, en un movimiento que parece

perfeccionado por la fuerza de la costumbre—. Mucho mejor, ¿verdad?

A través de los cristales, ya limpios y transparentes, Jaime contempla la mirada de la camarera, clara, con una mezcla de alegría y algo más intenso, difícil de identificar, sobre todo en alguien que apenas ha llegado a la treintena; como si su edad no acompañase el nivel de profundidad que aguarda esa mirada.

—Sí, gracias, Elena. —Se quita las gafas para comprobar con satisfacción los cristales.

—No tienes que darlas.

La camarera lo examina de nuevo. Sin la gabardina empapada tiene mejor aspecto, al menos no parece un perro abandonado. Pero ese pelo despeinado y la camisa pasada de moda no ayudan.

—Si alguien te viera ahora, diría que te sientan fatal las Navidades —comenta Elena mientras arquea una ceja.

—Lo sé —contesta mientras intenta sonreír.

—Perdone, jovencita. —Un hombre la llama desde el otro lado de la barra.

—Ahora mismo vengo, Jaime, mientras... —Lo vuelve a mirar, aunque es incapaz de terminar la frase. Contiene una carcajada y, con una sonrisa en los labios, se aleja para atender al otro cliente.

A esas horas, casi a final de las fiestas, y con una lluvia que no invita a la gente a salir de casa, apenas hay transeúntes por las calles. En la cafetería, unas pocas personas, divididas en un par de mesas, cortan el silencio del lugar; sus conversaciones se mezclan con el ruido de la vajilla y de la cafetera mientras la radio hace todo lo posible por no quedarse en un segundo plano. En los pocos momentos en que el sonido de fondo se sincroniza, el café se llena del lamento de los asistentes y sus quejas sobre la vuelta al trabajo.

Mientras, Jaime se conforma con mirar la lluvia caer en el espejo de detrás de la barra.

Las gotas forman una pequeña neblina translúcida que distorsiona la imagen al otro lado de la calle. Y, en un instante, la escena se inunda con el aroma de café recién hecho, chocolate y una pizca de limón.

El muchacho se fija en la barra y se da cuenta de que, delante de él, ha aparecido una gran taza de café con una cremosa capa de leche y una succulenta porción de tarta. Y ese leve olor a limón solo puede proceder de una persona.

—De nada —responde Elena a la pregunta que no llega a formular Jaime.

—¿Y eso?

—Invita la casa.

—Vaya... —dice el chico sorprendido—. Voy a tener que dejarme el paraguas en casa más a menudo.

—Yo que tú no me arriesgaría.

Y con una amplia sonrisa, Jaime clava el tenedor en la tarta y escucha el ruido efervescente que produce el bizcocho al tacto con el metal; al mismo tiempo que, por el rabillo del ojo, observa cómo Elena fija la vista en algún punto de la cafetería.

Cuando sigue la dirección de la mirada, comprueba que contempla a un chico y una chica sentados en una de las mesas.

—¿Qué opinas? —pregunta ella mientras seca los cubiertos con un paño.

Él se gira un poco en el asiento para observarlos mejor: el cruce de miradas, los gestos, la postura, el tono de sus voces, sus expresiones... Todo pequeño detalle que pueda delatar el tipo de relación que hay entre ellos.

—Amigos —declara Jaime tras unos minutos de análisis.

Elena tuerce la boca en un gesto que deja claro que no está de acuerdo.



—No estoy tan segura. ¿Hermanos?

—No —niega con la cabeza él tras darle un pequeño sorbo al café—, amigos. Creo que él quiere ser algo más.

—¿Tú crees? —pregunta ella, escéptica.

—Claro que sí.

—No me terminas de convencer. —La camarera suelta los cubiertos y el paño con resignación—. Eso mismo podría pensar un desconocido de nosotros.

—¿De nosotros? Nada más lejos.

—Es cierto. Es evidente la relación que hay entre nosotros.

—¿Tú crees? —repite Jaime—. Ahora es a mí al que no terminas de convencer.

Elena mira a la pareja de la mesa y suspira.

—Bueno, supongo que, con el tiempo, lo averiguaremos.

La campana de la puerta vuelve a sonar. La camarera presta atención a los nuevos clientes y deja a Jaime con su tarta y su café para atenderlos.

**Enero**



# Lunes 13

## 11:12

Con el fin de las Navidades, la gente vuelve a su vida diaria: madrugar para trabajar, llevar a los niños al colegio, desayunar, comprar... En definitiva, vivir.

Hace días que los trabajadores del Ayuntamiento desmontan las luces festivas; los niños, que la semana anterior corrían por las calles, hoy cuentan los días que quedan hasta las siguientes vacaciones, mientras que las madres y los padres, después de los excesos pasados, calculan moneda a moneda cuánto dinero les queda para hacer la compra del mes.

Comienza un enero que sigue los pasos fríos y lluviosos de diciembre.

—¿Por qué te has traído aquí la oficina?

La pregunta de Elena se queda suspendida en el aire mientras, con una mezcla de curiosidad y asombro, observa cómo Jaime invade la mesa con el portátil del trabajo, el ratón, su estuche, un cuaderno de notas, la agenda, su móvil personal, el móvil del trabajo y un taco de folios que parece el manuscrito de un libro.

—¿Eh? ¿Qué? —se limita a decir él. Coloca, de forma ordenada y calmada, lo que ha sacado de su mochila—. ¿Has dicho algo? —pregunta mirando a la camarera—. Perdona, tengo mucho trabajo.

Dado que no hay más clientes, Elena tiene tiempo de observar cómo se forma una burbuja invisible alrededor del chico, donde todo tiene su lugar: deja un espacio justo delante de él y, sobre este, el portátil; a su derecha, el manuscrito, dos bolígrafos, un cuaderno de notas y el estuche, este último más alejado y, a su izquierda, la agenda abierta, con un móvil sobre unas páginas repletas de notas, y otro teléfono que marca unas hojas más adelante. La camarera, en el espacio libre que hay encima del cuaderno, coloca una taza de café y añade:

—Ya lo veo.

En pocos segundos, el aroma intenso de la bebida se mezcla con el suave de la leche caliente.

—¿Qué es todo este despliegue? —pregunta ella de nuevo.

—Trabajo.

—Pero...

Jaime la interrumpe:

—Llevo unas semanas horribles —dice con gesto de agotamiento—. Mi jefe ha vuelto de las Navidades asqueado. Se ha convertido en un pequeño dictador alienígena.

—¿Alienígena? —Se le escapa una rápida carcajada.

—Sí, porque su planeta se le queda pequeño y viene a este para amargarle la vida a más gente. Es como si le hubieran regalado un manual de instrucciones para ser un tirano, o un cambio de personalidad; aunque la teoría más aceptada es que le encogieron los calzoncillos y le aprietan los...

—¡Jaime! —lo corta Elena con rapidez antes de que termine la frase—. Al grano.

—Tengo que corregir este manuscrito antes de que se termine la semana. —Señala la montaña de folios colocados a su derecha—. El texto es muy bueno, pero tiene tantas faltas de ortografía y

gramaticales que parece que lo ha escrito un gato con sobredosis de azúcar. —Ella, de nuevo, contiene una sonrisa al pensar en esa imagen, pero Jaime no se da cuenta y continúa—: También tengo que echarle un ojo a los cambios que hicieron a la página web para celebrar el veinticinco aniversario de la editorial, corregir los panfletos, carteles y la publicidad que harán; además de un artículo sobre el aniversario que se publicará en una revista de literatura que ha escrito mi jefe, revisar las correcciones de otra novela y concertar una reunión con su escritor para ponerlo en común.

—¿Desde cuándo quedas con los escritores para darles las correcciones?

—Desde que son sobrinos del editor jefe.

—Qué bien —dice Elena con ironía—. Pero eso no contesta a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué te has traído aquí todo esto? —repite en un tono de completa calma.

—¡Ah! —dice como si fuera obvio—. Porque Amparo, la compañera que se sienta a mi lado en la oficina, parece que se ha duchado hoy en perfume. ¡En serio! Casi se puede ver una nube de olor a su alrededor cuando camina. ¡Es insoportable! Huele a gato muerto con esencia de melocotón. Si fuera temporada de mosquitos, podríamos seguir el reguero de cadáveres que dejaría a su paso.

—Ya —sonríe ella de forma abierta—. ¿E irte...? —Elena se detiene.

Jaime mira su ordenador, con la mano derecha clica en el ratón para abrir un par de archivos mientras, con la izquierda, pasa un par de páginas de su agenda. Al mismo tiempo, entre instante e instante, mira el cuaderno de notas. Suelta un segundo el ratón para coger el bolígrafo. Parece que va a apuntar algo pero, en ese momento, se lo coloca entre los dientes para volver a coger el dispositivo y deslizarlo sobre la mesa.

La camarera conoce lo suficiente al chico para saber que ha entrado en su burbuja de trabajo. Todo intento de conversación con él será inútil y frustrante para ella, así que opta por la mejor opción que tiene siempre que Jaime se pone así:

—Te traeré un pedazo de tarta de manzana y... —Mira unos segundos el café—. Una tila.

Y sin añadir nada más, coge la taza que minutos antes ha colocado sobre la mesa y se la lleva a la barra.

# Domingo 19

12:06

La mañana está tranquila.

Hace un rato que no se usa la cafetera, la puerta no se abre desde hace más de una hora y poco queda ya en el aire del aroma a tarta de limón recién hecha.

Los motores de las máquinas acompañan con un suave ronroneo de fondo el maratón de música de los noventa que retransmiten en la radio, solo interrumpido por Laura, una de las camareras, callada y reservada, que limpia, por segunda vez, todos los cubiertos.

Uno de los pocos presentes es Jaime.

Los restos de un pedazo de tarta de limón —muy similar a la de queso, con una base de galleta escondida bajo una gruesa capa blanquecina, pero cubierta por un sirope amarillo— y los posos secos del café indican que lleva allí bastante rato. Aunque el único signo del paso del tiempo que le interesa es la luz roja de la batería de su portátil.

—Vaya —dice al darse cuenta.

Elena, ensimismada mientras garabatea en un trozo de papel, levanta la vista. Mira hacia la puerta por instinto, pero, al darse cuenta de que ha sido Jaime quien ha hablado, vuelve a centrarse en el papel.

—¿Dónde puedo enchufar esto? —Saca el cargador de su mochila.

—Trae.

La chica se incorpora para coger el extremo del cable y se agacha para conectarlo a un enchufe que hay en la parte baja de la barra.

Tal vez movido por la curiosidad o el aburrimiento, Jaime mira el pequeño trozo de papel en el que la camarera ha depositado toda su atención durante la última media hora.

—¿Qué es eso? —pregunta alargando la mano.

—¡Nada!

Pero antes de que Elena se lo impida, Jaime lo coge. Lo sujeta con la punta de los dedos, como si fuera un papiro de hace miles de años, lo gira en diferentes direcciones y lo mira con suma atención y cuidado. Y, con cada vuelta, con cada cambio de perspectiva, su rostro adquiere diferentes muecas que cambian de la curiosidad al desconcierto y, por último, a la certeza.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta él con una sonrisa tan amplia como su rostro le permite.

—¡Dame eso! —Ella estira la mano para arrancarle el pedazo de papel.

El chico es más rápido y alza el brazo para colocarlo fuera de su alcance.

—¿Por qué no me dijiste que habías vuelto a diseñar?

—Porque no he vuelto a diseñar.

—¿No? ¿Y qué es esto? —Jaime le muestra la hoja que tiene en la mano.

En ella hay dibujada la silueta de una mujer, sin expresión ni rostro, solo una figura. Varias líneas curvas y rectas la completan con un vestido por debajo de las rodillas, asimétrico.

—¡Has vuelto a diseñar! —grita él sin contener su emoción y alegría.

—Bueno... No he vuelto a diseñar... —empieza a defenderse ella mientras se escuda detrás de

un montón de servilletas—. Solo que..., bueno..., a ver...

Por mucho que lo intente, aunque lo niegue, y por muchas excusas que se le ocurren en ese momento, la mirada que le lanza Jaime solo admite una respuesta sincera.

—¡Vale! ¡Tienes razón! ¡He vuelto a diseñar! —admite, herida ante la evidencia.

—¡Toma ya! ¿Desde cuándo? ¿Por qué? ¿Por qué no me lo has contado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién más lo sabe? ¿Soy el único? ¿Has hecho más diseños? ¿Y qué es lo que has creado?

Elena, ante la lluvia de preguntas, comienza por la que le parece más fácil:

—Es un vestido de cóctel. Algo sencillo y elegante.

—¿Ya has empezado a confeccionarlo?

—No, aún no. Solo pruebo varios modelos antes de ponerme a coser nada.

—¿Has hecho más?

—Sí. —Ella continúa, anticipándose a la siguiente pregunta de Jaime—. Tengo otros tres en casa.

—¡Guau! —Se recuesta en el respaldo del taburete—. Elena, no sabes lo que me alegro por ti. De verdad. ¿Cuánto tiempo hacía que no...?

—Tres años.

El silencio que sigue es breve, pero tan pesado como la más dura de las verdades.

Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios. Los ojos le brillan un segundo antes de cerrarlos para contener las lágrimas. Una sensación amarga baja por su garganta y se acomoda en su corazón, un lugar que ya le es familiar.

Jaime alarga la mano y estrecha la de ella con firmeza. Solo es necesario ese gesto. Ni un largo abrazo, ni un emotivo beso en la mejilla, ni tan siquiera un sonoro discurso de aprobación. Ese gesto comunica todo lo que él quiere decirle y todo lo que ella necesita saber. Un mensaje que ha estado presente desde que se conocen y, sobre todo, en estos tres últimos años.

Y, aunque sus manos se separan, el instante persiste.

—¿Cómo...? —Esta vez él no encuentra las palabras apropiadas para expresar lo que piensa.

—Me escribió un *mail* hace un par de meses una de mis profesoras —dice Elena, despacio, como si a cada palabra le costara salir de sus labios. Lucha con sus sentimientos para que sus ojos no sucumban a las lágrimas—. Se convocaba un concurso para nuevos diseñadores y pensó en mí. Y bueno... Me mandó el enlace a la página del concurso y, sin saber muy bien por qué... entré.

En ese momento, baja la vista hacia la barra, donde la lisa superficie le ofrece un lugar para perderse por unos segundos. Sonríe con timidez al mismo tiempo que se encoge un poco de hombros.

—No sé muy bien por qué lo hice. Y para cuando me di cuenta, dibujaba en las servilletas, en los bordes del periódico y, hace un mes, me compré un cuaderno.

De nuevo, el silencio, pero esta vez no es pesado ni duro, sino ligero y dulce como una buena nata montada, repleto de emociones, de sentimientos y, sobre todo, de esperanza. Para Jaime marca un comienzo. Una sensación que despierta tras tres años de letargo y que vuelve a mirar al mundo de una forma ya olvidada. Para Elena es un paso más del camino, acompañada de alguien que la ayuda a seguir, que le sostiene la mano, con seguridad y confianza, para que cuando llegue el momento continúe avanzando.

# Febrero



# Martes 11

18:04

Comienza febrero, que deja atrás las Navidades, la incorporación al trabajo y la promesa imposible de comer menos dulces el próximo año; una suave transición que consolida el cambio de año y la vuelta definitiva a la rutina.

Los desfiles han comenzado hace una hora.

Primero, el de las madres y sus hijos que regresan del colegio, también llamado «tiempo de guerra» por las camareras de la cafetería porque, como en la guerra, las normas o reglas se descuidan: las calles rebosan de coches en doble fila o sobre las aceras, los intermitentes son los grandes olvidados, y la sangre no corre por las aceras siempre y cuando nadie le quite el aparcamiento a quien lo haya visto primero. Y, así, llegado el momento, los niños empiezan a salir mientras los padres y las madres les dan los bocadillos y los interrogan sobre el día. De vez en cuando, si se portan bien o si han sacado buenos resultados, compensan a las criaturas con una buena dosis de azúcar procedente de la cafetería; si no hay nada destacable, igual de rápido que llegan, se van para empezar la lucha por los deberes en casa.

Después les toca a los trabajadores de las empresas. Llena las calles todo un desfile de muertos vivientes, cansados de un largo día de trabajo, que solo desean huir de la zona antes de que sus jefes los llamen porque olvidaron algo o necesitan que se queden un poco más. Así que un mar de trajes, faldas y corbatas ondean contra el viento, alejándose a toda velocidad de allí; un océano de negros y grises que hacen destacar a cualquier persona que se atreva a vestir algún color más vivo.

—¿Descanso? —le pregunta Elena a Jaime al verlo sentado en una de las mesas.

El chico no contesta. Está con la cabeza sobre las manos, embobado con los nuevos adornos que han colocado en la cafetería.

Como cada San Valentín, la camarera y sus compañeras han llenado el lugar con corazones: unos colocados sobre cada mesa para indicar su número; otros entrelazados en una guirnalda en la parte frontal de la barra; y nuevos folletos esperan en sus soportes con los platos y las bebidas especiales para esa semana, todos rebautizados con algún guiño romántico, como el postre beso de Venus o un café con leche condensada llamado Romeo y Julieta.

Pero lo que tiene absorto a Jaime no es ninguno de esos adornos, sino decenas y decenas de pequeños corazones que, con hilo de pescar, cuelgan del techo. Esto, en apariencia, no es muy espectacular y, sin embargo, cada vez que alguien abre la puerta, la corriente de aire hace que todos giren en una coreografía improvisada e hipnótica.

Sus ojos vidriosos están perdidos en ese techo, fijos, distantes; su memoria trae un recuerdo al presente que contempla ensimismado. Una imagen de hace tres años. Una instantánea que no se podrá repetir y que guarda para siempre en un lugar muy especial, llena de alegría, de emoción, pero también de pesar y dolor.

Se queda ahí, congelado durante el tiempo que Elena tarda en atender a un par de clientes:

—¿Descanso? —Esta vez la mujer le da un pequeño golpe.



Este sacude la cabeza y la mira unos segundos sin entenderla del todo, hasta que su cerebro conecta.

—¡Sí! Sí. —El corrector retira el menú para dejar sitio a la taza de café que le trae Elena—. Los descansos que tienen mis compañeros para fumar, yo los invierto en cafeína. Además, he aprovechado para quedar con Pablo. —Observa cómo ella le llena la taza de leche—. Está muy bien la cafetería.

—Gracias —contesta Elena con una sonrisa, llena de orgullo—. San Valentín siempre trae clientes deseosos de endulzarse el día, así que teníamos que poner una decoración a la altura.

—Sí, aunque cualquier excusa es buena para tomar un trozo de tarta —sigue Jaime mientras ella termina de servirle—. Pero San Valentín no es hasta dentro de un par de días. ¿Por qué habéis puesto los adornos ya?

—El jefe. —Hace un gesto con la cabeza hacia arriba—. En lugar de limitarse a un solo día, lo celebraremos hasta el catorce. Cree que, de esta forma, la gente vendrá y consumirá más. Diseñó ese folleto con las cosas nuevas... Aunque es lo que teníamos antes, pero con otro nombre. A las tartas les pasa lo mismo, son las mismas que solemos tener, aunque... —En ese momento la cara se le ilumina—. ¡No has probado la tarta especial!

Él, que se espera algo grande por su gesto, se pega al respaldo de su asiento y contesta con cierto miedo:

—N... no.

—¡Tienes que probarla!

Y, sin decir nada más, se aleja para perderse unos momentos en la cocina.

Jaime aprovecha el tiempo que tarda en volver para mirar de nuevo los corazones del techo. Le maravilla lo simples que son y el gran poder de distracción que poseen.

—¡Aquí tienes! —escucha a Elena de pronto.

El sonido del plato sobre la mesa hace que el chico lo mire. En lugar de la típica porción de tarta, Jaime ve un corazón con una forma perfecta y de un vivo color rojo, casi simétrico, del tamaño de una funda de un disco de música.

—Es... un corazón —dice entre sorprendido y dubitativo.

—¡Sí! El interior es una Red Velvet —continúa Elena—, y está cubierta de chocolate blanco con colorante para darle ese color tan llamativo.

El chico mira la tarta y arquea los labios hacia arriba.

—Desde luego, tiene una forma perfecta. Y muy buen color.

—¡Prueba! —Elena le tiende la cuchara—. A ver qué te parece.

Incapaz de negarse, Jaime la coge y la clava en la tarta.

Al partirse la capa superior, escucha crujir el chocolate blanco, de forma seca y directa. Tras ella, le toca al bizcocho y el peculiar ronroneo que deja escapar, hasta que la cuchara golpea el fondo del plato.

Mientras lleva hacia su boca el pedazo, la mirada de Elena lo hace sentirse como un animal en un zoo. De manera que, sin querer alargar aquello, da el primer bocado.

—¿Te gusta?

Jaime siente la explosión de sabores y texturas en su boca: el potente chocolate blanco, la ligereza del bizcocho y el toque agrio y cremoso que le da el relleno. Cierra un momento los ojos para contener la sensación e, incluso, nota cómo le sube por la espalda un escalofrío. Sus hombros se tensan un instante para relajarse a continuación.

—¿Y bien? —insiste Elena ante su silencio—. ¿Te gusta?

Él la mira con los ojos desorbitados y pletóricos de alegría.

—¡Está impresionante!

La camarera da un pequeño brinco y sonrío de oreja a oreja.

—Sabía que te iba a gustar. Sofía, mi compañera, la ha probado esta semana y, sin exagerar, ha sido el mejor orgasmo que ha tenido en meses. —Se ríe, mientras él asiente.

—Sí, la verdad... Casi está al mismo nivel que un buen polvo.

Jaime sonrío y coge otro pedazo con la cuchara.

—Paula, la chica nueva —la camarera baja el tono al mirar a la joven que está en el otro extremo de la barra—, también la ha probado y dice que se va a llevar siete.

—¿Siete?

—Sí, siete. Para cuando termine los exámenes de la universidad darse una semana de puro placer.

Jaime se ríe alegre y sincero.

—La verdad es que es un buen plan para recuperar la energía perdida. Yo era más de helado. —Golpea de nuevo la tarta con el tenedor para romper la dura envoltura de chocolate blanco.

—Por cierto —continúa Elena—, ¿en la editorial no harán nada para San Valentín?

—Lo mismo que todos los años. Atrasaron la publicación de algunas novelas románticas para que coincidieran con esta semana. Esperan que así la gente compre más. —Pero ella mira al corrector sin entender del todo lo que dice—. Ya sabes, las editoriales creen que, en estos días, las personas solteras compran más novelas románticas para llenar el hueco que hay en sus corazones.

—¿Y venden más? —pregunta escéptica.

—El triple —contesta tan atento a su tarta que no se fija en la cara de asombro de la camarera.

—¿El triple? Esas son muchas novelas vendidas.

—Sí. De hecho, el lanzamiento de casi todos los libros de Susana coincide con estas fechas. Y también han convocado un concurso de relatos románticos. Los diez mejores se recopilarán en un libro.

—Eso está muy bien. Sí que hacéis cosas por estas fechas.

—La verdad es que sí, ahora que lo pienso —continúa él dándole un pequeño respiro a la tarta—. Además, se hacen convenciones, conferencias y todo tipo de charlas y coloquios sobre literatura romántica. Son bastante interesantes. La mayoría de las veces traen a alguna escritora de renombre.

—¿Ese congreso es al que fuiste el verano pasado en Londres?

Jaime se queda pensativo un momento.

—No. Fui a otro diferente. No era solo de novela romántica.

—Ah, bien.

El corrector se queda en silencio y pone una mirada que despierta la curiosidad de Elena.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—¿Qué pasa de qué?

—Esa cara.

—¿Qué cara?

—¿Hola? ¡A esta distancia puedo verte la cara! —contesta ella con determinación—. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado?

—No sé de qué me hablas —dice Jaime evasivo mientras toma otra cucharada de la tarta.

—Si no me quieres contestar, está bien. —Elena acerca el rostro al suyo y arruga la frente—. Pero te conozco lo suficiente para interpretar tus caras.

—¡No es nada! —reitera él ante tanta insistencia—. Pensaba en apuntarme a algún curso o

conferencia este verano. Solo me lo has recordado.

—¿Eso es todo? —pregunta algo decepcionada.

—Me temo que sí.

—No te creo. —La camarera tuerce la boca y mantiene la mirada fija en el chico. No pestañea ni se mueve, apenas respira, incluso frunce el ceño.

—¡Vale! —dice tras un largo suspiro él—. Pensaba en que...

—¡Ves! —grita de júbilo mientras lo señala con un dedo culpabilizador—. ¡Te conozco! ¡Sabía que le dabas vueltas a algo!

—No es importante. Es solo que, en el trabajo, siempre salen las dudas de si esto es una fiesta consumista, si publicar novelas románticas es una forma de contribuir a ella; luego, hay quien dice que es una buena excusa para reavivar el amor... Todo eso.

—Bueno... —Elena toma una larga bocanada de aire para expulsarla poco a poco antes de continuar—: Creo que sí que hay una parte importante de consumismo. Las tiendas y marcas, los restaurantes, las cafeterías... —alza las manos, en un gesto obvio, hacia los corazones que cuelgan del techo— intentan sacar partido y que la gente compre más. Pero también creo que es una buena excusa para que las parejas, las personas solteras y todos en general tengamos un detalle con esa persona especial. Muchos clientes, por desgracia, nos cuentan que es de las pocas veces que salen a cenar con sus parejas ya que, el resto del año, están muy ocupados con el trabajo, los hijos y la rutina. —Jaime va a añadir algo, pero Elena le hace un gesto con la mano para que la deje terminar—. Soy de las que piensan que no necesitas una excusa para salir a cenar un día con la persona a quien amas; que se debería hacer una vez al mes como mínimo para reconectar, para salir de la rutina, para alimentar el amor... Pero no todo el mundo piensa como yo, así que me alegro, en parte, de que aprovechen este día. —Espera unos segundos. Mueve los ojos como si necesitara dar forma a un pensamiento que le ronda. Abre la boca, la cierra sin decir nada y repite el gesto—: También creo que es un día en el que, algunas personas, recuerdan todo lo que dejaron atrás, las relaciones que no funcionaron o que no pudieron ser. —Se calla. Suspira—. En esos momentos viene bien tener un pedazo de tarta que llevarse a la boca.

# Lunes 17

15:34

La marabunta de gente que ha ido a comer a la cafetería comienza a disiparse. Como prueba de lo ocurrido quedan mesas repletas de cafés medio vacíos, una mezcla de olores dispares en el aire y cuentas con un par de monedas de propina. La cocina empieza a adormilarse y las camareras tienen algo de tiempo para respirar.

Jaime, como siempre que come allí, se ha sentado en una discreta mesa que hace esquina, alejado del movimiento de las trabajadoras que van con prisas y carreras entre horarios de salida y entrada. Siempre se toma su tiempo para comer con calma; pide el menú, un refresco y saca la novela que lee en ese momento.

—Hoy es de queso —anuncia Elena al dejar un plato sobre la mesa.

En este descansa una espesa porción de tarta blanquecina, con base de galleta y recubierta por una fina lámina de mermelada de arándanos.

—Gracias. —Contempla el pedazo con cierta admiración—. No sé qué hace vuestro cocinero, pero a mí nunca me queda tan cremosa.

Con curiosidad, como si descifrara el más antiguo de los misterios, Jaime desliza su tenedor por el interior de la tarta.

—Secreto profesional —contesta ella con una amplia sonrisa antes de continuar hacia una de las mesas que requiere su atención.

Él, sin demorar más el momento, la prueba. Una ola de sabor invade su boca. Y justo en el instante en el que se le empieza a formar una sonrisa, alguien se sienta en la silla que tiene delante.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta una voz aguda, más propia de una niña que de una mujer adulta.

—¿*Qué a'ses qui?* —contesta Jaime con la boca aún llena de queso.

Ante la cara de desconcierto de ella, alza el dedo para pedir un momento y, tras tragar, vuelve a formular la pregunta:

—¿Qué haces tú aquí, Susana?

Según su DNI, está cerca de los cuarenta; por su indumentaria, de los catorce: gafas de pasta, dos coletas y toda la ropa en colores pastel. Es como una muñeca de tamaño natural. Y donde quiera que vaya, siempre la acompaña una potente nube de colonia de fresa.

—¡Buscarte! —Se hace oír por encima del resto de voces de la cafetería.

Elena, que se acerca con decisión a ellos, gira ciento ochenta grados sobre sí misma al oír el grito y se aleja mientras reza todas las oraciones que es capaz de recordar para que Susana no la haya visto.

—¿Buscarme?

—¡Claro! ¿No estás nervioso —eleva el tono hasta que suena casi igual a un silbato para perros— por la reunión de las cuatro?

—¡Hasta ahora, no!

—¡Pues deberías! No solo estará el editor jefe, sino también el resto de los editores,

publicistas, abogados y —en ese momento Susana agacha la cabeza y mira en todas direcciones, de forma algo dramática y sobreactuada— los de Recursos Humanos. —Acompaña sus palabras con un golpe seco sobre la mesa que hace dar a Jaime un pequeño respingo.

La mujer se apoya en el respaldo y se pasa la lengua con rapidez por los labios al tiempo que abre los ojos, como si acabara de descubrir la identidad de un asesino en serie o la receta secreta del guiso de su abuela. Cualquiera de las opciones le parece viable a Jaime.

—Ya —contesta él mientras vuelve a su tarta—. Nos mandaron un correo a todos los empleados hace una semana. —Concluye la frase con un nuevo bocado de aquel manjar.

Susana siempre ha sido una mujer de fervientes convicciones y creencias, aunque sin demasiada puntería para dirigirlas hacia algo productivo. Es una de las mejores escritoras con las que cuenta la editorial y Jaime lo sabe de primera mano, ya que él suele hacer la corrección ortográfica de sus novelas. Y mientras las ventas suben gracias a sus grandes dosis de drama y emoción, a veces traspasan el papel y se apoderan de la vida de su creadora.

—¿Por qué estás tan tranquilo? —pregunta ella sin comprender del todo al chico—. ¡Que vengan los de Recursos Humanos es horrible! ¡Es lo peor que nos podría pasar! ¡Nunca es por nada bueno! ¡Siempre ocasionan llantos allí a donde van! ¡Son unos mensajeros de la desgracia! ¡Los jinetes del Apocalipsis en persona! ¡Anuncian la destrucción! ¡El caos! ¡Heraldos de...!

Mientras Susana sigue con el discurso —o como Jaime lo llama, «pensar fuera del tiesto»— el corrector se limita a comer. Deprisa, sin hablar, sin cambiar el gesto, sin tragar antes de llevarse un nuevo pedazo de tarta a la boca, en apariencia inmune a las exclamaciones lanzadas por su compañera; mientras su ansiedad aumenta al tiempo que la cantidad de dulce en el plato disminuye.

—¡Seguro que despiden a alguien! ¡Ah! —Susana se tapa la boca con las manos mientras da un pequeño salto sobre su asiento—. ¿Y si me despiden? ¿Y si dicen que no están contentos con mi trabajo? ¿Y si hacen más recortes? ¡Ese mal nacido de Recursos Humanos! ¡Criatura del infierno! ¡Engendro del mal!

Como el tono de la mujer decae, Jaime ve la oportunidad de participar:

—¿Alberto? —pregunta sorprendido—. ¿Un engendro del mal? —Susana asiente con tal convicción que sus coletas se mueven de manera exagerada de un lado para otro—. ¿El que trae todos los lunes bollos recién hechos de su casa para, según él, «sobrellevar mejor el día»? ¿El que regala a todos los de la oficina una tarjeta personalizada para felicitarnos las Navidades?

El silencio solo se corta por el ruido de fondo de la cafetería y el del cubierto de Jaime que golpea el plato para coger un nuevo trozo de tarta.

—Sí, ese —responde Susana al poco, algo más desinchada—. ¡Un engendro del mal!

—¡Venga, Susana! —dice él con una amplia sonrisa—. Alberto es un encanto. A toda la oficina le cae genial y la única razón por la que dices esas cosas es porque le gustas y no sabes qué hacer. —Aprovecha que la cara de la escritora se vuelve de mermelada de fresa para continuar—. La reunión será igual que siempre por estas fechas: nos felicitarán de manera oficial el año, nos preguntarán por las vacaciones, aunque haya pasado ya un mes, y organizarán el calendario editorial para los siguientes. Hemos empezado el trimestre con mucho trabajo y, lo más probable, es que quieran contratar gente de apoyo. —Y, aunque la mujer parece más calmada, hay algo en su rostro que no tranquiliza a Jaime—. Tú eres la mejor escritora que tiene la editorial ahora mismo. La que más vende. Y siempre triunfas en las firmas de libros. Estarían locos si pensarán en despedirte.

Susana suelta un gran suspiro al tiempo que relaja la cara y sus hombros se destensan.

—¿Estás seguro? —pregunta, inocente.

—Claro. —Mientras contesta saca el dinero de su cartera—. Los fans están locos contigo, tienes un encanto natural que fascina, se te dan muy bien las entrevistas... ¡Lo tienes todo!

Coloca el dinero sobre la mesa y recoge sus cosas al mismo tiempo que se levanta. Susana lo imita. Elena, al verlos, decide volver a esconderse en la cocina hasta que lleguen a la salida.

—Y ahora, a la reunión.

# Martes 18

09:44

—¿De qué iba lo de ayer? —pregunta Elena, que coloca una carga en la cafetera.

En el local ya se ve movimiento. Las madres y padres que han llevado a sus hijos al colegio terminan de ponerse al día entre café y tostadas; los trajeados de las oficinas pasan a por su dosis diaria de cafeína y algunos residentes del barrio llegan con calma para empezar su mañana.

—Nada —dice Jaime, aún dormido, hipnotizado al ver cómo cae el líquido oscuro sobre un vaso para llevar—. Susana estaba algo nerviosa por la reunión de ayer.

—Tienes la paciencia de un santo.

—No exageres.

—¡Claro que sí! —dice ella mientras echa dos azucarillos en el café—. Me acuerdo de que me dijiste hace tiempo que el resto de los editores y correctores no se llevaban bien con ella.

—No dije eso. —Pero, ante la mirada inquisitiva de Elena, Jaime continúa—: Dije que trabajar con ella puede ser algo difícil a veces. Pero, por lo demás, es una mujer encantadora.

—Pues, para ser encantadora, en los últimos meses solo te asignan a ti para sus correcciones.

—Según una de mis jefas, su editora, han visto que nos compenetramos bien y por eso suelo trabajar yo con ella.

—Es decir, que tienes una paciencia casi infinita de la que carecen el resto de tus compañeros, y por eso trabajas *tú* con ella.

—Más o menos.

El café termina de salir de la máquina. Elena lo coge y remueve el contenido con una cuchara para deshacer el azúcar.

—¿Y de qué iba la reunión?

—Bueno... —Jaime se detiene un momento para organizar la información—. Quieren hacer algunos cambios en la editorial. ¡Y no! No van a despedir a nadie —añade él ante la cara angustiada de la camarera—. Han ascendido a dos editores, uno de ellos la de Susana. Y han contratado a dos personas para cubrir esos huecos, así como a varios correctores. El mayor cambio es que, ahora, en lugar de trabajar para la editorial, trabajo para esa editora, la de Susana —aclara—. Solo haré y corregiré lo que ella me mande.

—Entonces... —empieza a decir Elena mientras sonríe—, eso es... Es... ¿Te han ascendido?

—No exactamente. Creo... No estoy seguro —contesta dubitativo—. Cobro cien euros más al mes, aunque en mi contrato figura que soy corrector. La diferencia es que me voy a centrar en exclusiva en los manuscritos que decida mi editora. No como antes, que corregía muchas más cosas, como la web y los artículos.

—¡Es una gran noticia!

—Bueno...

—¡Es una gran noticia, Jaime! Esa mujer ha visto algo en ti y por eso te ha puesto a trabajar para ella.

—¿Tú crees?

—¡Claro! —contesta al dejarle delante el café para llevar—. Que te haya escogido es una gran noticia.

La camarera alza el dedo para pedirle que espere y desaparece dentro de la cocina. A los pocos segundos regresa con una bolsa de papel que le entrega:

—Una porción de tarta especial para ti, con base de hojaldre, capas intercaladas de bizcocho y crema de fresa y rematada con fresas naturales. —Le guiña un ojo al terminar la descripción—. Para que celebres el ascenso. —Parece que Jaime va a decir algo, pero ella se adelanta—. ¡Aprovecha esta oportunidad!

Él, sin saber muy bien cómo contestar a un cumplido, sonríe con timidez.



# Jueves 20

11:49

—¿Qué haces aquí? —pregunta Elena cuando entra Jaime. Mira el reloj un par de veces para asegurarse de la hora—. Qué tarde te has cogido el descanso hoy, ¿no?

El muchacho asiente y conquista con rapidez uno de los taburetes de la barra.

—Sí, hay que ponerse al día tras las Navidades —dice mientras se quita el abrigo y lo deja en el asiento libre de su derecha—. Tenemos que cerrar algunas cosas pendientes del año pasado y continuar con las novedades de este y... —el discurso de Jaime se queda suspendido en el aire cuando ve la caja que tiene Elena al otro lado del mostrador— y tenemos que organizar algunos eventos para este año. Además, he aprovechado para quedar con Pablo.

Mientras ella lo mira y sonríe, empieza a sacar adornos multicolores del interior de la caja.

—¿Tenéis grandes planes para este nuevo año? —pregunta ella al coger una guirnalda confeccionada con máscaras de colores. Tras dejarla en un lado del interior del mostrador, junto con una bolsa de globos, continúa—. ¿Café y tarta?

—¿Eh?

—Que si quieres café y tarta, como siempre.

—Sí, sí.

Ella mira un momento sus manos, repletas de adornos, y gira el rostro hacia el final de la barra.

—Mercedes. —Mira a la compañera que trabaja con ella ese día.

—¿Sí? —Una mujer que ha superado la mediana edad, con el pelo salpicado por alguna que otra cana y unas caderas voluptuosas, se da la vuelta en el otro extremo—. ¿Te pongo algo?

Elena le enseña las manos ocupadas y asiente:

—Un café con leche y un trozo de tarta; de la de queso con melocotón, por favor.

—Enseguida.

Y, tras acercarse a la máquina con un marcado movimiento de caderas, la carga de café mientras Elena continúa con la caja.

—Este año —prosigue el corrector al mismo tiempo que su cabeza intenta encontrarle algún sentido a aquellos adornos— se jubila uno de los editores. Así que todo su trabajo lo tiene que supervisar alguien más del equipo.

A parte de las máscaras, también hay esferas confeccionadas con papel de colores, bolsas con globos y algunas boas de plumas.

—¿Se jubila Juan? —pregunta ella, ajena a las expresiones de incertidumbre de Jaime.

—Eh... No, no. Todavía le quedan un par de años. Es Jorge.

—¿El del departamento de Fantasía?

—El mismo.

—¡Ay! ¡Me encanta ese hombre! Siempre que viene es muy amable y nos cuenta historias increíbles.

—Aquí tienes, cielo —dice Mercedes, que pone la taza y el plato delante del chico. La porción de tarta esconde una base de hojaldre bajo una capa cremosa donde se ven pequeños pedazos de

melocotón y, sobre toda la pieza, varios gajos de la fruta en almíbar.

—Muchas gracias —contesta él con una sonrisa, y ella se aleja sin perder el golpe de cadera —. Sí, aporta mucha alegría a la oficina.

La caja está llena de adornos, colores y formas divertidas, que contrastan con la simplicidad del cartón desnudo.

—¿Ya tenéis sustituto?

—La verdad, no. Lo más normal es que asciendan a alguien de dentro. Una persona que ya conozca la editorial y cómo funciona.

Jaime ataca la tarta sin piedad. Coge rápido un trozo con el tenedor para llevárselo a la boca y, antes de tragárselo, carga de nuevo el cubierto. En lo que Elena tarda en colocarse una boa alrededor del cuello, él da tres bocados rápidos.

—Sí, sería lo más lógico —prosigue ella.

—Pero se rumorea que tal vez capten a alguien de otra editorial para el puesto. Alguien que ya tenga experiencia como jefe de ese departamento.

—Entiendo. Sí, también tiene sentido.

—¿Para qué es todo eso?

—¿Esto? —Elena saca una boa amarillo pollo y otra verde esmeralda de la caja. El chico asiente—. Adornos de carnaval.

—¡Ah! ¡Claro! ¡Carnaval!

Jaime abre mucho la boca como si no comprendiera por qué no ha caído en algo tan obvio. Las guirnaldas, las máscaras y todo lo que Elena sacaba de la caja cobra sentido.

—¿Qué pensabas que era?

—Pues, no lo sé.

—Las fiestas son este fin de semana y mi jefe ha dicho que pusiéramos ya los adornos. Para crear ambiente —dice las dos últimas palabras en un tono más grave, imitando la voz de un hombre, pero lo hace tan mal que provoca una larga carcajada en Jaime.

—Bueno, estos días veremos si sirves como decoradora.

Elena se pone un antifaz en la frente y dos boas de plumas sobre los hombros.

—¿Acaso lo dudas? —Ambos se ríen—. ¡Oh! ¡Oh! Eso me recuerda... —continúa ella emocionada—, ¡he encontrado chistes nuevos para carnaval!

Jaime tuerce la boca en un gesto dubitativo y abre un poco los ojos.

—¿En serio? —Por su tono, desea un no por respuesta.

—Sí, para alegrar un poco a los clientes y para la fiesta de disfraces de Lucía.

—¿Es este fin de semana?

Todos los años, Lucía, una amiga de Elena, los invita a la fiesta de carnaval que organiza en su casa: sangría gratis, comida, concurso de disfraces y juegos. Y, algo que empezó como una sencilla cena entre amigos, con el tiempo se ha convertido en una de las celebraciones del año.

—Sí, este finde. A las nueve en su casa, como siempre. Escucha...

—Por favor, no.

—Esto son dos locos que quieren escaparse del manicomio y, el día de carnaval, se ponen una bolsa de basura para disfrazarse de caramelos. Cuando salen por la puerta, el guarda de seguridad les dice: «¿Dónde vais, dementes?». —Elena se ríe y Jaime acentúa más la mueca de circunstancias—. Y los locos contestan: «Yo de *mente* y él de *frece*».

La chica suelta una gran carcajada y los ojos de él se entrecierran un poco.

—Es muy malo.

—¡Que va! Tengo otro. ¿Cómo se dice «estoy muerto» en inglés?

El corrector se tapa media cara con la mano:

—Sorpréndeme.

—*¡Me morí!* —Esta vez acompaña su risa descontrolada de un gesto con los brazos, como si se sujetara el estómago, y él la mira con resignación—. Este tal vez sea mejor para Halloween —continúa ella sin perder la sonrisa.

—Son muy malos, Elena —dice él tras terminarse la tarta de tres rápidos bocados.

—¡Nada de eso! Lo que pasa es que no tienes sentido del humor.

—Ya. Será eso.

En ese momento, la campana de la puerta indica que alguien ha entrado. La camarera se gira:

—¡Pablo, guapetón!

Se trata de un chico de la edad de Jaime, vestido con pantalones chinos, camisa blanca y el pelo corto del color del chocolate en polvo.

—¡Elena! ¿Qué tal? —la saluda él cuando llega a la barra. Ambos se echan hacia delante para darse dos besos. Tras esto, da un rápido abrazo al corrector y se sienta a su lado.

—Te acabas de ahorrar unos cuantos chistes malos.

—¿En serio? —contesta entre risas, consciente de la fama de la camarera—. Para la próxima vez.

—Algún día encontraré a alguien que sepa apreciar mi humor —puntualiza ella—. Hace un montón que no te veo. Ya me dijo Jaime que lo habías dejado con Natalia. Cuánto lo siento.

—Muchas gracias —dice él, algo alicaído—. No sé cómo lo hago, pero todas las tías que conozco tienen alguna tara.

Elena y Jaime cruzan las miradas un momento de forma cómplice. Hace tiempo que perdieron la cuenta de las chicas con las que ha estado Pablo. Según él, todas tienen algún tipo de problema que hace que la relación siempre termine: demasiado maquillaje, muy lista, con pocas aspiraciones en la vida, un ex con el que se lleva muy bien, muy de pueblo, muy de ciudad... Con cada nueva ruptura, la camarera y el corrector están cada vez más convencidos de que, en realidad, la tara la tiene él.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Elena.

—Tenía perro.

El silencio se instala. Ambos intercambian miradas y esperan a que continúe, pero Pablo sigue callado. Mira de forma distraída la carta, ajeno a lo que ocurre a su alrededor. Así que su amigo decide tomar la iniciativa:

—¿Y qué pasa por que tenga perro?

—Ya sabes —contesta él sin ganas—. Hay que sacarlo todas las mañanas, mediodía, tarde y noche; llevarlo al veterinario, darle de comer...

—Ya. ¿Y Natalia te obligaba a hacerlo?

—¡No! ¡No! Se ocupaba ella de todo.

De nuevo, unos segundos de silencio y nuevas miradas entre Elena y Jaime.

—¿Y se subía al sofá o a la cama? —pregunta ella.

—¡No! Tampoco. Sabe que lo tiene prohibido. Lo tiene muy bien educado, tanto que ni siquiera se acercaba a la mesa cuando comíamos.

—Entonces, ¿soltaba mucho pelo? —dice Jaime.

—Tampoco. ¡Bueno, sí! Pero usaba una de esas aspiradoras que van solas, así que siempre tenía la casa limpia.

De nuevo se miran sin saber qué más añadir, ya que ninguno encuentra una explicación.

—Cuánto lo siento, Pablo —repite ella—. Te voy a poner una porción doble de tarta para

alegrar las penas.

Y mientras se aleja, ve que Jaime intenta consolar a su amigo, sin saber muy bien cómo.

# Marzo



# Lunes 2

09:30

Marzo llega a la ciudad con un inicio de primavera irregular. En un momento dado hace sol, y diluvia a los pocos minutos; en otro vienen rachas de vientos congelados, o amanece tan nublado que transforma todo en un gigantesco invernadero. En la calle se ve a gente abrigada hasta las orejas y a otros, algunos valientes, que se atreven con la manga corta.

En definitiva, un caos que parece haber llegado también a la cafetería esa mañana.

Un ruido ensordecedor saluda nada más entrar y el aire está repleto de diferentes olores a desodorante, una mezcla extraña de colonias e, incluso, algún ligero toque a sudor matutino. No quedan restos de aroma a café en el ambiente y, mucho menos, de tarta o de repostería. Han desaparecido por completo.

Las madres y padres que han llevado a sus hijos al colegio sitian todas las mesas, sin dejar ni una libre. Descansan ajenos a todo lo que ocurre a su alrededor mientras vacían las tazas y los platos con tranquilidad. Han dejado a sus pequeñas criaturas al cuidado de otros y pueden relajarse: desayunar con calma, degustar cada sorbo de café, cada porción de tarta, ponerse al día de las novedades y disfrutar de cada minuto de «tiempo adulto» que tienen.

Mientras, los trajeados forman un muro perfecto e infranqueable en la barra. Parece que todos se han puesto de acuerdo y visten de negro o tonos oscuros, una barrera monocolor que no deja ver más allá. Toda la seriedad que aporta su vestimenta la pierden con los movimientos acelerados de la cabeza y el dinero en la mano, para pagar rápido y correr hacia el trabajo; buscan frenéticos a las camareras para que los atiendan. No tienen tiempo de charlar ni disfrutar del desayuno o ponerse al día. No. Vienen a por su primera cuota de café y, cuando la obtienen, se marchan.

Dos realidades diferentes que comparten un mismo espacio.

Y con esa estampa delante, solo hay una cosa clara. No queda sitio.

Jaime se extraña. Un día normal todo está más tranquilo a estas horas. Las mesas tienen las tazas y platos vacíos, y en la barra se ponen los cafés para llevar tan rápido que no se amontona la gente. Pero hoy...

—¡Buenos días! —Levanta la mano por encima de la multitud para llamar la atención de la camarera.

Elena, que tiene la cara congestionada y algunos mechones de la coleta sueltos, le dirige una rápida mirada.

El chico duda de si se ha dado cuenta de que es él o si su rostro es uno más entre la vorágine de gente y café. Pero, al cabo de un minuto, la chica levanta la mano con un vaso para llevar y una bolsa de papel, que contiene un pedazo de tarta de almendra —más parecida a un bizcocho que a una tarta— en su interior, y se la da a Jaime.

—Luego me lo pagas.

Y, sin decir nada más, vuelve a la frenética carrera de preparar cafés y desayunos para todo el mundo.

Jaime, por su parte, decide que es mejor una retirada táctica.

## 14:06

Cuando vuelve a la cafetería, la atmósfera es muy diferente.

El estridente ruido de la mañana ahora solo es un recuerdo entre el tintineo de las cucharas contra las tazas y los cubiertos sobre los platos; el olor a desodorante y colonia ha sido sustituido por la mezcla de aromas de las comidas recién hechas: huevos y patatas fritas, pollo a la plancha o puré de verduras. Y los comensales, que descansan en las mesas tras una larga mañana de trabajo, hablan de forma animada mientras les sirven.

Elena se encuentra tras la barra y prepara las bebidas para que su compañera, Laura, las lleve a las mesas. Jaime se acerca decidido, pero antes de que pueda pedir explicaciones, ella toma la palabra.

—Mi jefe es un capullo.

—Buenos días a ti también —saluda él con una sonrisa.

—¡Es verdad! —dice al darle la carta con el menú del día—. Esta mañana Sofía no podía venir en los desayunos, la operaban de las amígdalas. ¡Lo sabemos todos desde hace semanas! ¡Semanas! Por cierto, la ensalada César hoy está muy rica. —Señala la carta y, durante un segundo, pierde esa rabia—. ¡Sabíamos que necesitaba mandar a alguien! Porque las mañanas, ya sabes cómo son; sin parar. Entre dos se trabaja bien, pero una sola...

—Quiero la ensalada César y lasaña.

—Sabía elección. Pero el muy capullo ¡no se acordaba! ¡Inútil! ¿Y de postre?

—La —repara con rapidez la lista— San Marcos.

El corrector sabe que es una apuesta segura. Varias capas de bizcocho intercaladas con nata montada, coronado con una fina lámina de caramelo tostado y adornado en el lateral con más nata. Clásica, pero nunca pasa de moda.

—Perfecto. —Elena apunta el pedido en una nota y se lo pasa al cocinero—. ¡Un inútil! Y, encima, en lugar de mandar a otra persona o venir a ayudar, ¡no ha mandado a nadie! ¡Me ha dejado sola con los desayunos y la gente! Casi me comen porque no ponía el café con la rapidez de todos los días. ¿De beber, lo de siempre?

—Sí.

Elena se detiene un momento, como si ordenase sus pensamientos, mientras prepara un vaso con hielo y un refresco para Jaime.

—La gente dice que los abogados son tiburones sanguinarios, pero es porque no han visto a un grupo de madres que esperan el desayuno. —La chica se calla un instante y posa la mirada en una de las mesas. Al hacerlo, se ve a la perfección cómo un escalofrío recorre su cuerpo y agita sus hombros y su cabeza—. Y luego, cuando les llevaba las cosas: «¿Es con leche de soja?, ¿y mi otro azucarillo?, te lo pedí descafeinado...». ¡Qué tocapelotas son a veces! —Agarra una pequeña servilleta y la estruja con sus manos.

—¿Estas son las mismas que os traen bollitos de canela todos los domingos?

—¡Ah! —La expresión de ella se relaja y sonrío de la misma forma en que lo haría una persona al ver un cachorrillo—. No, esas son un encanto. De hecho, hoy me han traído sus cosas a la barra para ahorrarme trabajo. No. ¡Yo hablo de las otras! —Y vuelve a su cara de furia—. Esas hijas de...

—Oye —la interrumpe Jaime—, ¿y no podía venir otra de las chicas?



—Tenían cosas que hacer. Paula tiene clase por las mañanas, Mercedes no encontraba canguro para sus hijos y a Laura no la ha podido localizar hasta hace un rato. —Señala con la cabeza hacia a su compañera, que está en una de las mesas—. No había opciones.

—Como decías, tu jefe se podría haber quedado para echarte una mano.

—Sí, ¿verdad? —pregunta con una expresión que el corrector traduce como «no estoy loca, ¿no?»—. Pero si lo hiciera, demostraría que tiene corazón y humanidad. Y todos sabemos que es un monstruo sin ninguna de esas cualidades. ¡Pero si se ha quedado dormido! Lo he llamado esta mañana y estaba en la cama. ¡No ha hecho el más mínimo esfuerzo por solucionar nada! Menos mal que luego he quedado con Lucía para tomar algo y desahogarnos.

—¿Y no has pensado en cambiar de trabajo? —La pregunta inesperada de Jaime se queda suspendida en el aire el tiempo que tarda en llenar su vaso de refresco—. Quiero decir... No es la primera vez que te quejas de él. Todos sabemos que es un incompetente, hasta él sabe que es un incompetente. Te cambia los horarios, no paga como debería las horas extras y, aparte, es un capullo. ¿Por qué sigues aquí?

De nuevo, el silencio se llena con el ruido de fondo de la cafetería y el olor a café. Elena se limita a mirar a Jaime con aquellos ojos que, gracias a las luces, parecen del color de la menta fresca. Respira y su sonrisa se vuelve como un café solo, amarga.

—Pues... No lo sé. Bueno, sí. Para no tener que dar explicaciones que no quiero dar. —La cara de Jaime es un mar de dudas y preguntas, al no entender a qué se refiere—. «¿Por qué el cambio? —dice ella—. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué el mundo de la hostelería? ¿Por qué no siguió con su carrera?». Ese tipo de preguntas que no sé si quiero contestar.

Abre la boca para continuar, pero ninguna palabra sale de su garganta. Su mandíbula duda y toma aire mientras sus ojos se iluminan con un par de lágrimas. Los cierra un momento y alza la cabeza para volver a respirar, con calma, y controlar el caudal que la inunda.

Por eso cambió de trabajo. Para mantener la mente ocupada. Ahora piensa en cuántos cafés le han pedido en una mesa, en cortar las tartas en raciones idénticas o en secar los cubiertos con un paño. En este trabajo no para, como hizo aquella mañana, y así no piensa en lo que pasó y las consecuencias, ni en las heridas que aún no han cicatrizado.

—Entiendo —añade Jaime.

Los dos se quedan callados. El silencio no es incómodo ni pesado, solo es silencio, uno que guarda muchas emociones, sentimientos y recuerdos de un pasado que no han olvidado y que, en mayor o menor medida, siguen ahí.

# Jueves 12

09:50

—Aquí lo tienes. —Jaime deja el dinero del desayuno sobre la barra.

—Ten una buena mañana —se despide Elena mientras coloca dos tazas en la cafetera.

Justo cuando el corrector va a salir, entra un joven que no llega a la treintena, muy delgado, con media melena castaña y sonrisa encantadora.

—¡Hombre, Jaime! —lo saluda, sin que este pueda evitarlo, con dos rápidos besos en la mejilla.

—Buenos días, Paco. ¿Qué tal estás?

—¡Muy bien, cielo! ¿Y tú? Hace muchísimo que no te veo —continúa mientras le toca de forma cariñosa el hombro—. ¿Cómo te va todo y cuándo vais a venir a verme un fin de semana?

Paco trabaja en la papelería de al lado; divertido, alegre y coqueto, se gana un extra los fines de semana como *drag queen* en una discoteca del centro.

—Todo bien; con algo de prisa. Otro día nos tomamos un café y hablamos con calma.

—Te tomo la palabra, cari.

Con otros dos besos de regalo, el corrector cruza el umbral. Paco se dirige hacia la barra y se hace notar: mueve las caderas de forma exagerada, golpea el suelo con ímpetu al dar cada paso y sonríe como si ese fuera el estado natural de su boca.

—Buenos días, corazón —saluda cuando se acerca a Elena.

—Buenos días para ti también. —Se apoya en la barra para darle dos besos—. ¿Pantalones nuevos?

—¡Sí! —contesta, emocionado, tras darse la vuelta y colocar las manos sobre su trasero—. Me hacen un culo estupendo, ¿a que sí?

Elena suelta una rápida carcajada. Una de las cosas que le gustan de Paco es su desparpajo.

—Eso, siempre. ¿Qué te pongo?

—Dos con leche para llevar, uno solo y una porción de tarta de pistacho.

—Ahora mismo. —Mientras la camarera se desliza hacia la cafetera, lo mira de reojo—. ¿Algún plan interesante para hoy?

—Para hoy, no, ¡pero para el fin de semana, sí! Aparte de que tengo monólogo nuevo para la actuación.

—¡Ay! A ver si podemos ir un día a verte. Que tengo muchas ganas.

—Cuando quieras, cielo. Ya sabes que estoy todos los fines de semana en el mismo sitio de siempre. —Le guiña un ojo de forma cómplice—. Pues, aparte de eso, ¡me han pedido que dé una clase de interpretación en una escuela de arte!

Paco da varios saltitos en el sitio de pura emoción y provoca de nuevo la risa de Elena, que debe controlar muy bien el pulso para no derramar la leche que está poniendo en los cafés.

—¡Es una buena noticia! Y, pregunta a lo mejor un poco tonta, ¿vas a ir como Paco? ¿O como *drag*?

—Como Paco, como Paco. Quieren que les cuente cómo creé a Paco Mertelo, en qué me basé y

el proceso para encarnar a ese tipo de personaje.

—Suenan muy interesantes.

—La verdad es que sí. La mayoría de la gente cree que ser *drag queen* solo es ponerse un vestido y una peluca, pero hay mucho más. Tienes que saber actuar, prepararte los monólogos, cambiar los chistes y las bromas, aprender las nuevas técnicas de maquillaje, actualizar el vestuario... ¡Ay! Eso me recuerda, ¿te enseño lo que me voy a poner para la actuación?

La camarera coloca los cafés para llevar y la bolsa con la tarta —dos capas de bizcocho oscuro cubierto por una crema blanquecina con trocitos de pistacho— delante de él mientras asiente. Tres segundos después, Paco le muestra una imagen en la pantalla de su móvil.

—¿De qué va el monólogo esta vez? —Amplía la foto para fijarse en los detalles.

—Quiero jugar a que soy una mujer clásica y tradicional —contesta sin perder detalle de la cara de Elena— en el sexo. —Ella, como él quería, se ríe—. Y claro, que a veces, algunos tíos, se creen que están en el Circo del Sol en lugar de en una cama, y que un poco de por favor, que dónde han quedado las cosas clásicas y todo eso. Aún le tengo que dar una vuelta.

—Bueno —ella, entre risas, mira con más detenimiento la foto—, si vas a hablar sobre ser una mujer clásica y tradicional, podrías añadirle al vestido algún detalle para que parezca una mujer de los años cincuenta. Por ejemplo, unos botones para simular que es una blusa, añadir algún collar de perlas, o algo similar, y darle más vuelo a la falda, que no caiga tan recta. —Le devuelve el teléfono con una tímida sonrisa—. Creo que puede ser mucho más gracioso si hablas de sexo clásico con una indumentaria así. ¿No te parece?

Paco mira a Elena con la boca desencajada.

—¡Qué idea más maravillosa! —Sus ojos se mueven como si encajara las piezas en su cabeza—. ¡Es estupenda! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? También puedo peinar la peluca para que el *look* sea más completo. —Mientras Elena recoge el dinero que le deja para pagar los cafés y va a por el cambio, él se queda con gesto pensativo—. ¡Me encanta tu idea! Pero hacer esa modificación me llevará un tiempo, así que prepararé otro monólogo y este lo dejaré para más adelante, cuando tenga el vestido perfecto.

—Me parece buena idea.

—¡Eso sí! Con una condición: ¡ese día tienes que venir a verme!

Ella se ríe y asiente.

—Dalo por seguro.

—¡Genial! ¡Pues ya te avisaré, cielo! ¡Ten un buen día!

# Viernes 20

20:46

Las luces de las farolas iluminan las calles y les dan un aspecto artificial que contrasta con la vida que sale de las casas, edificios y negocios. A pesar de que la noche ha caído, la ciudad sigue igual de viva. Los trabajadores que hacen horas extras salen de las oficinas y las madres con sus hijos pequeños son sustituidas por adolescentes que vienen de las clases extraescolares. Justo cuando pasa un minuto de menos cuarto, la campana de la cafetería vuelve a repicar.

Elena, ocupada al otro lado de la barra con las tazas de café, levanta la vista y sonrío en el momento en que identifica al cliente.

—¡Ya es viernes! —grita Jaime mientras alza el brazo que le queda libre en señal de triunfo—. Pensaba que nunca llegaría.

El chico deja su mochila sobre la barra y se sienta en uno de los taburetes. La camarera ya ha puesto una carga en la cafetera y se dirige al expositor de las tartas.

—Buenas noches, corazón —saluda Sofía al otro lado de la barra, que está más cerca del chico cuando este se sienta.

—Buenas noches. Veo que ya te has recuperado de la operación de amígdalas. ¿Cómo te encuentras?

—¡Como nueva! ¡En busca y captura de alguien que ponga esta locomotora de nuevo en funcionamiento! —Alza la voz y hace un gesto circular con las caderas. Y es que aprovecha cualquier oportunidad para recordar que está soltera y sin compromiso—. ¿Un café, corazón?

—Ya estoy en ello —contesta Elena desde la cafetera.

—Genial. —Y, mientras imita el paso de baile hacia atrás de Michel Jackson, Sofía se aleja de Jaime.

—¿Ya estás más relajado? —pregunta Elena al mismo tiempo que el intenso aroma a café recién hecho llega a las fosas nasales del corrector.

—Sí, la verdad es que sí. Han sido dos semanas sin parar, pero al menos el superjefazo de la editorial está mucho más tranquilo que al principio. —El sonido de los cubiertos metálicos contra el plato, acompañados por el ruido normal de la cafetera, obliga a Jaime a elevar un poco el tono—. Una de dos, o hacemos bien nuestro trabajo...

—O ha echado un polvo —completa la frase Elena al colocar delante de él un plato con un pedazo de pastel encima—. Selva Negra.

Pero eso Jaime ya lo sabe. No solo por el aspecto del bizcocho, del color oscuro del chocolate, sino también por el casi imperceptible aroma a cerezas. Algo sutil, pero que marca la personalidad del postre.

—Iba a decir que a lo mejor se está muriendo, pero tu opción me parece menos...

El silencio se llena por el ruido que hace la cafetera cuando Elena termina de poner el café y el de la cucharilla al impactar contra el pequeño plato.

—¿Letal? —pregunta ella colocándose un mechón caramelo detrás de la oreja—. ¿Extrema? ¿Definitiva?

Elena se detiene, instante que aprovecha Jaime para terminar lo que decía:

—Dramática. —Su sonrisa se expande más aún cuando se lleva el primer pedazo de tarta a la boca.

—Ya —dice ella, decepcionada—. Para trabajar en una editorial eres muy poco... —La campana de la puerta vuelve a sonar y, en un acto reflejo, mira hacia allí—. ¡Buenas noches! —saluda con énfasis.

Jaime, concentrado en disolver los dos sobres de azúcar que ha echado en el café, no ve la amplia sonrisa en el rostro de la camarera.

—Hola, buenas tardes —saluda con una voz dulce la joven que acaba de entrar—. Cuando pueda, me pone un té, por favor.

En un momento, la cafetería se llena del olor a champú de coco y de las pisadas dubitativas de la muchacha que la conducen a una mesa solitaria en una esquina.

—¡Ahora mismo!

Rauda y veloz, Elena saca una taza y la bolsita del té mientras mira a la joven y luego a su amigo.

—¡Chsss! ¡Jaime! —susurra sin recibir respuesta—. ¡Jaime!

Este, con el potente ruido de la cafetera al calentar el agua, no puede oírla. Pero no supone un impedimento para Elena que, sin pensarlo, coge un sobre de azúcar de un cajón y se lo tira a la cabeza con una precisión de francotirador experto.

—¡Ay! ¿Por qué...? —Al alzar la mirada y ver la exultante sonrisa en el rostro de su amiga, supone que se ha perdido algo—. ¿Qué pasa?

—Está ahí —contesta ella. Señala con un gesto de cabeza la mesa de la chica que acaba de entrar.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¿Cómo que quién? ¡Tu admiradora!

Él mira más allá de su tarta para encontrarse, en la mesa más próxima, a una adorable anciana de pelo canoso y con una rebeca de punto, que está sentada con el que, con bastante seguridad, es su nieto.

—¿Mi admiradora? —pregunta sorprendido—. Entiéndeme, no es que me queje, nunca he tenido una admiradora. Y seguro que hace unas galletas riquísimas, pero...

Otro azucarillo impacta de lleno en su cara.

—Esa, no. ¡La chica!

Jaime por fin imagina que Elena habla de la joven sentada en otra de las mesas, justo la que hay detrás de la anciana y su nieto; una morena, con un ligero degradado que termina en un suave color rubio, y un vestido de punto de cuello amplio por el que asoma una camisa blanca. Podría ser la modelo perfecta para el anuncio de una biblioteca.

Apenas le dedica unos segundos, tras los cuales se vuelve hacia delante y cierra los ojos con un rictus de incompreensión en el rostro.

—¿Mi qué?

—Admiradora —contesta Elena antes de acercarse a la mesa para llevarle su té.

Habría sido una buena excusa para mirar en su dirección y observarla mejor, fijarse en los pequeños detalles y buscar cualquier pista que revelase algo más sobre su forma de ser, pero Jaime está más interesado en la tarta, ya que vuelve a cortar un pedazo mientras remueve con suavidad el café con la otra mano.

—No es mi tipo —contesta cuando Elena regresa a la barra y antes de que pueda añadir nada más.

—¿Cómo que no es tu tipo? Es guapa, simpática, algo tímida, siempre viste discreta pero impecable, con mucho estilo, y lee a Jane Austen.

Desde siempre, Jaime ha tenido una gran curiosidad por saber qué libros le interesan a la gente de su alrededor. Por eso, cuando va en tren, metro, autobús o por la calle, se fija en los títulos que leen las personas con las que se cruza. Esta costumbre, por no denominarla manía, no ha pasado desapercibida para la camarera, que también la pone en práctica cuando trabaja.

—¿Cuál de todos?

—Pues... No me he fijado tanto.

—Ah, bueno. Sigue sin ser mi tipo.

Elena mantiene la vista fija en el libro e intenta leer el título de la portada desde la barra. Frunce el ceño y entrecierra los ojos para, eso cree, verlo mejor. Pero al no conseguirlo, vuelve a la realidad.

—Además, su monedero también es bonito, cuidado y elegante.

Si la obsesión de Jaime es observar los libros que lee la gente, la de Elena es fijarse en los pequeños detalles de la indumentaria, con especial atención a las carteras o monederos. Cree que muestran la auténtica personalidad de los demás, ya que es algo que apenas se ve.

—Me parece muy bien, pero no.

—¿Por qué no?

—No sé. —Al darle un sorbo al café, Jaime nota cómo la espuma de la leche se desinfla en sus labios—. No es mi tipo.

—Es el cuarto viernes que aparece. Siempre a la misma hora, pocos minutos después de que llegues tú del gimnasio. Siempre pide té. Se sienta en aquella mesa, desde la que tiene una visión directa de ti, y saca un libro. Cada vez que pasa la página, te mira.

Jaime, en silencio, la observa unos segundos sorprendido.

—Habrías sido buena detective.

—¡Jaime! —Le da un golpecito en el hombro.

Este gesto hace que la chica del té alce la vista y los mire.

—¡Lo ves! Le gustas.

—Pero eso no hace que me guste más o menos. No es mi tipo, Elena.

—Pero...

La frase muere ahí.

La camarera puede enzarzarse en una larga y tediosa conversación con Jaime sobre las cosas positivas de la muchacha, sobre el corazón solitario de él y de que ya es hora de que vuelva a tener pareja. Incluso se le pasa por la cabeza hablar con la chica y darle el teléfono de Jaime. Aunque, en el fondo, sabe que nada de eso funcionará. Lo conoce demasiado bien como para saber que no encontrará pareja en una cafetería. Así que, asumiendo esta verdad, decide retirarse y colocar algunas tazas en su sitio.

Jaime sonrío, sin terminarse de creer que ha ligado en una cafetería. De manera automática, saca el teléfono. Se desliza por su lista de contactos mientras busca uno en concreto. Quiere contarle lo ocurrido, que ha ligado en la cafetería y que Elena pretende, de nuevo, emparejarlo; se reirán juntos, harán algunas bromas y él le preguntará sobre la chica; también hablarán sobre todas las pretendientes que ha tenido y en qué posición colocar a esta. Aprovechará para preguntarle cómo está y cuándo se encontrarán...

Se detiene al localizar el teléfono.

Sus ojos se empañan y cierra el puño con una mezcla de rabia y tristeza. El sabor a café, amargo, desciende por su garganta hasta que llega a su corazón. Sabe que, por mucho que escriba,

no recibirá respuesta. Hace tres años que no puede escribirle.

Su mirada se cruza con la de la camarera al otro lado de la barra. Aprieta los labios y le sonríe. Ella imita el gesto y sus ojos también se empañan. Piensan en la misma persona.

**Abril**





# Viernes 3

20:45

Marzo se queda atrás y un abril sin demasiado frío, pero de cielos nublosos, le sustituye.

Los paraguas son el complemento indispensable para cualquier transeúnte, acompañados, en la mayoría de las ocasiones, por chubasqueros de cualquier gama y tamaño. Y es que los juguetones cúmulos de algodón del cielo bien pueden ser blancos y alegres como oscuros y lluviosos. Y, con este cambio incierto, los únicos que parecen contentos son los niños y niñas que saltan entre risas sobre los charcos.

Es una semana larga para Jaime. Tanto, que puede sentir sobre su espalda el peso de todas las palabras que ha leído.

Su cuerpo cae a plomo sobre uno de los asientos de la barra.

—Vaya cara... —dice Elena nada más verlo—. Parece que acabas de salir de un *after*.

—Gracias —contesta él con ironía mientras apoya la frente contra la madera.

—En serio. Es como si te hubieran arrancado la cara y te la hubieran vuelto a poner. Pero mal.

—No sigas.

—Como si hubiera dado de sí y ahora formara grandes arrugas y marcas oscuras por todas partes.

—Lo pillo.

—Podrías pedirle consejos de belleza a un zombi.

Él despega la frente de la barra y mira a la camarera.

—Cuando quieres das unos ánimos horribles.

—Gracias —contesta ella con una amplia sonrisa—. Qué cosas más bonitas me dices. —Los dos se ríen—. ¿Tan malo ha sido el día?

—El día, no. ¡La semana!

—Si estabas muy contento trabajando para esa editora, la de Susana. ¿Qué ha pasado?

—Nada, sigo con ella. Lo que pasa es que me ha mandado muchas tareas. Coincide que han terminado el borrador de tres novelas y quiere que las corrija para ya. Son autores importantes, dos de ellos lanzan la tercera parte de sus trilogías y los lectores están ansiosos por que salgan. De manera que esas prisas se trasladan a la editora y estas a mí. Quiere sacarlo lo antes posible y cerrar esa etapa. Pero claro, antes tengo que corregir los tres manuscritos. No uno ni dos, sino tres. Encima me ha dicho que los quiere para dentro de tres semanas, cuando necesitaría seis. Creo que me voy a pasar muchas noches sin dormir.

Elena lo mira un momento cuando Jaime toma aire.

—¿Cambiamos el café por batido de chocolate?

—Sí. Por favor.

Él apoya los codos en la barra y se sujeta la cara con las manos, deformándola aún más en una mueca.

El agotamiento es tal, que ni al verse en el espejo del otro lado de la barra cambia de postura. Ni tan siquiera el dulce olor a chocolate negro, ni la campanilla que indica que se ha abierto la

puerta, lo hace moverse.

—Perdona... —Jaime escucha una suave voz a su lado. Al girarse, descubre que la dueña es la chica con la que Elena quiere emparejarlo. La que leía el libro de Jane Austen—. ¿Está ocupada?

—Señala el asiento que hay al lado.

Él intenta recuperar la compostura mientras sonrío de forma educada.

—No, no. No lo está.

—Gracias.

Y ella, con una suavidad y tranquilidad propia de alguien de más edad, se sienta junto a Jaime mientras rebusca algo en el bolso.

—Aquí tienes tu batido y... —Las palabras de Elena se quedan en el aire al ver la nueva escena que se dibuja ante ella—. ¡Buenas tardes! ¿Un té?

—Sí, por favor. Gracias.

La camarera sonrío, mira a la chica, luego a Jaime, vuelve a la chica y se aleja con la misma expresión triunfal que pondrían otros al completar un puzle de cinco mil piezas o como la de algunos niños al colocar una chincheta en la silla del profesor.

Mientras, Jaime se acerca el batido y, casi sin querer, echa un rápido vistazo por el rabillo del ojo a lo que hace la chica. Como si se tratara de una figura de cristal, saca de su bolso un libro de tapa dura y gruesa, de unas doscientas páginas —por el grosor del lomo— y con una sobria portada de color verdoso. Y, antes de que Jaime pueda leer el título, la joven lo abre por el marcapáginas.

La garganta del corrector vibra en señal de disgusto. El sonido queda disimulado por el de la cafetera al calentar agua, para luego ser ahogado por el del batido de chocolate sorbido por la pajita. Parece que se quedará con las ganas de saber qué libro es, ya que leer alguna página sería un gesto demasiado descarado para su gusto. Tampoco le importa, o al menos eso quiere pensar, cuando, en una parte de su mente, nace la opción de preguntarle.

—Aquí tienes el té —dice Elena al entregarle la taza y la tetera a la chica—. Y tu tarta de zanahoria. —Deja un plato, con un pedazo bizcocho de un leve tono anaranjado, cubierto por una lámina de crema blanquecina, delante de Jaime.

Ambos jóvenes se miran, apenas unos segundos, pero, aun así, la camarera se lo toma como otra gran victoria.

—¿Te apetece alguna cosa más? —pregunta Elena mirando a la chica.

A esa distancia Jaime ve que el libro está bien cuidado y limpio. No parece tener las páginas dobladas, ni arrancadas ni nada por el estilo. En definitiva, es un buen ejemplar. Solo tiene que recordar la forma en que lo ha sacado del bolso para hacerse una idea del trato que ha recibido. Y así, en cuestión de segundos, Jaime concibe la vida de esa chica, su historia, experiencias, las novelas que ha podido leer, los sitios que frecuenta y su personalidad, todo en función del estado en el que se encuentra la obra. Aunque, para hacer aquel análisis, le falta un dato importante: el título.

—No, muchas gracias —contesta a la camarera.

Elena sonrío y, tal vez movida por la suerte, el destino o la casualidad, antes de retirarse, formula una nueva pregunta:

—Me he fijado en la portada tan bonita del libro. ¿Te molestaría que te preguntara cuál es?

Jaime ve el cielo abierto. Casi escucha un coro de ángeles cantando a su espalda al obtener la pieza que le falta en el rompecabezas.

—¡Oh, no! ¡Para nada! Es una edición especial de *Orgullo y Prejuicio*.

Elena sonrío, mira de forma casi imperceptible a Jaime, y luego vuelve a la chica.

—Es muy bonito. No te molesto más. Disfruta del té y la lectura.

La joven revisa la página que lee mientras pone un sobre de azúcar en su taza, y Elena sonrío triunfal a Jaime al mismo tiempo que se aleja.

Para él sería fácil empezar una conversación. Se ha leído esa novela y otras de la autora, y trabaja como corrector editorial. Y, por lo que le contó Elena, a la chica le gusta la lectura. Seguro que han leído muchos libros comunes y eso facilita las cosas. La conversación sería agradable, distendida y relajada. En lo que concierne a Jaime, una buena conversación. Y, sin embargo, no le interesa iniciarla.

A pesar de las miradas, los gestos y sonrisas pícaras que le envía Elena cada vez que pasa por delante, Jaime no tiene ninguna intención de hablar con la joven. Está convencido de que las conexiones no hay que buscarlas, sino permitir que se encuentren. No es la primera vez que Elena intenta emparejarlo y no será la última, pero siempre mantiene su opinión. Las cosas no se pueden forzar. De manera que Jaime permanece ahí, con su batido de chocolate y la tarta, mientras piensa en la bronca que le echará Elena por no haber dado el primer paso.

# Sábado 4

10:30

—¿A ti qué te pasa?

Es lo primero que escucha Jaime cuando pone un pie en la cafetería.

—Buenos días a ti también —responde con una sonrisa mientras se acerca a la barra.

—¿Qué pasó ayer? —pregunta ella al mismo tiempo que pone una carga para el café—. Hoy tenemos tarta de frambuesas.

—¿Que qué pasó? Pues lo de cada viernes: trabajo, gimnasio y tarta. —Elena carraspea—. De frambuesas me parece bien. —Sin perder la mirada inquisitiva, ella se mueve tras la barra con elegancia y precisión—. Ya te dije que no me gustaba. La chica es mona, educada, agradable, tiene buen gusto con los libros... Pero, aun así... No hace que sienta nada en el estómago.

—¡Tampoco lo has intentado! —lo increpa Elena.

—No me hace falta.

La camarera le pone el café en la mesa y parece dudar un momento sobre lo que decir. Jaime aprovecha ese instante para contraatacar:

—Creo que un sentimiento no se debe intentar o forzar. No saltó la química entre nosotros. —Elena abre la boca para seguir con la ofensiva, pero Jaime continúa sin darle tiempo a interrumpir—. No quiero decir que no pueda surgir más adelante. Tal vez, ahora, no es el momento. Además, lo hablé con Pablo y él opina lo mismo que yo.

—En primer lugar, Pablo, también conocido como «nunca funcionan mis relaciones porque todas las chicas tienen tara, pero el que tiene la tara soy yo y no quiero verlo», no es alguien con potestad para opinar sobre las relaciones de pareja. Y, en segundo lugar, tal vez en un futuro sí que pase algo, ¿no?

Jaime mete la cucharilla en su café mientras remueve el azúcar y, sin apartar la vista de la pequeña tartaleta recubierta de frambuesas que tiene al lado, contesta:

—Tal vez.

Es todo lo que necesita Elena. Un «tal vez» que deje una puerta abierta.

# Domingo 12

10:36

Como cada domingo, la cafetería está casi vacía. Solo hay un par de mesas ocupadas por unos simpáticos ancianos que toman café mientras recuerdan historias o se quejan del presente. La única nota discordante es Jaime, que ocupa su mesa de siempre.

El sonido de las conversaciones, de las diferentes máquinas funcionando y de la radio están acompañados del rítmico sonido de las teclas de un ordenador.

—¿Trabajas un domingo? —pregunta Elena al llevarle el café.

—No. —Jaime no aparta la mirada de la pantalla y sus dedos se deslizan raudos y seguros por el teclado.

—Ah, vale.

Elena deja la taza, un pedazo de tarta de pera —muy similar a la de manzana por su base de hojaldre—, pero recubierta por gajos de esta fruta, y vuelve a la barra.

El segundero corre veloz y acompaña el movimiento de los minutos que pasan sin descanso. Y como si fuera una coreografía improvisada, a su alrededor se mueven los clientes, que entran, piden y salen sin romper la pompa que envuelve a Jaime y su ordenador.

—¿Descafeinado? —pregunta Elena una hora después, tras llevarle una taza para sustituir a la anterior.

—Sí, gracias. —Una mirada, una sonrisa rápida y de vuelta al trabajo.

El tiempo pasa, el baile continúa y, aunque los bailarines siguen en constante cambio, Jaime permanece en el mismo lugar e igual de concentrado, como un espectador ausente de la escena que aquellos actores improvisados representan.

Elena lo mira de vez en cuando, intrigada. Parece hipnotizado por el sonido de las teclas, una detrás de otra, una detrás de otra, constante, rítmico, invulnerable al paso del tiempo.

—¡Ya vale! —Da un golpe en la mesa de Jaime.

El chico, ante la fuerza del manotazo y la voz, reacciona y desvía la mirada del portátil. Pestañea un par de veces, como para centrarse, y abre la boca para pedir explicaciones, pero, antes de que nada salga de sus labios, ella continúa:

—¡Llevas tres horas ahí sentado! ¡Tres horas! ¡Tecleando sin parar! No has hecho chistes ni bromas, no me preguntaste por la receta de la tarta ni te has quejado de que siempre tenemos el mismo periódico. Hace dos horas que salieron más tartas recién hechas ¡y ni las has mirado! ¿Se puede saber qué haces?

Jaime cambia su mirada de sorpresa por una llena de alegría y felicidad; incluso se permite sonreír —aunque no demasiado, por si hace enfadar más a Elena—. Como respuesta, sube el archivo hasta la primera página y gira el ordenador para que ella vea la pantalla.

—¿Estás escribiendo?

—Sí.

—¿Una novela?

—Así es.

—Pero... —Un abanico de emociones cruza el rostro de la chica a toda velocidad, sin detenerse demasiado en ninguna. Hasta que abre los ojos con cierta sorpresa—. ¿La escribes tú? ¿Para ti? Quiero decir, ¿no es una novela del trabajo?

—No. Es de mí para mí. No es por trabajo, la escribo yo. —Su sonrisa de satisfacción crece poco a poco y su pecho se hincha de orgullo.

—¡Qué bien, Jaime! ¡Cuánto me alegro!

Quien no la conozca puede pensar que la sonrisa desbordante de Elena es fruto de un acto reflejo: como él lo hace, ella también. Un gesto vacío, sin verdadera emoción y con el único objetivo de ganarse la simpatía del chico. Sin embargo, quienes la conocen bien saben que esa sonrisa y la emoción que la acompaña es verdadera, plena y sincera, como su dueña. Sin sombras ni lugares oscuros. Solo claridad.

—Gracias —contesta él.

—¡Cuéntame! ¿Desde cuándo escribes novelas?

—Novela. En singular. No en plural. Solo una.

—Bueno, sí, novela. Cuando llesves una docena, me lo cuentas. ¿Cómo ha sido?

Los comienzos suelen ser complicados, o al menos eso piensa Jaime. Ya sea una amistad, una relación, un trabajo o una explicación, los primeros pasos son los más difíciles de dar. Pueden ser uno en falso al vacío o bien a un camino asfaltado y lleno de posibilidades. Y, en este momento, Jaime no sabe cuál de los dos está a punto de dar:

—Ya sabes que escribo. O escribía, mejor dicho.

Un breve silencio surge entre ellos. Algo imperceptible para casi cualquier persona.

—Sí, lo sé —responde ella en un tono serio, que cambia poco a poco—. Y sabes que si no quieres que nadie lea tus intimidades, no deberías poner un archivo que se llame *Diario* en el escritorio de tu ordenador. No es nada discreto.

—¡Os dije que era privado!

—Pues tenías que llamarlo *Declaración de la renta*. Si usas el título *Diario*, invitas a todo el mundo a leerlo.

Jaime respira con profundidad y se echa hacia atrás.

—¿Me dejas seguir? —pregunta con mirada retadora.

—¡Sí! ¡Perdón! ¡Continúe, grandioso escritor! —contesta ella con un tono de voz grave y una teatral reverencia.

—Pues eso, que antes escribía.

—Sí. Te desahogabas delante de una página en blanco. ¡Resume!

—Siempre lo he hecho. Era una manía.

—Yo lo llamaría «rutina», como los diseños que hago en los bordes de cualquier papel o servilleta —interrumpe Elena. Pero ante la mirada de Jaime, añade—: Perdón. Ya me callo.

—Como te decía, lo usaba para desahogarme. La mayoría de las veces eran cosas sueltas, no estaban conectadas unas con otras. Pero, desde hace un tiempo... —Se detiene y traga saliva, como si algo se le hubiera quedado atascado en la garganta—. Cuando pasó lo que pasó... —Elena no necesita más. Asiente—. Me di cuenta de que algunas cosas sí que parecían conectadas. Sin pretenderlo, surgieron personajes, situaciones, momentos.... Algo que podría convertirse en una historia y, esta, en una novela.

—Entiendo.

—Y tras hablar un poco con mi jefa de las personas que tienen talento y no lo explotan, sobre perseguir tus sueños y que muchos noveles no apuestan por su trabajo y sus capacidades porque están más pendientes de otras cosas o, según dice ella, tienen otras distracciones, me hizo un

comentario.

—¿Qué comentario?

—Me dijo que tengo mucho.

—¿Mucho qué?

—Talento. Que aunque mi trabajo es solo de corrección, algunas veces ha visto mis anotaciones sobre la historia o la trama. Y que lleva un tiempo atenta a esos detalles. Por eso cree que podría escribir. Porque veo cosas que a otros se les escapan.

—Eso está muy bien, Jaime. Por lo que hablas de esa mujer, es muy buena en su trabajo. Si te ha dicho algo así, es por algo.

—¿Verdad?

—Verdad.

—Pues a raíz de que me dijera eso, revisé lo que había escrito. Y me fijé en lo que te he dicho: algunas cosas podían conectarse. Así que llevo unas semanas con esto. —Señala el ordenador con el dedo y cara de circunstancias.

—¿Y cómo lo llevas?

—Bien. Algunos días mejor que otros, pero bien. —La expresión de Elena formula una pregunta que no llega a salir de sus labios—. A veces todo fluye, no me cuesta escribir. Otras... Es más lento.

—Supongo que es normal. Creo que nos pasa a todos. A veces las musas están despiertas, y otras duermen. Además, no entiendo mucho de escribir, pero supongo que será complicado poner en palabras lo que cruza por tu cabeza.

—Sí. Supongo.

—Pero en esos momentos buenos y no tan buenos estaré aquí para servirte café y tarta. —Se pone las manos en las caderas y sonrío.

—Gracias —contesta él con otra sonrisa—. Cuando tus musas estén despiertas o dormidas, para tus días buenos y malos, también estaré aquí para ti.

Ella coge las manos de Jaime y las aprieta con suavidad en un gesto de cariño.

—Y hablando de tarta... —La mirada de Jaime se desvía de Elena y se dirige al expositor.

# Lunes 20

14:20

—¿Dónde está el drama? ¿Y el romanticismo? ¿Y el trágico desencuentro? ¿La pasión que sube por tu cuerpo hasta embotar tu cabeza a causa del énfasis de la escena?

A Susana solo le falta subirse a la mesa. Sus gestos, el movimiento de sus manos, las muecas en su rostro, todo transmite tanta pasión que parece que representa una obra de teatro en lugar de comer con Jaime.

—Puede haber drama —contesta el corrector con calma, para compensar la sobreexcitación de ella—, romanticismo, pasión y tragedia. Pero eso no quita que lo tengas que organizar un poco mejor.

Dos vasos medio vacíos descansan en una esquina de la mesa, junto a varios platos con migas y los cubiertos sobre ellos. En el centro de la tabla, un conjunto de papeles conforma el último manuscrito de la escritora.

—¿Quieres mancillar mi obra? —Coloca una mano sobre su pecho, se lleva la otra a la frente y mira hacia arriba.

—No —Jaime contiene una sonrisa—, pero me parece buena idea que lo revises antes de mandárselo a la editora. Me pediste que lo leyera como un lector normal y corriente, y eso es lo que he visto.

Elena camina con decisión por el local hasta llegar junto a ellos:

—Aquí tenéis. —Deja los platos sobre la mesa—. El café y dos porciones de tarta de caramelo.

Los pedazos parecen la versión morena de una tarta de queso: una crujiente base de galleta; una parte gruesa, cremosa, lisa y sin imperfecciones, de un color muy similar al del café con leche y, sobre todo, una finísima cubierta de intenso caramelo líquido.

—¿Me puedo llevar los platos?

—¡Elena! Ya que estás aquí... —Jaime gira el manuscrito para ponerlo de frente a la camarera mientras busca una página. Cuando la encuentra, le señala el comienzo de un párrafo—. Hazme un favor y lee esto. ¿Qué te parece?

—Pero...

—Será un segundo.

Ante el requerimiento de Jaime y los ojos anegados en lágrimas —de puro dramatismo— de Susana, Elena no tiene muchas alternativas. Así que, resignada, recorre las palabras y las frases con la rapidez de alguien acostumbrado a leer con asiduidad. No cambia el gesto, no frunce el ceño ni hace el menor cambio facial que pueda dar algún tipo de señal sobre si le gusta o no.

Susana alterna la vista del corrector a la camarera, vuelve a él y luego a ella. Sus coletas oscilan de un lado para otro con cada giro de su cabeza, en un movimiento, cuanto menos, divertido e infantil.

—¿Qué te parece? ¿Qué te parece? ¿Crees que hay que cambiar algo? —pregunta, ansiosa—. ¡Jaime dice que sí! ¡Quiere mancillar mi obra! ¡Despojarla de su identidad y personalidad para



crear un monstruo más en la maquinaria literaria de la que se alimenta su alma!

Elena sonríe ante las ocurrencias de la mujer.

—Creo que la identidad del texto —dice con las mismas palabras que ha empleado la autora— está clara. Tiene tu firma por todas partes y me parece que es bueno. Pero también es algo... confuso. Como cuando tienes un diseño en mente. Empiezas a dibujarlo y, a medida que avanzas, haces cambios, borras, mejoras algún trazo y de pronto no te convence el vestido y visualizas un pantalón. Al final, el diseño es una maraña de líneas caóticas que tienen más o menos sentido. Es lo que creo que le pasa a este fragmento, hay demasiados trazos y no se ve clara la figura. Por eso mantendría el mensaje, pero limpiaría las líneas.

Elena, que durante su explicación no levanta la vista del manuscrito, se encuentra con la mirada pasmada de Susana, que la contempla con admiración y la boca abierta, sorprendida. Jaime, que se controla algo mejor, también está pletórico y feliz.

—¿Me... me he explicado bien? —pregunta, dubitativa, la camarera.

—¡A la perfección! —grita la escritora, y la agarra de las manos—. La forma en que lo has descrito es maravillosa. Has creado una imagen perfecta de lo que querías decir y de lo que le pasa al texto. ¡Está mucho más claro ahora!

—Pero si es lo que te he dicho yo —se queja Jaime.

—¡No es lo mismo! —Hace con los brazos un gesto de negación tan amplio que se ve desde la otra acera—. ¡Lo ha explicado mucho mejor que tú! Tenía que haberle dejado el manuscrito a ella en lugar de a ti.

El corrector, con sorpresa fingida, abre la boca:

—¡Será posible! ¡Lo que me acaba de decir! ¿No vas a defenderme, Elena?

La camarera se ríe.

—Tal vez deba pedir empleo en tu editorial. Al fin y al cabo, ¿te has olvidado de quién corregía tus trabajos en el instituto? —Con una sonrisa pícaro, saca la lengua en un gesto travieso; él, sin fingir esta vez, se sorprende de verdad.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—No he dicho ninguna mentira.

—¡Espera, espera! —interrumpe Susana—. ¡Tiempo muerto! ¿En el instituto? Pero ¿desde hace cuánto que os conocéis?

Los dos suspiran.

—Mucho tiempo.

—Bueno, yo tengo que volver al trabajo. —Elena mira por encima de la pareja para comprobar el resto de las mesas—. Me alegra haber sido de utilidad. —Le guiña un ojo de forma cómplice a Susana antes de alejarse hacia otra mesa.

—No, en serio —continúa la escritora. No quiere perder la oportunidad—. ¿Hace cuánto que os conocéis?

El corrector sonríe:

—Por suerte o por desgracia, demasiado. Y, ahora, volvamos a tu manuscrito.

# Martes 28

20:45

Esta noche la radio regala una conversación monótona a los oyentes.

Tal vez sea por las horas, por el tono de los interlocutores o por el tema que tratan, demasiado aburrido y complejo, pero consigue que Elena entre en un estado hipnótico y aletargado, con la vista perdida en un punto impreciso de la calle. Cuando la campana de la puerta suena, tarda varios segundos en reaccionar y volver a la realidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida al ver a Jaime—. No es viernes —dice en un tono de voz que indica que, tal vez, el chico no sepa en qué día vive.

—Lo sé. ¿Solo puedo venir a estas horas los viernes?

Ella, presa aún de ese estado mental neblinoso, necesita un momento para contestar.

—No, no. Para nada. Solo me ha sorprendido. —Arrastra las últimas palabras por su garganta y, sin necesidad de que Jaime le diga nada, se mueve hacia la cafetera.

—Ya. Me suelo ir a casa después del gimnasio —explica él mientras deja la bolsa con la ropa en el suelo—, pero, hoy, no sé por qué, me apetecía venir a tomar algo. —La máquina empieza a calentar la leche, llena el lugar con su rugido burbujeante y consigue que él se detenga en la explicación y ella siga con la vista perdida—. No tengo muchas ganas de cocinar, así que he decidido compensar la cena con un pedazo de tarta.

Elena, aún hipnotizada, le coloca la taza con el humeante líquido y, a continuación, se aleja en dirección al expositor de las tartas.

—Ya sé que no es lo mejor del mundo. De hecho, sabes que solo vengo después del gimnasio los viernes. Pero hoy... —La frase muere en sus labios.

Observa cómo Elena coge un pedazo de tarta y, tras servirla en un plato, se la pone delante.

—Tres leches. —Reconocible por su masa esponjosa que parece el interior de una torrija, pero cubierta con una brillante capa de nata montada.

Después, se aleja unos pasos para volver a posar la vista en la nada.

Jaime se da cuenta de que pasa algo. La Elena de siempre aprovecharía el comentario para increparle por comer otro pedazo, por saltarse la regla que se había impuesto, ya que si se la saltaba un día, ¿qué le impedía hacerlo al siguiente? También podría preguntarle si había pasado algo amargo y por eso necesitaba un pedazo para endulzarse; incluso podría meterse con él porque iba a engordar un poco más, que con tanto gimnasio la hacía sentirse mal por no cuidarse... Cada minuto que pasa, se le ocurre algún comentario más que añadir a la lista, desde ataques gratuitos, hasta los que demuestran preocupación. Todo un abanico de opciones se plantea en su cabeza. Así que, mientras hunde el tenedor en el mullido bizcocho una y otra vez, no deja de pensar en la camarera.

En los tres cuartos de hora que pasa allí, la observa de la misma forma que un investigador a su objeto de estudio: con atención, paciencia y disciplina. Ha pasado de un estado hipnótico a otro cargado de melancolía. No es rápida, ni saluda con entusiasmo cuando entra un cliente; se mueve a cámara lenta, con una sonrisa vacía. No enfoca los ojos en lo que hace, permanecen distantes, en

algún punto lejano, más allá de aquel lugar. Usa las palabras justas para no ser descortés cuando le preguntan algo y no añade ninguna fórmula del tipo «¿qué tal se encuentra?» o «¿cómo lleva el día?». Es como si se hubiera quedado en el limbo de la realidad.

Cuando termina su pedazo de tarta y el café, concluye que hoy está en lo que él denomina «ese estado». No es la primera vez que la ve así, ya que, desde hace tres años, en determinados días, Elena se comporta de ese modo. Él sabe por qué. Si quiere hablar, lo hará cuando esté preparada. Deja el dinero sobre la barra y se despide:

—Bueno, me voy a casa. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, Jaime —se limita a decir ella con monotonía.

**Mayo**



# Viernes 8

20:50

Los rayos del sol desgarran las nubes para abrirse paso e iluminar una ciudad donde los días son cada vez más calurosos. Las tardes se llenan de vida y los más atrevidos sacan a pasear sus piernas con pantalones y faldas cortas.

En la radio suena un especial que llena la cafetería de los grandes éxitos de los años ochenta.

—De galleta —anuncia Elena mientras coloca delante de Jaime un plato con una porción compuesta por galletas unidas por una capa de chocolate.

—Tiene una pinta estupenda. Moja las galletas un poco en leche, ¿verdad? —pregunta al romper uno de los lados con el tenedor—, por eso quedan tan blanditas.

La chica sonrío mientras se va a atender a otros clientes.

Jaime tiene su café, su tarta y un libro entre las manos. Además es viernes por la noche. Mañana no tiene que madrugar y puede estar allí todo el tiempo que él quiera.

—Perdona —escucha de pronto a su lado. Él deja de mirar la taza de café y se gira hacia la fuente de aquella palabra. Es la chica de la última vez—. ¿Está ocupado? —pregunta señalando el lugar libre al lado del Jaime, en una escena que se repite.

—No, no. Para nada.

Ella sonrío y se sienta. Al igual que la anterior vez, saca con cuidado un libro del bolso y, antes de que él pueda leer el título, lo abre sobre la barra.

—Buenas tardes —la saluda Elena al acercarse—. ¿Un té?

—Sí, por favor.

—Enseguida. —La camarera lanza una rápida mirada a Jaime y sus labios se curvan hacia arriba.

Por su parte, él sigue concentrado en disfrutar de su lectura, la tarta, el café y la música que escucha de fondo. Ella también parece estar pendiente de su libro, sin prestar demasiada atención a Jaime.

—Aquí tienes —dice Elena al llegar con una taza.

—Gracias.

La camarera trabaja tras la barra, ocupada con los cafés, algún refresco y los trozos de tarta que piden los clientes que necesitan azúcar tras un largo día o una interminable semana. De vez en cuando echa un vistazo a la particular pareja de lectores, pero no se acerca por miedo a romper la pequeña pompa que los envuelve. El tiempo parece haberse parado para ellos. Jaime lee sin que la presencia de la chica lo interrumpa, al igual que ella. Dos imágenes con las que se podría jugar a buscar las diferencias: él fijo en su lectura mientras ella, de vez en cuando, lo mira de reojo entre página y página. Así transcurren unos quince minutos hasta que un leve golpe hace que Jaime levante la vista. La chica ha cerrado el libro, de ahí el sonido, y saca el marcapáginas.

—Lo terminé —susurra ella.

En ese momento cruzan las miradas. Apenas un instante, un segundo. Se sonrían con timidez. Ella ha colocado el cebo, lanzado la caña y espera a que Jaime pique. Cosa que hace.

—¿Estaba bien?

Ella asiente.

—Me ha gustado mucho. Es muy interesante y entretenido. —Mira la novela que tiene él entre las manos—. ¿Y el tuyo?

Jaime la escucha con educación y pone una mueca mientras piensa en la respuesta. Pero ella interpreta mal la señal, por lo que continúa, más presa de los nervios que de otra cosa:

—Me llamo Sonia. Perdona que te moleste...

—No me molestas. Tranquila. —Sin saber muy bien qué decir, añade—: Jaime, encantado. Y ahora estoy con *La Princesa Prometida*.

Cuando lo dice, cierra la novela y le enseña la portada.

—No me lo he leído. ¿Está bien?

—Sí, es uno de mis libros favoritos. Lo he releído decenas de veces.

—Entonces sí que te debe de gustar. ¿De qué va?

Mientras él empieza a contárselo, Elena lo contempla todo desde el otro lado de la barra. Se siente casi como una maestra del engaño y la manipulación al ver cómo las piezas encajan y sus planes de celestina toman forma. Para ella es toda una victoria que Jaime hable con Sonia. En su cabeza, el siguiente paso consistirá en que queden a tomar un café, se conozcan más en profundidad y, de pronto, surja el amor.

Por desgracia para ella, todo se derrite tan rápido como la nata montada sobre una tarta recién sacada del horno.

—La verdad es que pinta bien —comenta Sonia.

—Si te lo lees, espero que te guste. —Él mira de reojo su libro—. Si me perdonas... —Tras apretar los labios y asentir con la cabeza, abre su novela para reanudar la lectura.

Sonia y Elena se quedan petrificadas. La primera, tras unos segundos de quietud, pestañea un par de veces y se vuelve hacia delante al mismo tiempo que saca su teléfono móvil y busca algo en él; la segunda permanece un par de minutos en el sitio para procesar lo que acaba de suceder y cómo su plan perfecto ha desaparecido en un instante.

# Lunes 11

09:31

El día amanece con una ciudad golpeada por fuertes ráfagas de viento. Hombres y mujeres, que se han esmerado en peinarse y colocarse el pelo como desean, ven impotentes cómo su esfuerzo desaparece con el primer golpe de aire; las corbatas azotan impasibles los rostros de los trajeados que van a trabajar; los pañuelos y bufandas vuelan deseosas de ser libres, mientras las faldas se alzan caóticas ante los esfuerzos infructuosos de sus propietarias.

—Buenos días —saluda Jaime que intenta, sin conseguirlo, recolocar su pelo para que no parezca que ha metido los dedos en un enchufe.

—Buenos días —le responde una voz de mujer que no pertenece a Elena.

De inmediato, el chico alza la cabeza con el ceño fruncido y busca a la propietaria de la voz. Mercedes, la compañera de Elena, tiene unos diez años más que ella y, a pesar de llevar el mismo uniforme, la edad y los tres embarazos por los que ha pasado le han ganado el mote de «la Mamá» en la cafetería.

Al otro lado de la barra esta Laura, callada y reservada, ocupada con los cafés y desayunos de algún que otro rezagado.

—¿Qué te pongo, cielo? —pregunta Mercedes.

—¿Hoy no está Elena?

—No, cariño, está de día libre. —La sonrisa incombustible permanece, pero sus ojos analizan al chico de arriba abajo—. ¿Un café?

Él, que aún procesa la información, se sienta en uno de los taburetes de la barra:

—Sí, sí, gracias. Con leche, por favor.

—¡Ahora mismo!

Y mientras Mercedes prepara la cafetera, él saca su móvil para buscar a Elena entre sus contactos. La encuentra sin problemas gracias a unos bonitos tacones azules que tiene como foto de perfil.

[No sabía que hoy librabas], escribe sin pensar demasiado.

Mientras espera la respuesta, Jaime saca una novela de su mochila.

—Aquí tienes tu café —le dice Mercedes.

—Muchas gracias.

—¿Te apetece algo de desayunar? ¿Unas tostadas? ¿Un pedazo de tarta? ¿Tortitas?

Él mira la cristalera donde, como en un concurso de belleza, se exhiben los dulces. Todos colocados a la perfección, en orden y con la misma separación entre ellos.

—¿Tiramisú?

—¡Enseguida! —contesta Mercedes mientras se aleja con su característico movimiento de caderas.

La pantalla de Jaime se enciende con un mensaje de Elena.

[Sí, le cambié el día a Laura. ¿No te lo dije? ¿Tienes mucho trabajo hoy? Luego iré al centro a hacer unos recados, ¿nos tomamos un café?].

Jaime remueve el líquido de la taza con la mano izquierda, y con la otra contesta:

[Vale. Haré el descanso a la hora de siempre. ¿Me recoges?].

—Y su tarta —dice Mercedes con un plato en el que se ven capas de bizcocho intercaladas entre otras de crema y rematadas con una fina cama de cacao en polvo.

—Muchas gracias.

—A ti, cielo.

[Perfecto. Piensa dónde quieres ir], contesta Elena.

Jaime da un pequeño sorbo al café, solo por tantear la temperatura —demasiado caliente, por el momento— y clava la cuchara en el tiramisú, que se desliza sin problemas por la cremosa superficie.

[¿Dónde? ¿No venimos a tu trabajo?].

Y, al notar el ligero toque a café que recorre toda su boca, le llega la respuesta:

[No voy a ir en mi día libre a tomar café a mi trabajo. XD].

Jaime asiente para él mismo como si fuera algo obvio.

[Cierto. Pues ya pensaré en algo].

Y, así, deja el móvil de lado un momento para seguir con su tarta.



# Miércoles 20

18:04

—¡Mira! —Jaime deja sobre la mesa un folio.

—Buenas tardes a ti también —contesta Elena con una sonrisa justo antes de poner la leche a calentar.

El potente ruido de la máquina ahoga el resto de los sonidos del local, pero él, movido por la emoción y pletórico de energía, parece que no es consciente. Habla sin parar, sus manos se mueven enérgicas y sus ojos miran en todas direcciones. Elena, por su parte, sin escuchar nada de lo que dice, se limita a asentir y sonreír.

—¿Y bien? —pregunta él cuando el sonido de la cafetera se apaga—. ¿Qué te parece?

—No he escuchado nada con el ruido.

Él mira la jarra de leche caliente y luego a la máquina.

—Ah... Pues no me he dado cuenta.

—Ya. Vuelve a empezar, aunque espera que lleve esto primero.

Lo deja con la palabra en la punta de la lengua cuando se aleja para servir una mesa, donde el cliente la retiene al preguntarle algo.

Jaime mira la escena. Golpea la punta del pie con nerviosismo contra el suelo; acompaña el ritmo con los dedos sobre la barra y no quita los ojos de la camarera. Casi se le escucha pensar que se dé prisa.

—¡Por fin! —dice él cuando ella vuelve—. Pues lo que te contaba...

—¿Café? —interrumpe Elena.

—¿Qué? —La cara de Jaime se desencaja unos segundos, como si aquella pregunta no procediera.

—Que si quieres un café.

—¡Ah! ¡Sí! Pues lo que te decía...

—Hoy tenemos tarta de granada, ¿te apetece?

De nuevo, esa cara de incompreensión de él, hasta que contesta:

—Sí, sí. Claro.

Jaime, sin darse por vencido, vuelve a la carga para contarle eso tan importante, pero se encuentra, otra vez, con el ruido de la cafetera al calentar la leche, más el de los cubiertos sobre el plato que prepara Elena.

—Aquí tienes. —Delante del chico aparece la taza de café y el plato con un pedazo de tarta muy parecida, en apariencia, a la de queso o caramelo, pero en tonos rojizos y coronada por una capa de pepitas de granada.

—¿Ya has terminado? —pregunta Jaime con tono escéptico.

—Sí.

—¡Mira! —El corrector señala con determinación el folio que ha dejado sobre la barra.

—¿Qué es?

—¡Un concurso de costura!

Solo ve la espalda de Elena, ya que ella aprovecha para colocar una taza de café sobre un plato. No puede observar su rostro ni su expresión, ni aunque lo intente a través del espejo que cubre el otro lado de la barra. Le resulta imposible. Solo es capaz de observar el movimiento de sus brazos al servir la leche.

—¿Y bien? —insiste Jaime ante su silencio.

Cuando se gira, el rostro de Elena es el mismo que el de hace diez segundos. Si le parece bien o mal, su expresión no lo transmite.

—¿Un concurso de costura?

—Sí. Ruedan una película de ciencia ficción. —Elena coge el folio para leerlo con calma—. Creo que va sobre la tierra dentro de cien o doscientos años, o algo así. Y han creado el concurso para buscar a los diseñadores de vestuario. Los tres mejores formarán parte del equipo, aparte de llevarse una recompensa económica.

—¿Y los que no ganan?

—¿Cómo que los que no ganan?

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—Pues... que no ganan. —Hunde la cabeza entre sus hombros y alza las manos para dar más énfasis—. Solo es necesario inscribirse en la web que aparece abajo del todo para participar y mandar un diseño a ese correo electrónico. No hay que pagar ni nada por el estilo. Es muy fácil participar. ¿No te parece?

Elena revisa de arriba abajo el folio. Lee varias veces cada línea. En realidad, por la expresión que tiene, a Jaime le recuerda a una arqueóloga que intenta descifrar los jeroglíficos de una tumba.

—¿Y bien? —insiste él—. ¿Qué piensas?

Ella suspira:

—Creo que, si es cierto, puede ser una gran oportunidad. Al fin y al cabo, una película es un buen trampolín para mostrar tu trabajo y tus diseños.

Jaime escucha sus palabras, aunque cree que Elena no está del todo ahí, que su cabeza divaga por otro camino. Tal vez tenga dudas, o no esté segura de sus opciones, o hay en juego algo más en lo que él no ha pensado. Aun con todo, sabe que necesita tiempo para meditar sobre la idea. Que, si la presiona, lo único que conseguirá es que ella lo descarte. De manera que hace lo único que sabe que funcionará. Le deja espacio.

—Quédate con el folio y piénsatelo. No hace falta que des una respuesta ahora. Tienes tiempo de sobra. Así, si quieres probar, puedes; y si quieres no hacerlo, también puedes. —Jaime se termina el café de un solo sorbo—. Ya me contarás.

Y con una sonrisa y una ligera esperanza, se come el pedazo de tarta con demasiada rapidez, como si pudiera tragarse también los recuerdos y el motivo por el que Elena dejó el diseño.

# Junio



# Viernes 5

20:56

La temporada de minifaldas y pantalones cortos comienza y da paso a un desfile de extremidades blanquecinas, escotes y bañadores. El verano está a la vuelta de la esquina y se puede oler en el aire. Solo hace falta estar atento para escuchar a las madres y padres quejarse de lo insoportables que están sus hijos y rezar, al siguiente instante, por que llegue pronto el final de curso; mientras, los hombres y las mujeres de las oficinas desean que termine el mes para comenzar con la jornada reducida.

La cafetería está casi vacía.

Los comerciantes, que cierran a las ocho y media, ya se han ido a casa. No quedan compradores por el barrio y las únicas luces que se ven encendidas son de las tiendas que realizan el inventario y las oficinas donde se hacen horas extras.

Jaime, desde la barra, observa cómo los hielos de su café se derriten mientras rebaña con el dedo las últimas migajas de su tarta de Santiago.

—Sigo sin entender por qué tengo que vestirme así —comenta, por enésima vez, al echar un vistazo a su traje y la corbata que le ahoga la garganta.

—Te dije que había que ir de etiqueta —contesta Elena.

—¿Desde cuándo se va en traje y corbata a una galería de arte?

—Es su inauguración y nos han invitado.

—Dirás que te invitaron a ti. Yo voy de pegote —refunfuña Jaime.

—¡No vas de pegote! Eres mi acompañante. —La joven se agarra la parte baja del mandil y hace una ligera reverencia de forma muy aristocrática.

—Soy tu pegote.

—No es verdad y lo sabes. Me dieron dos entradas para la inauguración de esa galería. Y, como hombre de sensibilidad y ojo artístico, pensé que te gustaría acompañarme.

—Traducción: no tenías a nadie más.

—Sabes que no es cierto.

—Ya, claro... La cuestión es... ¿No podía ir en vaqueros? No me siento cómodo con un traje.

—Porque te lo pones poco.

—Y quiero que siga así —subraya Jaime con una mueca de desagrado. Elena se limita a poner los ojos en blanco y suspira—. ¿Y quién me dijiste que te dio las entradas?

—No te lo dije —contesta con una sonrisa llena de picardía.

—¿Quién te las ha dado?

—Un cliente. El del café americano con extra de canela para llevar.

—¿Y tiene nombre? ¿O le tenemos que llamar Café Americano con Extra de Canela?

—Roberto.

—Me gusta más Café Americano con Extra de Canela —dice entre risas.

—Creo que me dijo que era... Marchante de arte... O pintor... O mecenas... ¿O el guardia de seguridad?

—Sí que te enteraste bien.

—El caso es que trabaja en una galería de arte que se inaugura hoy. Y como le sobraban dos entradas, me las dio.

—Qué majo.

—La verdad es que sí.

—¿Crees que lo hizo para ganar puntos contigo?

Ella lo mira y abre un poco la boca.

—¿Crees que me las dio para ligar conmigo? —El chico asiente—. ¡No, por Dios! ¡Nada de eso!

—No creo que sea tan descabellado, ni que fueras un orco.

—¡En primer lugar!, gracias por el piropo —baja un poco la voz—, si es que eso era un piropo. ¡Segundo!, si quisiera ligar conmigo solo me daría una entrada. Si no, ¿por qué darme dos? No se arriesgaría a que llevara a alguien. ¡Y tercero! ¡Es gay!

—¿Cómo lo sabes? —pregunta escéptico Jaime.

—¡Por favor! ¡Tengo el mejor radar gay de toda la ciudad! —Pero, ante su incredulidad, reanuda—: Me ha dicho varias veces lo bonitos que son mis pendientes. Cuando me vio un día sin el uniforme, antes de entrar a trabajar, me dijo que tenía un gusto exquisito para vestir. —Esto tampoco parece convencer al chico—. ¡Y...! Un día le vi ligar con el de la papelería.

—¿Con el que quiso ligar conmigo? —Elena asiente—. ¿Con Paco? —Vuelve a asentir—. Madre mía. Vaya tarde. Y vaya esperpento de hombre.

—Fui a una de sus actuaciones el otro día.

—¡Es verdad! ¡Que es *drag*! —Jaime mira al techo mientras se muerde el labio—. ¿Cuál era su nombre artístico?

—Paco Mertelo.

Los dos se ríen de un modo limpio y sonoro, y atraen la mirada de la otra camarera y algunos clientes.

—Menudo hombre. Aunque reconozco que es bastante simpático. Tiene muy buen sentido del humor y mucha agilidad mental.

—Sí. Sus propinas son siempre muy generosas. Y me dio un par de trucos de maquillaje muy buenos.

—Podríamos ir un día a verlo.

—Nos lo pasaríamos bien. Pero ponte los pantalones vaqueros que te regalé las últimas Navidades.

—¿Y eso?

—Porque te hacen muy buen culo y seguro que nos invitan a un par de copas.

Elena sonríe y Jaime no sabe qué hacer, si reír la broma o si, por el contrario, asumir que eso puede pasar.

—¡El caso! ¡Que nos desviamos! —señala el chico—. Hablábamos de Café Americano con Extra de Canela.

—Roberto.

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Las entradas.

—¡Ah! ¡Sí! Pues le sobraban dos. Me preguntó que si me gustaría ir. Le dije que sí y me las dio. Y esta noche es la inauguración. Aunque me dijo que había que ir de etiqueta. Los hombres con traje y corbata, y las mujeres con un vestido tipo coctel.

—Traducción.

—Un vestido por la rodilla o un poco más abajo, elegante, aunque sin pasarse.

—Entiendo.

Jaime se maneja mejor entre novelas, manuscritos y correcciones. La moda, la ropa y los patrones son territorio de Elena. Y esto es muy provechoso para él, ya que se puede beneficiar de sus conocimientos cuando corrige detalles sobre la ropa en algún texto.

—¿Y qué te vas a poner? —pregunta él.

—Te lo acabo de decir, un vestido tipo coctel.

—Ya. —Ahora es él quien pone los ojos en blanco un segundo—. A lo que me refiero es dónde lo compraste.

Antes de contestar, Elena sonrío y su pecho se hincha de orgullo.

—Es mío.

—¿Tuyo? ¿Has diseñado un vestido?

—Sí.

—¡Qué bien! ¿Y cómo es?

—Ya lo verás.

La chica comprueba la hora en el reloj que cuelga detrás de la barra. Pasan unos minutos de las nueve, así que mira a su jefe, que está sentado en una mesa haciendo números. Y este, al entender su mirada, le hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Ahora salgo! —Con un par de saltos de emoción, desaparece en la cocina.

Jaime se queda en la barra, absorto por el movimiento de las agujas del reloj, e imagina todo tipo de diseños, modelos y posibles vestidos para Elena. Desde que la conoce, siempre ha sido una chica muy discreta, que no suele llevar prendas llamativas ni nada que resalte demasiado. Ha diseñado un montón de cosas, algunas más vistosas que otras, pero las primeras nunca forman parte de su armario. Una vez Jaime le preguntó y ella dijo que prefería pasar desapercibida y que fueran sus obras las que captaran la atención. Y mientras sigue con aquel recuerdo, Elena sale.

—¿Qué te parece? —pregunta girando sobre sí misma.

—¡Vaya! ¡Es muy bonito! —dice Jaime nada más verla—. Muy tú.

—¿Muy yo?

—Sí.

—¿Eso es bueno o malo?

—Las dos cosas.

—¡Jaime!

—Es muy bonito, Elena —responde con una sonrisa—. La parte de arriba, sin mangas y con el cuello cisne queda muy elegante. —Mira con atención un momento, como si buscara algo—. ¿Y esa falda? —Elena gira otra vez para que la vea mejor—. Has confeccionado una corta por encima de la rodilla y sobre esa otra más larga abierta por delante, así se ve la de abajo. Es muy original, desde luego. Elegante, sobrio, pero sin pasarse.

—¿Entonces, te gusta?

—Claro. Es un diseño tuyo. Es imposible que no me guste. —Sin perder la sonrisa, se pone en pie y ofrece su brazo—. Ahora, si me permite, una galería nos espera.

# Lunes 15

18:03

Es oficial: llegó el verano. Y a pesar de esto, del calor y el bochorno, desde el cielo caen rápidas gotas de lluvia que se convierten en el hilo musical del interior de la cafetería.

—¿Al final, qué hiciste con el concurso? —pregunta Jaime cuando Elena se acerca con su pedido.

—Me inscribí. —Él, con un gesto de emoción, abre la boca para decir algo, cuando ella le corta—. Pero no quiero hablar del tema ni que me preguntes. —Su tono de voz es firme, duro, sin opción a réplica. Jaime responde llevándose la mano a la boca para cerrarla como si tuviera una cremallera—. Genial. Aquí tienes. —Coloca delante del chico una taza—. Café con un toque de chocolate. —Sin perder el ritmo del movimiento, gira hacia el otro lado y deja, junto a la taza, un plato—. Y tarta de chocolate alemán.

—Gracias. —Sin piedad, ataca con el tenedor la porción de un color tan oscuro que parece chocolate puro.

—¿Por qué chocolate? —pregunta asombrada—; quiero decir, ¿viste anoche aquella película en la que no paras de llorar?

—No, hace tiempo que no la veo. Pero el manuscrito que corrijo ahora es un poco triste.

—¿De qué va? —Antes de que Jaime conteste, la campana de la puerta suena—. Mierda.

La expresión de Elena, sonriente y alegre como cada día, se transforma en una mueca de disgusto cuando se da cuenta de quién acaba de entrar.

Jaime, movido por la curiosidad, se gira en su taburete y ve a cuatro mujeres que hablan entre ellas.

Si te fijas solo en la cara, todas deben ser de la edad de Elena, pero si prestas atención a su ropa, la cosa cambia: una viste con unos vaqueros y una blusa, otra de traje y las dos restantes con un jersey y una falda de hace, al menos, veinte años. Un grupo peculiar, o eso le parece a Jaime.

Elena mira a su compañera con un gesto de súplica, pero está ocupada con unos clientes en la barra. No le queda otra alternativa que apretar los dientes, poner su mejor sonrisa falsa y acercarse para atenderlas.

Gracias al espejo, Jaime sigue cada uno de los movimientos y acontecimientos que se desarrollan. A pesar de que la camarera se acerca a la mesa como lo haría a cualquier otra, en cuanto la ven, todas las clientas sonríen y la saludan como si la conocieran. Dos de ellas, las vestidas con ropa pasada de moda, se alegran de verla de una forma algo exagerada, mientras que las otras son más naturales. Las primeras toman las riendas de la conversación y le hacen preguntas a Elena, que contesta de forma educada y con alguna pregunta corta. Por sus gestos, por la forma de moverse, por sus sonrisas y la manera de mirar a las otras, las dos con aspecto de señoras deben tener vidas muy interesantes, o eso simulan. Parecen regocijarse con las respuestas y apenas dejan terminar a Elena cuando comenta algo. Tras un par de minutos, la camarera mira a su alrededor, como si buscara alguna excusa para irse. Pero, por desgracia para ella, la cafetería está muy tranquila y nadie necesita de su atención, por lo que la conversación se dilata un poco

más en el tiempo, hasta que se cansan y piden los cafés.

—¿Quiénes son? —pregunta Jaime cuando Elena vuelve detrás de la barra para preparar la comanda.

—Compañeras del instituto.

Mientras ella pone las cargas, él echa una segunda mirada al grupo:

—La de la blusa y la del traje sí parecen de tu edad. Pero las otras dos...

—Lo sé. La de la blusa se llama Sara. Una chica bastante agradable y discreta. Me llevaba bastante bien con ella. La del traje es Penélope, delegada de nuestro curso y una de las más listas, aunque algo estirada.

—Se le ve.

—Las otras dos son Marta y Esperanza.

—Visten como mi abuela.

—En el colegio iban igual. Eran señoras mayores en miniatura. —Suelta una risilla—. Nunca fueron demasiado listas ni agradables, aunque creían serlo. Desde pequeñas decían que querían casarse y ocuparse de su casa y su familia. Esas eran sus máximas aspiraciones.

—¿Y lo consiguieron?

—Sí. Me lo han dejado muy claro a los cinco segundos de verlas. Lo felices que son con sus maridos y lo orgullosas que están de ellos y bla, bla, bla. Ahora vengo.

Tras coger la bandeja con las tazas de café, se aleja con su mejor sonrisa.

Jaime sigue cada uno de los movimientos de Elena y cómo la conversación continúa, a través del espejo. Está seguro de que, las dos que visten como su abuela —por la forma de moverse y de gesticular, de mirar a la camarera y de cómo observan a sus otras amigas— presumen de sus fantásticas y grandes vidas, de sus maridos y de la suerte que tienen al haber encontrado a alguien así en un intento de que la existencia de Elena parezca más triste y solitaria.

—No las aguanto —dice la camarera al volver a la barra—. En el instituto eran de las que, para ser felices, al resto nos tenían que ir mal las cosas. Y, por lo que veo, no han cambiado. ¿Cuál es su problema? Quiero decir, ¡todos podemos ser felices! No hay una cantidad de felicidad establecida para todo el mundo y si yo soy más feliz, no te quito parte de tu felicidad. ¡No! ¡No funciona así! Me alegro de que sean felices y de que les vaya bien. Pero me alegraría más si no intentaran dejar patente lo infeliz que debo ser yo. —El chico la mira en silencio, y deja que se desahogue—. ¿Tengo razón?

—Claro que la tienes —contesta él con rapidez, por miedo a que, si duda aunque sea un segundo, termine con un tenedor clavado en la mano.

—¿Y por qué ahora mismo no me siento feliz? —pregunta Elena antes de dar un largo suspiro.

—Creo que has gastado toda tu felicidad en ese monólogo. ¿Se puede usar esa palabra más veces en menos tiempo?

Ella, tomándose la pregunta como un reto, responde:

—Soy feliz de la felicidad que ellas felizmente exponen, a pesar de saber que su felicidad es solo una felicidad robada de mi felicidad y de la felicidad de los que les rodean. Y por eso su felicidad no es mejor que mi felicidad, ni es mayor felicidad o menor felicidad. Es solo una felicidad diferente a la felicidad que yo tengo.

Los dos sueltan una larga carcajada y Jaime da un par de aplausos.

—Increíble. ¿Lo tenías ensayado?

—¡Claro que no! Ya sabes que es uno de mis talentos naturales. Como el de hacer croché, que se me pegue todo lo que cocino o mi capacidad para meter «croché» en cualquier frase.

Él hincha el pecho y parece que va a añadir algo más cuando se detiene. En el espejo, ve como



la chica de la blusa se acerca a la barra.

—Perdónalas, Elena —dice cuando llega frente a la camarera—. Parece que el tiempo no ha mejorado mucho su forma de ser. —Ambas sonríen un poco—. Con toda su palabrería no he podido preguntarte qué tal estás. Hacía mucho que no nos veíamos.

La camarera, ante aquella muestra de sinceridad, se relaja un poco.

—Todo muy bien, Sara. Gracias por preguntar.

—Oí que estabas prometida.

Elena y Jaime se tensan.

—Sí... Bueno, es una historia bastante larga. —Aprieta los labios y mira, por un instante, al infinito—. Así que cuéntame tú, ¿qué tal? Lo último que supe de ti es que estudiaste Informática.

—Sí, sí. Hice Informática y, tras trabajar un par de años, monté mi propia empresa de diseño web.

—¡Vaya! ¡Tu propia empresa! Eso suena muy bien.

—Mejor de lo que es en realidad. Por ahora estoy yo sola en el salón de mi casa con el ordenador. De hecho, creo que la palabra «empresa» todavía me queda un poco grande.

—Date tiempo. Con lo trabajadora que eres seguro que las cosas te irán muy bien.

—Eso espero. Había quedado con Penélope para ayudarla con la web del bufete de abogados en el que trabaja cuando nos hemos cruzado con Marta y Esperanza. —En ese momento parece que cae en algo—. Me encantaría que quedáramos un día a tomar café, sin ellas dos, para ponernos al día.

—Me parece un plan perfecto —contesta con total sinceridad Elena.

—¡Genial! Pues te dejo mi número. —Y, con un movimiento casi automático, saca una tarjeta de su bolso—. Son las tarjetas que uso para la web, pero el teléfono es el mío personal. Quedamos un día y hablamos. ¿Sí?

—No te preocupes que te llamaré, Sara.

—¡Genial! Y ahora —mira de reojo hacia la mesa y sonrío—, me toca volver con esas dos. Menos mal que está Penélope para hacer de colchón.

—Que te sea leve.

Se sonríen y Sara vuelve a su asiento.

—Una chica muy maja —comenta Jaime cuando se quedan solos.

—La verdad es que sí. Esto te demuestra que hay gente que no cambia —Elena mira hacia la mesa— y otras evolucionan y mejoran con el tiempo.

# Martes 16

14:02

Jaime no ha empezado a comerse el primer plato y ya piensa en el postre.

—¿Tarta de queso con almendra? —pregunta cuando Elena pasa por su lado.

—Sí, queso con almendra. ¿Por qué? ¿No te gusta?

—No lo sé, nunca la he probado. Suele ser de queso con mermelada de arándanos, fresa o cualquier otra cosa así. Pero de almendras...

—Piensa que siempre hay una primera vez.

Mientras ella vuelve a la barra, él intercala tres bocados rápidos, casi sin tiempo de masticar, con momentos en los que se queda con la mirada perdida, como si algún recuerdo lo ocupase. Suelta un largo suspiro y vuelve a comer sin descanso.

La puerta suena y se oye a una mujer:

—¡Cuéntamelo todo! ¡Y no te ahorres ningún detalle!

Debe de tener la edad de Elena; lleva un vestido veraniego, sandalias y el pelo corto del color de las almendras tostadas.

La camarera se empieza a reír.

—No has tardado ni un día —contesta tras darle dos besos.

—¡Es que lo merece! —se defiende ella—. Esas perras de instituto se han ganado a pulso que las despellejemos en persona—. Antes de que Elena responda, mira por el espejo de detrás de la barra y se encuentra con Jaime—. ¡Renacuajo! ¡No te había visto! ¿Qué tal estás?

Se acerca al corrector, que esperaba pasar desapercibido.

—Buenas, Lucía —saluda con cierta desgana—. ¿Cómo estás?

Mientras los dos se hacen las preguntas protocolarias y dan sus respectivas respuestas, Elena los mira. En opinión de la camarera, Lucía y Jaime tienen una relación de película; aunque nunca sabe si se trata de una romántica o de terror. Entre ambos existe una tensión que podría ser tanto sexual como asesina. No le sorprendería si, en un futuro, empezaran a salir; o que uno tirase al otro por alguna ventana. Dualidad en estado puro.

—No sabía que trabajaras por aquí, renacuajo —continúa Lucía mientras despeina a Jaime en un gesto infantil—. ¿Cómo no te han despedido ya? Confiesa, ¿a quién te tiras?

—No sabía que podías salir a la luz del día —contesta él sin amedrentarse—; pensaba que te derretías al contacto con el sol.

La camarera ve el mismo intercambio de pullas cada vez que coinciden, así que ya sabe cuál será el siguiente paso de la receta, por lo que decide intervenir:

—Lucía, ¿te pongo algo?

—Una Coca-cola y un pincho de tortilla. ¡Suéltalo! —le dice a Elena—. ¿Qué pasó? ¿Quién vino? ¿Qué te contaron? Dime que estaban gordas. ¡No! ¡Dime que estaban como focas! ¡Cuéntamelo todo desde el principio!

Jaime aprovecha la oportunidad para regresar a su comida y a su libro, mientras la camarera y su amiga se quedan en la barra.

—Vinieron Sara, Penélope, Marta y Esperanza. —Elena prepara un vaso para el refresco—. Las últimas no han cambiado nada desde el instituto.

—¿Siguen vistiendo aquellas camisas y jerséis tan feos? —Su amiga asiente—. ¡Eran horribles! No tengo nada en contra de una camisa con un buen jersey; como el que me hiciste por mis veinticinco, ¿te acuerdas?

—¿El jersey de punto que era un vestido?

—¡Ese! ¡Me encanta! Y no dejaba de ser una camisa y un jersey. ¡Pero era diferente! ¡Divertido!

—También puedes ponerte un jersey normal y que sea bonito. —La camarera le deja el refresco y se aleja unos pasos.

—¡Sí, sí! Si el estilo jersey mola, pero a lo que voy es que en el instituto eran muy, pero que muy clásicas. ¡Si una vez les preguntaron si eran las madres de algún niño! No saben darle ese toque clásico pero juvenil; se pasan al polo contrario, moda de abuela.

—Además, con perlas.

—¿Perlas? ¿En serio? ¿Lo ves? Porque imagino que no eran perlas con un toque así algo más desenfadado. —Elena niega—. ¡Qué horror!

—No solo eran el jersey o las perlas, era todo: el pelo, los tacones, las faldas... En cuanto las vi se me ocurrieron como media docena de variaciones con las que hubieran estado mil veces mejor.

—Si es que puedes ir clásica...

—Pero sin parecer una vieja —dicen a la vez.

—Bueno, ¿y qué te contaron? —pregunta Lucía justo antes de que le ponga el pincho de tortilla.

—Lo de siempre. Lo felices que eran con sus maravillosos maridos, sus fantásticas casas y la nueva aspiradora que se compraron para su villa de la playa.

—Vomitivo.

—Lo sé. Es lo que le dije a Jaime. Me parece muy bien que sean felices, pero era su tono de voz, sus formas... Me hicieron sentir muy mal.

—Par de cabronas. ¿Y con Sara y Penélope bien? En el instituto eran bastante agradables. No el torbellino de encanto y simpatía que éramos tú y yo (bueno, que somos), pero no estaban mal.

—Sí, con ellas todo lo contrario. De hecho, teníamos pensado quedar a tomar algo un día.

—Pues avísame, que a esa me apunto.

—Las vi bien. Hablé sobre todo con Sara y está igual de agradable que en clase. Ella misma era consciente de que las otras dos no habían cambiado.

—¡Normal! ¿Y les contaste algo sobre...?

Lucía hace un leve gesto con la mano, aprieta los labios en una media sonrisa contenida y mira con dulzura a Elena.

—No —contesta la camarera—, no quise entrar en el tema.

Baja los ojos un momento y estos se empañan con una capa de lágrimas.

—¡Bueno, chica! —dice de pronto Lucía—. ¿Te parece si vengo cuando salgas y nos tomamos algo? Así me cuentas con calma todo lo de esas perras.

—Vale, sí.

—Muy bien. —Se mete un último trozo de tortilla en la boca—. Pues luego te veo. ¡Adiós, renacuajo!

A Jaime, absorto en sus pensamientos, no le da tiempo a contestar antes de que salga de la cafetería.

# Martes 23

18:08

En cuanto se abre la puerta toda la cafetería se queda en silencio.

Jaime, en la barra, ve en el espejo que acaba de entrar un hombre que quita la respiración a todos los presentes.

Aparte del metro noventa de altura, a primera vista no sobresale nada en él. Viste camisa blanca, vaqueros y zapatillas de esparto. Sin embargo, los detalles lo colocan por encima del resto. Su forma de moverse denota seguridad y entereza; la camisa deja vislumbrar una musculatura trabajada y marcada; la barba bien perfilada se compenetra a la perfección con su cabello despeinado y sus ojos oscuros son como el chocolate puro, intensos y penetrantes. Podría ser el protagonista de una novela erótica que conquistara tanto a hombres como a mujeres.

La cuestión es que a Jaime le suena de algo. Con el movimiento seguro del que lo hace en innumerables ocasiones, se quita las gafas para limpiarlas y espera, así, motivar a su memoria para encontrar la respuesta.

Como hechizada, la gente de la cafetería sigue en silencio mientras el hombre busca algo a su alrededor. Y parece encontrarlo cuando deposita su mirada en Elena y camina hacia la barra. La magia se disipa y la clientela vuelve a la normalidad.

—Hola, corazón —saluda él con ese tipo de voz, profunda y grave, con la que se puede enamorar a cualquiera con solo un par de frases—. ¿Qué tal estás?

Elena se inclina sobre la barra y le da un par de besos en las mejillas.

—Muy bien. ¿Americano con doble de canela? —Él asiente—. ¿Y tú, qué tal?

La camarera se aleja unos pasos y carga la cafetera. Jaime le da vueltas. Le suena ese pedido de algo, pero no logra acordarse del porqué.

—Bien, otra tarde más de trabajo. Por suerte no me queda nada para cogerme las vacaciones —contesta el recién llegado, que apoya los antebrazos sobre la barra y deja caer el cuerpo, lo que provoca que se le marque toda la curvatura de la espalda y que, al mismo tiempo, acentúe su culo.

—¿Dónde te vas?

—A la playa. Unos amigos y yo alquilamos un apartamento un par de días. El resto, con la familia. ¿Y tú? ¿Tienes vacaciones pronto?

—A finales de agosto. —El corrector continúa pensando de qué lo conoce. Es pésimo con los nombres, pero creía que era mejor para las caras—. Es probable que me vaya unos días a la playa, aunque todavía no estoy segura. —Termina la frase justo cuando coloca la taza en el plato y se gira para servirlo—. Ya te contaré. —Elena se da cuenta de que el chico echa miradas de soslayo a aquel hombre y carraspea para llamar su atención—. Creo que no os he presentado de manera formal —dice mirándolos—. Jaime, este es Roberto, el dueño de la galería a la que fuimos. —En ese momento todos los engranajes de la cabeza del corrector encajan—. Roberto —prosigue Elena—, este es...

—Tu adorable acompañante —corta él—. Es un placer. —Le tiende la mano a Jaime y este se sorprende de lo contundente y firme del saludo—. ¿Te gustó la exposición?

—Sí, la verdad es que sí —contesta Jaime—. Diferente a lo que había visto hasta ahora.

—Suele pasar con el arte conceptual. Espero que al menos te picara la curiosidad lo suficiente para volver.

—No me cierro a nada.

—¡Cuánto me alegro! —Le da un suave golpe en el hombro de forma amistosa—. Aquel día todos mis amigos me preguntaron dos cosas: la primera, quién eras y de dónde salías.

—Me temo que no juega en vuestro equipo, Roberto —añade Elena, que se queda allí, atenta a la conversación.

—Ya lo suponía —contesta sin darle importancia—. Aunque, si cambias de opinión, tendrás un buen número de admiradores.

—Es lo que siempre me dice Elena. Pero por ahora estoy muy contento con mi sexualidad. Lo siento.

—Nadie es perfecto. —Los tres se ríen—. Les daré la mala noticia a mis amigos cuando los vea —dice Roberto sin perder la sonrisa.

—¿Y qué era lo segundo? —pregunta Elena.

—¡Ah, sí! Todas las mujeres del evento, y algunos de mis amigos también, me preguntaron por tu vestido. Querían saber de dónde lo sacaste. Incluso se hizo una pequeña apuesta.

Ella lo mira, sus mejillas se tiñen del color de los batidos de fresa y sonríe con picardía:

—¿Tú apostaste?

—Por suerte o por desgracia, no. —En el rostro de Elena se dibuja una sonrisa mucho más limpia—. Estaba con los saludos y me enteré hace unos días. —Él se inclina un poco más hacia delante sin perder la sonrisa—. ¿Y bien? ¿De dónde era el vestido?

La chica va a contestar, cuando la puerta se abre:

—¡Buenas tardes! —saluda con alegría la camarera.

—Hola, corazón —le responde Paco—. Hola a ti también —le dice a Roberto, en un tono mucho más seductor, y se acerca para darle un beso en los labios. Se coloca a su lado y sonríe a Elena y a Jaime—: ¿Qué tal la tarde, pareja?

—En mi descanso para el café —contesta Jaime mientras señala su taza casi vacía—. ¿Y tú, Paco? ¿Qué tal la papelería?

—Aburrida —suspira de forma exagerada—. Me he escapado para ver a mi hombre. —Le da un pequeño cachete en el culo a Roberto.

—¡Llegas justo a tiempo! —contesta él—. Elena estaba a punto de decirme de dónde sacó su vestido.

—Era un Carolina Herrera, ¿verdad? Tan elegante y a la vez discreto, tan fino. ¡Me encantó! Así que confiesa.

Con cada palabra que Elena escucha, su rostro aumenta un tono en la escala de frutos rojos.

—Pues... —tartamudea ella—. En realidad...

Jaime, testigo de la situación, decide salir al rescate:

—Era suyo. —Los dos hombres la miran embobados, incapaces de articular palabra—. Diseño y confección. Todo.

—Es coña —reacciona Paco—. Es una broma. —Ella niega con la cabeza—. ¡Cari! Eres capaz de diseñar ese pedazo de cacho de vestido espectacular, ¿y no me has hecho ninguno para mis actuaciones? —El tono rojo de la cara de Elena ya no puede aumentar más—. Pues esto no puede seguir así. En dos meses hay un concurso de *drags* en Ibiza y quiero llevar uno de tus vestidos. ¿Te parece?

—Paco —dice Elena cohibida—, me siento halagada, pero...

—¡Ni pero ni pera! Te pago lo que haga falta, pero quiero que me hagas un vestido. Y ni se te ocurra decirme que solo me cobras los materiales. ¡Nada de eso! ¡Te pago en condiciones! Porque el vestido que me diseñarás será un vestido en condiciones. No cualquier trapillo que se pueda encontrar en cualquier sitio. ¡Algo precioso! ¡Espectacular! ¡Que haga morir de vergüenza a todas las demás concursantes!

Elena intenta cortarle en más de una ocasión, pero Paco es imparable cuando empieza.

—Bueno, yo me voy. —Jaime, mientras se levanta, mira el plato con los restos del pedazo de su tarta de nueces pecanas: una crema hecha con el fruto seco entre una base de hojaldre y un entrelazado de nueces—. Tengo que volver al trabajo. Ha sido un placer, Roberto. —Le tiende de nuevo la mano.

—El placer ha sido mío.

—Espero que nos veamos más por aquí. —Luego mira a Elena, que le pide ayuda con los ojos, y a Paco, que sigue con su monólogo—. A vosotros os veo mañana.

Y, antes de que la pena lo obligue a quedarse, Jaime sale de allí, contento de que alguien, a parte de él, le diga a Elena lo buena diseñadora que es.

**Julio**



# Jueves 2

21:03

Con la llegada de las vacaciones escolares el ritmo de la ciudad cambia.

Ahora, por las mañanas, las madres y los padres van con sus hijos a desayunar antes de llevarlos al campamento urbano, a practicar algún deporte o a clases de recuperación; también se los ve a la vuelta de las clases, a mediodía para comprar algo de postre y por las tardes para merendar, la mayoría de las veces, batidos fríos, refrescos o zumos para combatir el calor.

—¿Qué haces por aquí tan tarde?

La pregunta de Elena no suena acusadora, agresiva ni borde; sino entre curiosa y sorprendida.

Jaime se deja caer en uno de los taburetes de la barra con cierto agotamiento y una sonrisa cansada.

—Tuvimos la fiesta de jubilación de Jorge —contesta mientras ella ya prepara un café—. Además, muchos empiezan las vacaciones de verano, así que aprovechamos para despedirnos y todo eso. —El ruido de la máquina hace que Elena se limite a asentir con la cabeza—. Yo las tengo en agosto, así que aún me queda.

—Bueno, no te preocupes. Seguro que se te pasa volando este mes —dice ella con una amplia sonrisa al ponerle el café—. ¿Te apetece algo de comer? —El corrector la mira y tuerce la boca. Ella asiente—. No sé ni para qué pregunto.

Dirige la vista hacia el expositor de las tartas, donde está su compañera Paula, que mueve la cabeza al ritmo de la música.

—¿Te pongo algo, Elena? —pregunta esta.

—Sí, por favor. Un pedazo de tarta de cereza cuando puedas.

—¡Marchando!

Y mientras Paula prepara el plato, Elena prosigue con Jaime:

—¿Qué tal Jorge? ¿Tenía ganas de...? —En ese momento se fija en una pequeña mancha, del tamaño de una moneda y con el color de una galleta tostada, situada a la izquierda del segundo botón superior de la camisa del corrector—. ¿Qué es eso? —pregunta señalándola con el dedo de forma acusadora.

—¿Qué es qué?

—¡Esa mancha! ¿Qué es? No me digas que es..., que es...

Jaime ve que tanto el dedo como el labio inferior le tiemblan a la camarera.

—¡Ah! ¡Esto! —dice aliviado—. Solo es un poco de tarta...

Pero al decir la palabra, Elena da un pequeño grito de sorpresa, retrocede un par de pasos y se cubre la boca con la mano:

—¡Dime que no!

—Pues sí, tarta de...

De nuevo lo interrumpe. Se lleva la mano a la cabeza y pone una expresión de dolor en el rostro. Jaime sonrío de medio lado; sabe mejor que nadie que Elena se pone teatralmente dramática cuando quiere. Y también que, lo mejor, es seguirle la corriente.



—Me dices que has comido tarta —se detiene un momento para acentuar el temblor de sus labios antes de continuar— ¿de otra?

—Sí.

—¡No puede ser! Dime que, al menos, no estaba rica; dime, al menos, que las nuestras tienen mucho más sabor; que la porción no era tan grande como las de aquí.

Una carcajada nace en la garganta de Jaime, pero la contiene.

—La verdad es que no estaba mal.

La camarera da un pequeño grito de pesar y angustia.

—¡No! ¡No puede ser!

En ese momento llega Paula con el pedazo rojizo de tarta de cereza; dos masas de hojaldre, la de arriba entrelazada como una reja, que contienen una masa de un oscuro color rojizo.

—Paula, ¡espera! —indica Elena mientras sujeta a la chica del brazo—. ¿Tú te crees que Jaime nos ha puesto los cuernos... con otra tarta?

Paula, que tampoco necesita que le den mucha cuerda, entra de inmediato en el juego.

—¿Cómo? —Copia el gesto de asombro de su compañera—. ¿Quién es ella? ¡Confiesa! ¿Una Selva Negra? ¿De queso? ¿Con frambuesas por encima?

Como las protagonistas de una telenovela, entrelazan las manos y se apoyan la una en la otra.

—¿Sabes qué? ¡No queremos saberlo! ¡Prefiero quedarme con la duda antes que tener la certeza! No sé si mi delicado corazón aguantaría la verdad que escondes. Paula, ¡vámonos! ¡No nos merecemos soportar esto!

Y, aunque les falta un fular que echarse por encima del hombro, ambas salen disparadas en direcciones opuestas de la barra.

—¡Oye! —dice Jaime al ver que se alejan de él—. ¿Al menos me podéis cobrar antes de irnos?

# Sábado 11

10:31

Detrás de la barra, Elena canturrea una triste canción que retransmiten en la radio, al mismo tiempo que limpia, por segunda vez, una barra vacía. Por eso, cuando suena la campana de la puerta, el aburrimiento se evapora de su rostro y da paso a una sonrisa pletórica.

—Buenos dí... —Pero cuando ve quién es el cliente, su expresión de indiferencia vuelve—. ¡Ah! Eres tú.

—¿Una mañana aburrida? —pregunta Jaime tras sentarse en un taburete.

—¡Aburridísima! Se nota mucho que la gente empieza a cogerse vacaciones.

—Ya, suele pasar. Sobre todo vosotros, que estáis en un barrio donde solo hay oficinas y colegios.

—Todos los veranos son iguales. A la hora de desayunar, como siempre, tenemos algo de jaleo. Pero como los niños ya no van al cole, nos faltan los grupos de madres y padres. A veces viene alguno con sus hijos, pero no es lo mismo. Al menos esas primeras horas son un poco más llevaderas. Pero en cuanto pasan las diez, todo el mundo desaparece.

—Se van a trabajar.

—Y, encima, como hacen jornada intensiva, ya no descansan para el café y se esperan hasta las tres. Pero claro, en lugar de venir, se van a casa. Por la tarde solo tenemos algún pobre que tiene que hacer horas extras o con demasiado trabajo. Pero el fin de semana, ¡ni eso!

—Piensa en que te queda un día menos.

Mientras Jaime intenta animarla, Elena lo mira de arriba abajo un segundo, como si se acabara de dar cuenta de algo:

—Por cierto, ¿tú que haces aquí? ¿Te tocaba trabajar?

—¡Gracias a Dios, no! —contesta con una mueca de alivio—. No, no. Nosotros, gracias a todo a lo que se le puede dar gracias, no tenemos que trabajar los sábados.

—¿Ninguno? —pregunta escéptica—. Recuerdo haberte visto por aquí algún fin de semana y venías de la editorial.

—Algún que otro sábado, de manera puntual, nos toca venir. Pero no demasiados. Según mi contrato, son cuatro sábados al año, que coinciden con la feria del libro o algo así.

—¡Por cierto! —Elena se pone las manos en las caderas, sorprendida—. ¡Acabo de caer! ¿Qué tal la de este año? Creo que no te pregunté.

—¡Muy bien! —Jaime hace un gesto con las manos como para quitarle importancia—. Son semanas algo caóticas para los editores y los escritores, que tienen que ir de un lado para otro con sus agendas, atentos a quién tiene que firmar y dónde... Ese tipo de cosas. Pero, para un corrector, no supone nada. Sigo con mi trabajo y me libro de tener que ir a la feria y hacer esos extras.

—Me alegro por ti. —Elena le guiña un ojo, cómplice. Se estira de manera discreta y echa un vistazo a la cafetera—. ¿Café? ¿Algo frío, mejor?

—Frío —asiente Jaime.

—¿Batido de café con nata montada y sirope de chocolate? ¿Acompañada de tarta helada?

—Perfecto.

Mientras hablan, empieza a prepararlo.

—Y si no te toca trabajar hoy, ¿qué haces por el barrio?

—Mi madre me pidió que me acercase a una tienda que está a un par de manzanas de aquí.

—¿A cuál?

—La de arreglos de costura —sigue él sin darle importancia.

Sin embargo, cuando se trata de ropa, todo tiene importancia para Elena.

—¿Qué le pasa? ¿Necesita algo?

—¡No! Nada urgente. Tiene dos bodas en un par de semanas y, como no tienen nada que ver una con otra, quería ponerse el mismo vestido, pero se lo probó el otro día y vio que se le han salido un par de costuras.

—Ya —asiente Elena mientras coloca un gigantesco batido de café, con nata y sirope, delante de Jaime, y lo acompaña de un plato con un pedazo de helado del que sobresalen varias vetas de bizcocho.

—Y quería que pasara por la tienda para saber si están de vacaciones.

—Para llevar el vestido —termina la frase ella, a lo que él asiente—. ¿Y han cerrado?

—Sí —contesta con pesadez antes de darle un largo sorbo a su bebida—. Dice que podría arreglarlo ella, pero como la tela es tan delicada...

—No se atreve por si lo estropea. —De nuevo, termina la frase Elena y él asiente—. Dámelo a mí. Yo se lo puedo arreglar sin problemas. —Jaime duda apenas dos segundos, el tiempo que necesita ella para seguir—: Se lo puedo apañar en un santiamén. Es probable que lo tenga listo en una tarde, de manera que tiene tiempo de sobra de volver a probárselo. Además, si las bodas son en un par de semanas, si quiere, se lo puedo incluso ceñir un poco más o cualquier cosa. Así ella se ahorra ese dinero y a mí, de verdad, no me cuesta nada.

—Ya, pero...

—Conozco a tu madre. Sé que a la primera dirá que no. Dile de mi parte que, si no quiere que se lo haga gratis, mi precio es un *tupper* de croquetas de las suyas. Así seguro que le parece bien el cambio. ¿Te parece?

Jaime vuelve a dar un largo sorbo a su batido, calcula los pros y contras, se imagina una conversación ficticia entre ellas y lo que diría cada una, y llega a una conclusión:

—Vale, se lo diré.

—Genial. Trae el vestido el lunes cuando vengas a por tu dosis de cafeína.

# Lunes 20

13:43

Ese día, tras comer una ración doble de lentejas de su madre que ha traído en un *tupper*, Jaime va a la cafetería para su dosis diaria de café y dulce. Por desgracia, de un rápido vistazo, se da cuenta de que todas las mesas están ocupadas. Así que pone rumbo a la barra.

—¡Hola, guapetón! —oye a su espalda.

Al girarse ve que, desde una de las mesas, lo saluda Paco, que come con Roberto. Se acerca a ellos.

—Hola, pareja, ¿qué tal?

—Muy bien, ¿y tú? —dice Roberto—. ¿Vienes a comer?

Jaime niega antes de continuar:

—No, solo vengo a por café y algo de postre. Pero parece que me lo tendré que tomar en la barra.

—¡No digas tonterías! ¡Siéntate con nosotros!

Paco, sin darle tiempo a responder, señala la silla vacía a su lado para, después, agarrarlo del brazo y sentarlo casi a la fuerza.

—Vale —añade Jaime con una media sonrisa.

Elena, desde el otro lado de la barra, ve la escena y empieza a preparar el café.

—¿Y cómo te va todo, querido? —pregunta Paco con interés.

—Muy bien. Recomendé tu espectáculo en la oficina y algunos fueron a verte el otro día. ¡Se lo pasaron pipa! Me dijeron que les pareciste genial, con una mente despierta y un pico afilado.

—¿En serio? ¡Ay, muchas gracias!

—Estaban encantados con el espectáculo.

—¡Cuánto te lo agradezco! —Paco, conmovido, le pasa el brazo por encima del hombro para darle un abrazo—. ¡Uy, cari! Estás en los huesos.

—¿A que sí? —ratifica Elena, que acaba de llegar con el café del corrector y un pedazo de tarta de brazo de gitano, un bizcocho enrollado con el interior de crema.

—Sí. Estás muy delgado —sigue Paco—. Y yo que pensaba que ibas más al gimnasio.

—Sí, sí. Si voy —se defiende Jaime—. Casi todos los días, pero no sé por qué no cojo nada de músculo.

—¿A qué gimnasio vas? —pregunta Roberto.

—Al que está aquí al lado.

—A ese mismo voy yo. No es que sea un experto —dice con modestia—, pero, si quieres, podemos ir juntos e intento aconsejarte.

El marchante de arte es un armario empotrado: alto, de pectorales y brazos tan grandes que apenas necesitaría unos segundos para montar claras de huevo a punto de nieve. Por lo que Jaime deduce que debe saber bastante más que él.

—¿No te importaría? —pregunta con cierta vergüenza—. Quiero decir, me vendría bien un poco de ayuda para ganar algo de forma.

—¡Encantado! Será un placer.

—De paso —añade Elena, que vuelve por allí tras llevar una comanda a una mesa— os lo podríais llevar de compras y que renueve su armario.

—¿Qué pasa con mi ropa? —Ofendido, el corrector mira su polo liso.

—Cari, estoy con ella —ataca Paco—. Necesitas un pequeño cambio de imagen.

Jaime busca el apoyo de Roberto, pero este niega:

—Tienen razón. Eres un chico agradable, mono y no estás mal, pero vistes de una forma que invisibiliza todas esas cualidades.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunta Jaime sin entenderlo.

—Necesitas algo un poco más moderno, juvenil —argumenta Paco señalando el cuello del polo.

—Se lo he dicho miles de veces, pero no me hace caso —añade Elena, sin perder el hilo de la conversación a pesar de sus viajes a las otras mesas—. Parece mucho más mayor con esa ropa; está delgado y tiene un buen físico, pero no lleva nada que lo favorezca. Todas sus camisas y camisetas son al menos de dos tallas más y le quedan como una bolsa de patatas, sin forma ni nada. Los pantalones igual. Todos tienen el mismo corte y estilo. ¡Hay que variar un poco! Además, me he ofrecido a acompañarlo, pero nada. No me hace caso.

—Pues arreglado —continúa Roberto—. Empezamos con la Operación Cambio de Imagen. Te vienes conmigo al gimnasio una temporada y esta tarde nos vamos de compras.

Todos asienten menos Jaime:

—¿Puedo opinar?

—No —contestan a la vez Elena, Paco y Roberto.

# Jueves 23

18:06

—¿Todavía estás aquí? —pregunta sorprendida Elena al ver a Jaime.

—¿Dónde quieres que esté?

—¡De vacaciones!

—Ojalá —dice él dirigiéndose a la barra—. Aún me faltan un par de semanas.

—Bueno —dice ella tras llevar los cafés a un grupo de madres—. La verdad es que me vienes muy bien.

—¿En serio?

—Claro.

—Pues por la bienvenida que me has dado, nadie lo diría.

Cuando pasa por su lado, Elena le da un pequeño puñetazo en el hombro.

—¡Ay! ¿Y esta agresión gratuita?

Pero ella no responde, ya que está en una de las mesas.

—¿En qué me necesitas? —le pregunta cuando regresa.

—Es para corregir una cosa.

—Sin problemas —dice Jaime algo aliviado. Por un momento piensa que se trataba de algo horrible, aburrido o que consistiría en mover muebles—. ¿El qué?

Por la expresión de Elena y su silencio, Jaime echa de menos la idea de mover muebles.

—Mi currículum.

—¿Tu currículum? —La idea de los muebles se esfuma por completo, esto es mucho más fácil con diferencia.

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Pues... —Elena desaparece un momento en el almacén. Cuando vuelve, lleva entre las manos una estrecha carpeta que le coloca delante—. Quiero que lo revises.

La siguiente pregunta de Jaime tiene que esperar, ya que una de las clientas llama a la camarera. Mientras, se dedica a revisar la carpeta. Lo primero que saca es el currículum con los datos personales, el contacto y una foto. La formación académica, experiencia, cursos y charlas en las que había participado, con las fechas, bien escrito, sin faltas y, además, separado por categorías. Todo queda limpio y bien ordenado. Mira con más profundidad en el interior de la carpeta. De un vistazo cuenta más de diez bocetos de diferentes modelos: vestidos largos, cortos, un par de novia, conjuntos de blusas y pantalones e, incluso, el de un par de zapatos de tacón. En definitiva, el portafolio de una diseñadora.

—¿Cómo lo ves? —pregunta ella, al rato, cuando regresa para servirle una taza de café y un plato con un pedazo de tarta de naranja.

Jaime sigue con el contenido de la carpeta y busca lo que se necesite corregir, pero no lo encuentra. El currículum está bien escrito y lo demás parece correctamente etiquetado.

—Bien —contesta él dubitativo—. No tengo muy claro con qué quieres que te ayude. Todo está

bien escrito.

—Seguro que hay algo mal —objeta ella—. Seguro que sabes cómo ponerlo más bonito para que resalte un poco, ¿verdad? Creo que es muy sencillito.

Elena parece nerviosa y eso, en parte, es bueno, ya que da más información de la que quiere y Jaime lo sabe.

—¿Para qué lo necesitas?

—¿Te acuerdas de la inauguración a la que fuimos? —Sustituye los nervios por emoción.

—Claro. La de arte, para la que te dio las entradas Roberto.

—¡Esa! Pues cuando estuviste con Paco y sus amigos...

—¡Querrás decir cuando me abandonaste en aquella encerrona! —puntualiza Jaime, señalándola con un dedo.

—Solo fui al baño un momento.

—A ellos sí que les hubiera gustado llevarme al baño.

—Te dije que te quedaba muy bien el traje —añade con picardía—. Pues a una de las mujeres que estaba en la inauguración le gustó mi vestido. Roberto me dijo que le preguntó por el diseñador.

—¿Y qué contestó?

—Que no lo sabía, pero que lo iba a preguntar. El otro día me contó que se volvió a encontrar con la mujer y le dijo que yo era la diseñadora. Resulta que ella trabaja en el mundo de la moda y me llamó por teléfono ayer, hablamos del vestido y quiere reunirse conmigo.

—¡Qué guay!

—¿Verdad? Me dijo que llevara mi currículum y algunos de mis diseños. —Señala la carpeta.

—Por eso quieres que le eche un ojo.

—Exacto.

—Creo que está bien. —Vuelve a mirarlo—. Como te he dicho, no tiene faltas y está ordenado. Aunque... —Jaime duda unos segundos.

—¿Qué? ¿Qué? —reacciona Elena.

—Eres diseñadora. Podrías dibujar algo en los bordes o poner algún detalle para darle mayor personalidad. Si no, no se diferencia demasiado de un currículum de otra persona.

—No lo había pensado. Me parece una buena idea. —Sin darle tiempo a añadir nada más, le quita la carpeta y los papeles de entre las manos y se va a guardarlos—. ¡Gracias! Ya te contaré qué tal me va.

Cuando ella desaparece en la cocina los ojos de Jaime se pierden en el infinito. Se empañan de lágrimas y brillan como el sirope de caramelo. Una tímida sonrisa se dibuja en sus labios al darse cuenta de que Elena avanza. Poco a poco, pero lo hace. No sabe si la entrevista le saldrá bien o mal; lo importante es que la ve ilusionada.

# Agosto





# Domingo 2

11:12

Agosto llega implacable a la ciudad.

El calor se parece mucho a un ex; al principio es tolerable, pero luego cansa. Y eso sucede; que tanto sol agota a los ciudadanos.

La puerta se abre, suena la campana y, antes de que Elena o su compañera puedan girarse a saludar, Jaime llega a la barra.

—Hoy quiero un café doble con nata montada, un vaso con hielo y una porción de tarta especial del día. —Da un par de golpes rápidos sobre la mesa sin perder la sonrisa.

—Cómo se nota quién se va de viaje mañana —dice la camarera—. Te preguntaría si te apetece, pero salta a simple vista.

—¡Es que tengo muchas ganas! —De nuevo, da varios golpes sobre la barra de pura emoción mientras Elena prepara el pedido—. Como todos los años, me voy tres semanas a Inglaterra —ella asiente— para perfeccionar el inglés y todo eso. En realidad me encantaría ir a Estados Unidos, pero con lo que me ahorro en el billete de avión, me sale mucho mejor. ¡La cuestión! Que este año también había hecho la reserva y hace unos meses me enteré de que iban a impartir en Oxford un curso sobre edición. —Abre mucho la boca y se lleva las manos a los carrillos, como si no pudiera contener la emoción—. Es un curso muy bueno y hay pocas plazas. Así que mandé la solicitud, pero no tenía demasiadas esperanzas de que me cogieran. —Se detiene un momento y tensa la boca, nervioso—. ¿Y a que no sabes qué?

—¿Te han cogido? —pregunta Elena poniéndole el café.

—¡Sí!

—¡Qué bien! ¡Felicidades!

—¡Gracias! —dice al dar un saltito en el sitio—. El curso dura dos semanas, así que me voy a pasar todas las vacaciones en Inglaterra. ¡Es genial! ¡Estoy muy contento!

—Se nota, se nota —interrumpe ella mientras deja una porción de tarta junto a la taza—. El especial de hoy es Sacher.

Él mira el pedazo de pastel, de un intenso y brillante color chocolate.

—Como siempre, tiene una pinta estupenda. ¡Bueno! Pues lo que te decía...

—Inglaterra —añade Elena.

—¡Exacto! ¡Tres semanas! ¡Dos en Oxford y una en Londres! Estoy que no me lo creo.

—Haz muchas fotos, y aprende todo lo que puedas y más.

Después de coger una gran cucharada de la nata que hay sobre el café y mezclarlo con la tarta, Jaime parece rebajar algo su intensidad emocional y se centra en la camarera:

—¿Y tú? ¿Harás lo del verano pasado? —pregunta antes de ponerse a devorar, sin compasión, lo que tiene delante.

—Sí —contesta ella con una sonrisa y un gesto de completa satisfacción—. Una semanita en la casa de mis padres en la playa.

—Qué bien. ¿Coincides con ellos?

—Solo un par de días. El resto se van con unos amigos de viaje y me dejan la casa para mí sola.

—¿Y ya tienes planes?

—Me llevo dos novelas, tres bikinis, un bote de crema protectora y las gafas de sol. ¡No necesito nada más!

—Vas a volver negra.

—¡Esa es la idea!

# Lunes 17

10:32

La mañana, como el resto del mes, es tranquila. La radio llena el aire de música veraniega, Laura charla con un jubilado que toma café y Elena diseña en una servilleta una corbata.

Así, en este ambiente de calma, donde el calor hace que el aire parezca pesado y espeso, las dos camareras alzan la vista a la vez cuando suena la campana de la puerta. Elena, sorprendida, ve entrar a una Susana que tiene algo raro.

—Buenos días —saluda al instante.

—Buenos días —contesta la escritora de camino a la barra.

—¿Cómo estás, Susana? —Intenta descubrir qué le llama la atención de la mujer—. Hace mucho que no te veo por aquí.

Las dos coletas han sido sustituidas por una sola en la parte baja de la cabeza; un vestido verde, de cuello barco y por encima de las rodillas, suple sus llamativos conjuntos en colores flúor; los tacones chillones y estrambóticos se han transformado en unas sencillas sandalias de esparto.

—Sí, la verdad es que sí —contesta la escritora en un tono normal, de adulto—. Hace algún tiempo.

—¿Y qué te apetece?

—¿Me podrías poner un café helado y una porción de tarta —interrumpe la frase a la mitad para mirar el expositor— Paulova, por favor?

—Claro.

Susana aprovecha que Elena se desliza por la barra para preparar el pedido y saca su portátil. Sin movimientos exagerados ni sonidos dramáticos. Esto pica más aún la curiosidad de la camarera, que no pierde detalle. Cuatro pinzas rosas con una suave capa de purpurina en el pelo, el cinturón de lentejuelas con forma de corazón y media docena de pulseras en una mano parecen las únicas señas de identidad de la antigua Susana.

—¿Has venido a la editorial? —pregunta Elena cuando le lleva el pedido.

—Sí. Tenía que pasar a firmar unas cosas y he aprovechado para tomarme algo fresquito y un trocito de tarta, que Jaime siempre habla muy bien de vuestras tartas.

—Sí, le damos comisión por cada porción que nos ayuda a vender.

Las dos se ríen por la broma y la sorpresa de Elena aumenta. Su forma de hablar, sus gestos, sus movimientos... Todo en esta nueva Susana es diferente. Sin drama, sin ruidos estrafalarios, sin Susana.

—¿Qué tal le va? ¿Sabes algo de él?

—Sí, claro. Está en un curso en Inglaterra. Me escribió el otro día, emocionado, que había conocido a no sé qué escritor. Parecía un adolescente que acababa de ver a su ídolo.

De nuevo, más risas contenidas, sosegadas, calmadas.

—Cuánto me alegro. De vez en cuando me escribe para preguntarme por mis novelas, pero ya le he dicho que ¡está de vacaciones! ¡Que no le pienso contar nada! —Y ahí está, un pequeño

fragmento de la Susana de siempre: mueve las manos con grandes gestos y sube el tono un poco.

—Tiene que aprender a desconectar. ¿Tú te vas de vacaciones pronto?

—La semana que viene. Me voy con unos amigos a la montaña, que hará menos calor. Cogimos una casita y ya les he dicho que pienso pasar todo el día en la piscina. Hasta que no tenga la piel como una pasa ¡no voy a salir!

—Haces muy bien.

En ese momento surge el típico silencio incómodo entre dos personas que apenas se conocen. Dudan sobre qué hacer, si seguir la conversación o detenerse ahí. Hasta que Susana toma la iniciativa:

—¿Tú te coges pronto las vacaciones?

—Sí. Iré a la playa, a leer, aunque creo que me tendré que llevar algo de costura.

—¿Sabes coser?

—Sí.

—¡Vaya! Después de tu comentario con aquel manuscrito tenía claro que sabías sobre moda, pero no que también cosías. De pequeña cogía trozos de papel y cartón e intentaba hacerme vestidos y cosas así, aunque se rompían al dar un paso. ¡Oye! ¿Y sabes diseñar?

—Sí. He diseñado algunas cosas. Vestidos, trajes...

—¡Qué bien!

—Trabajé algunos años como diseñadora. —De nuevo, el rubor en sus mejillas.

La cara de Susana cambia de la admiración a la pura sorpresa.

—¿En serio?

Y, de pronto, Elena sabe que la siguiente será la pregunta que tanto odia: «Si te dedicabas al diseño, ¿cómo terminaste en una cafetería?». Pero el tiempo la ha ayudado a aprender formas de esquivarla, y responde con rapidez:

—Así que si quieres que te ayude con algo, solo tienes que decírmelo.

—¡Eso estaría genial! —La escritora deja a un lado el ordenador y saca un cuaderno de notas de su bolso—. La verdad es que trabajo en una novela y me vendría muy bien tu ayuda.

—Por mí, encantada.

Con el bolígrafo preparado, Susana y Elena dejan pasar el minuterero en el reloj y llenan la cafetería de preguntas, ideas y diseños. Todavía quedan posos de la antigua escritora —en algunos movimientos exagerados, comentarios con más dosis de drama de lo habitual o los complementos de su indumentaria—, pero la camarera también ve a una Susana más adulta y madura.

# Septiembre



# Lunes 7

09:18

Agosto pasa rápido para quienes han disfrutado de vacaciones, pero lento para los que han sufrido el calor de la ciudad. La llegada de septiembre indica el fin del verano y el regreso al trabajo.

Por eso, durante las horas de la mañana, la cafetería está de nuevo repleta de trabajadores. La mayoría luce un tono de piel bronceado y sus rostros muestran diferentes estados de ánimo: algunos sonrían al reencontrarse a sus compañeros, otros se lamentan por el regreso y, unos pocos, al pensar en el trabajo acumulado tras las vacaciones, revelan una mueca de absoluto pánico.

Ante todo el abanico emocional, lo único positivo es que, a principios de mes, los niños aún no han regresado al colegio, de manera que los batallones de madres y padres, anhelantes de desayunos, aún descansan en sus barracones.

Esto también es bueno para Jaime, ya que puede entrar y sentarse en una mesa sin problemas. Hoy ha ido un poco antes para disfrutar de un buen libro. Busca su marcador de páginas y se dispone a sumergirse en la novela cuando Elena se acerca a atenderlo.

—Buenos días, Jaime —lo saluda con una espléndida sonrisa.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunta sorprendido él, que cierra la novela de golpe.

—«Buenos días, Elena —contesta ella con un tono de voz más grave que le da un ligero punto cómico—, cuánto me alegro de verte. Espero que las vacaciones te hayan sentado bien, ¿qué tal lo pasaste?».

Sin embargo, ese gesto no varía el empeño del chico:

—¿No librabas hoy?

—Sí, pero me llamó Mercedes —vuelve a su tono habitual—; uno de sus hijos se ha puesto malo y lo ha llevado al médico, así que la cubro.

—Ah —se limita a contestar él, como si la explicación le fuera suficiente—. ¿Qué tal tus vacaciones?

—¡Muy bien! Qué considerado eres al preguntar. —Elena le da un ligero puñetazo en el hombro para acompañar su tono de voz complacido—. Playa, arena y libros. Nada de lo que quejarme.

—¿De que han terminado?

—Sí, pero esa es la queja que tenemos todos, año tras año. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

—Enseguida.

Así, mientras Elena prepara el pedido de Jaime y sirve un par de cafés para otros clientes, él aprovecha para continuar con su libro.

—¿Y las tuyas? —pregunta la camarera al volver.

—¡Estupendas!

—¿Sí? ¿El curso te gustó? —Deja la taza de café y un pedazo de tarta de la abuela con capas sucesivas de galleta y crema pastelera, cubiertas por una gruesa de chocolate.

—¡Fue increíble! Por supuesto hubo cosas aburridas, sobre todo algunas clases teóricas que, entiéndeme bien, aunque resulten productivas o prácticas para el día a día, no dejan de ser aburridas. La mayoría de lo que dijeron sobre corrección ya lo sabía, aunque aprendí alguna cosa nueva. Pero, sin duda, lo más interesante fue conocer a todo tipo de gente, desde correctores y editores, hasta grandes escritores. —Jaime enumera nombres de personas que Elena no conoce o que, con suerte, le suenan. Gran parte ingleses, aunque también pronuncia alguno cuyo apellido parece más propio de una especie de planta—. Este último fue un encanto —sigue el corrector—. No solo me firmó su novela, ¡fuimos a tomar un café juntos! ¿Te lo puedes creer? ¿Alguien de su talla conmigo?

Elena no está tan al día del mundo editorial como lo está Jaime, ya que, para ella, la lectura es una afición más en su tiempo libre; mientras que para él es su pasión y su trabajo. Sin embargo, cuando lo escucha hablar con tanta emoción, como un adolescente que ha conocido a su ídolo, se imagina encontrándose a uno de los grandes diseñadores y sabe que sentiría lo mismo que él en ese momento.

—¡Cuánto me alegro por ti, Jaime! —dice con una gigantesca sonrisa—. ¿Hiciste fotos?

—¡Por supuesto!

—Salgo a las tres. —Ella mira a los otros clientes de forma rápida, preocupada por si su compañera se empieza a estresar—. ¿Comemos juntos y me cuentas todo?

—¡Claro! —contesta él sin perder ni un ápice de entusiasmo.

—Genial. —Elena ya se marcha cuando se fija—. ¿Esa camisa es nueva?

Es blanca, de manga corta, pero con el cuello y los puños de las mangas en un tono azul celeste muy bonito. Además, no la lleva abrochada hasta arriba, sino que deja un par de botones libres en la parte superior, lo que le da un aspecto formal pero juvenil.

—Sí, ¿por?

—Te sienta muy bien.

—Muchas gracias. Es una de las que me compré con Paco.

—¡Es verdad! ¿Qué tal vuestra tarde de chicos?

—Me lo pasé muy bien —contesta con sinceridad el corrector—. Me probé diferentes cosas y me ayudaron a salir un poco de mi zona de confort; compré un par de prendas algo más... atrevidas.

—¿Atrevidas?

—¡A ver! No te imagines nada demasiado raro. Camisas, alguna camiseta... Pero sí, los dos me dijeron que cogía mal las tallas de la ropa.

—¡Lo ves! ¡Te lo digo desde siempre!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Así que les hice caso y me lo compré todo de mi talla; y un par de pantalones un poco más ceñidos de la cuenta para mi gusto, pero que me dijeron que me sentaban muy bien.

—Siempre te digo que infravaloras tu culo. La prueba fueron los pantalones que te regalé que, según tú, te apretaban mucho. Pero ¿cuántas copas nos regalaron cuando fuimos a ver el espectáculo de Paco?

—Muchas.

—¡Muchas! Así que el dinero de esos pantalones fue una buena inversión.

—Me compré alguno más, pero eran algo elásticos, así que son más cómodos. Roberto intentó que me comprara unos muy cortos, pero le dije que aún no tengo piernas para eso, y me contestó que me diera un par de meses más de gimnasio y que ya vería.

—¡Cuánto me alegro de que hayas encajado tan bien con los chicos! Cuando vengas a recogerme, aparte de contarme tus vacaciones, tienes que hacerme un recuento de todo lo que te

compraste. ¿Te parece?  
—Me parece.



# Lunes 21

13:22

Llega el otoño. Los árboles se desnudan, las calles se llenan de hojas y de los crujidos que producen al pisarlas.

—Buenos días —saluda Jaime entre resoplidos.

Ha logrado salir un poco antes del trabajo a la hora de comer. Sabe a la perfección que, pasadas las dos, la cafetería se llena de comensales y es casi imposible conseguir mesa si se pasa un minuto de la hora. Hoy es, para él, un día diferente al resto, por eso sale antes. Quiere asegurarse de que encontrará una mesa sin problemas. Cuando se sienta, mira a Elena con ansiedad mientras sus dedos golpean con ritmo sobre el tablero.

—Buenos días. En nuestra carta de especiales, hoy tenemos ensalada vuelta al cole, merluza al profe nuevo y recreo por chocolate. Y no, no te diré por qué son especiales. Tendrás que arriesgarte a pedirlos.

—El postre es muerte por chocolate —contesta él ante la evidencia. Pero la mirada acusadora de Elena lo disuade de discutir—. Vale.

Ella se detiene un momento extrañada:

—¿Vale? ¿Ya está? ¿No me vas a dar la paliza?

—No.

—¿No vas a preguntar qué llevan? —Jaime niega con la cabeza—. ¿Ni por qué son especiales? —Vuelve a negar—. ¿Ni nada de nada? —Niega por tercera vez—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo que qué me pasa?

—Sí, ¡suéltalo!

—¿El qué?

—¡Lo que te pasa!

—¡Si no me pasa nada! —Jaime no suena muy convencido.

—No me engañas. —Elena se cruza de brazos—. Te conozco. Así que, venga, ¡desembucha!

Jaime, contra las cuerdas, mira a su alrededor y traga saliva. Coloca su mochila sobre la mesa y, de su interior, saca un taco de papeles encuadernados y se lo entrega.

—¿Qué...? —Elena, al ver lo que tiene entre manos, no añade nada más. Acaricia con suavidad los dedos sobre la portada. Como si tocara una obra de arte. Después, con el mismo cuidado, pasa varias páginas—. ¿Es lo que creo que es? —Jaime asiente en silencio.

Ella lo coloca sobre la mesa tras asegurarse de que está limpia y lo ojea con más calma. Lee algunas frases sueltas, los títulos de los capítulos, los nombres...

—¿Cuándo lo terminaste? —pregunta sin mirarlo. Pasa las hojas con mimo.

—Hace un tiempo. —Aunque Elena no aparta la vista de las páginas ni abre la boca, Jaime adivina la siguiente pregunta—. Un mes.

A su alrededor se crea un espacio que los separa de todo lo demás. La cafetería desaparece con los clientes, incluso la atmósfera con olor a café y repostería quedan anulados. En ese instante solo existen Jaime, Elena y el libro.

—Cuando terminé de escribirlo me di un par de semanas para asentarlo y que se enfriara todo antes de releerlo.

Ella, tras revisar las páginas, lo vuelve a cerrar y lo empuja unos centímetros, alejándolo.

—¿Qué te parece?

—¿Cómo que qué me parece? —repite él sin entender la sencillez de la pregunta.

—Has corregido decenas de manuscritos. Tu jefa alabó tu trabajo. Eres muy bueno en lo tuyo, de manera que le pregunto, no al Jaime que viene todos los días a tomar café y tarta, sino al que todos los días va a trabajar a una editorial: ¿qué te parece? Si llegara este libro a tu escritorio, ¿qué pensarías?

Elena deja la pregunta en el aire y se aleja para atender a unos clientes que acaban de entrar.

Decenas de respuestas pasan por la cabeza de Jaime en aquellos segundos: que es buena, que es mala, que hay cosas que trabajar, que es una mierda, que no está mal, que podría estar mejor... Todas superficiales y, al fin y al cabo, contestaciones fáciles. Y es que, la pregunta, de aparente sencillez, requiere de una respuesta meditada. En esas páginas hay muchas ilusiones, sueños y esperanzas. Es la primera novela que escribe, eso ya la diferencia de las que pudieran venir o, tal vez, marque el inicio y el final de una carrera.

—¿Ya lo has pensado? —le pregunta Elena cuando vuelve.

—Creo que el material es bueno. La historia es original y diferente a lo que se escribe ahora. Aporta frescura a un género muy trabajado, aunque tampoco se aleja tanto de este como para resultarle extraño al lector. Creo que le falta trabajo, mejorar algunos aspectos y pulir otros. No está terminada, aunque permite modificaciones sin corromper la esencia de la historia.

—Buena respuesta. —Suspira unos segundos y una media sonrisa se ilumina tímida entre sus labios—. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer?

—Que espeso estás hoy, madre mía. ¡Pues eso, Jaime! Ya has escrito una novela, ¿y ahora? ¿Qué vas a hacer?

—Pues... No sé.

—¿Se lo vas a llevar a tu jefa?

—¡No! —contesta él, ofendido—. ¿Cómo le voy a llevar esto? ¡Me lo tiraría a la cara! ¡No está terminado! ¡Hay que hacer cambios para que sea un trabajo decente!

—Tú mismo has dicho que estaba bien.

—Sí, está bien. ¡Para ser un primer borrador! ¡Necesita mucho trabajo!

—Vale, vale. Perdón. Solo era una pregunta, no hace falta que me mates.

—Te lo he traído para que lo leas y hagas las anotaciones que creas. Después, lo volveré a revisar un par de veces, tal vez se lo deje a alguien más... Y tal vez, solo tal vez, me plantee llevarlo a una editorial. ¡Pero solo tal vez!

—Vale. Me queda claro. Entonces, ¿esta copia es para mí?

—Así es.

—¿Y puedo escribir en ella?

—Sí.

—¿Y añadirle mis notas? —Jaime asiente—. ¿Y los cambios que crea que necesita? —Asiente de nuevo—. ¿Y pintarrapear, anotar, escribir...?

—¡Que sí, Elena!

—Está bien. —Como si cogiera un suflé recién hecho y tuviese miedo de que se desinflase, agarra el manuscrito entre sus brazos y lo apoya contra su pecho mientras sonrío—. Iré a guardarlo.

Gira sobre la punta de sus pies y se dirige al almacén para dejar el tesoro que le acaba de entregar Jaime.

# Miércoles 30

18:34

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jaime cuando, al entrar en la cafetería, ve el humo que sale por la puerta de la cocina.

—Nada preocupante —contesta Elena al pasar por su lado con un café en cada mano. Los lleva a una mesa y regresa tras la barra—. Se ha estropeado uno de los hornos y salía humo por todas partes. Parece más de lo que es. Ya se ocupa el jefe de solucionarlo.

Como si estuviera ensayado, se escucha a alguien gritar en la cocina, a pleno pulmón, todo tipo de insultos e improperios dirigidos al electrodoméstico.

—Está algo cabreado —comenta ella sin darle importancia.

—Ya se ve. —Jaime carraspea—. O, mejor dicho, se escucha.

—Está de mala leche porque tendrá que comprar un horno nuevo, es todo. Ni la cafetería va a arder en llamas, ni hay heridos, ni nada que sea de verdad preocupante.

—¿Habéis podido hacer tartas?

—¡Claro que sí! La especial de hoy es la milhojas.

—Acompáñala con un café y me harás feliz.

—¡Ahora mismo!

Mientras Elena se mueve detrás de la barra para preparar todo lo necesario, Jaime saca una novela de su mochila y empieza a leer con calma.

—Aquí tienes tu... —La frase de Elena se queda a medias cuando ve entrar a dos clientes—. ¿Qué se ha puesto? —pregunta con una mezcla de sorpresa, curiosidad y entusiasmo.

Intrigado, Jaime se gira para ver de quién habla:

—Raro, ¿verdad? —pregunta él.

Por la puerta ha entrado Susana. Lleva un sencillo vestido de color batido de fresa, el pelo suelto y algunos complementos coloridos. Sonríe de oreja a oreja, sus ojos brillan de felicidad y sus movimientos, aunque más comedidos, aún tienen esa carga dramática tan característica.

—Está muy guapa —sigue Elena—. Parece... Parece...

—Que tiene la edad que tiene.

Elena asiente.

—¿Y quién es él?

Por si el cambio de aspecto no es suficiente, Susana está acompañada de un hombre con traje y buen porte.

—Alberto —contesta Jaime—, el de Recursos Humanos.

—¿El que os lleva magdalenas caseras todos los lunes?

—Sí —contesta mientras la camarera le sirve su café y su pedazo de tarta.

—¿Del que Susana solo sabía quejarse?

—Sí.

—¿El que decía que era una criatura del infierno?

—*E mihmo* —contesta Jaime con un pedazo de tarta en la boca.

Susana parece otra. Sus maneras aniñadas, sus gestos infantiles y sus gritos dramáticos han desaparecido. En su lugar hay una mujer agradable, que escucha con atención a su acompañante y que se comporta acorde a su edad. Por suerte, otra de las camareras se acerca a la pareja para tomarles nota y así da tiempo a Elena para continuar:

—¿Qué le ha pasado?

—El amor —contesta Jaime mientras hunde el tenedor en la tarta—; eso es lo que ha pasado. —Pero ante el rostro interrogante de Elena, continúa—: Como has dicho, los lunes, suele llevar magdalenas o un bizcocho, o algo así al trabajo, ¿verdad? —Ella asiente—. Pues, por lo que me contó Susana, uno de esos lunes salió el tema de cuáles eran nuestros sabores y postres preferidos. Ella contestó que, últimamente, le gustaban mucho las piruletas de bizcocho o *cakepops* recubiertas de chocolate. Pues adivina lo que trajo la semana siguiente.

—¡Ay! Qué mono.

—Él aprovechó la oportunidad para preguntarle a Susana si le gustaban y, así, poco a poco, empezaron a hablar. Por una razón o por otra, todos los lunes encontraba alguna excusa para charlar con ella.

—¿Alberto lleva meses con esto? —pregunta Elena, a lo que él asiente—. Susana estuvo aquí un día en agosto, como te conté, cuando estabas de vacaciones. Me sorprendí al verla con ese nuevo aspecto, pero asumí que sería algo puntual. Imagino que ya estarían viéndose. Sí que le debe gustar Susana... Y a ella, él.

—Pues, en una de esas conversaciones casuales —Jaime entrecomilla con los dedos la última palabra—, él se lanzó y le dijo que conocía una tetería muy buena en el centro donde ponían unas tartas muy ricas.

—¿Y ella picó?

—Sí. Y desde entonces —lanza una rápida mirada a la pareja— están así.

Elena no ve a la escritora tan a menudo como a Jaime o a otros clientes, de manera que no sabe si el cambio de aspecto se produjo poco a poco hasta agosto o fue radical.

—Se ha refinado, pero sin perder esos detalles que la distinguen. Es como una nueva Susana.

Hace unos minutos que han llegado y la escritora no ha gritado ni chillado ni hecho nada estrambótico o llamativo como en otras ocasiones. Incluso su forma de sentarse y de moverse son diferentes. Está bien sentada, atenta a lo que él le dice; cuando antes habría estado tirada sobre la silla, distraída e interrumpiendo en todo momento.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Elena—; quiero decir, ¿por qué ese cambio? ¡Entiéndeme! Estoy encantada con la nueva Susana, ha rebajado mucho —la camarera hace un gesto con las manos— ¡todo! Pero hasta este punto, ¿qué...?

—¿Qué ha pasado? —repite Jaime antes de que la camarera termine—. Ya te lo he dicho. El amor. Hablé con ella largo y tendido sobre el tema. Le dije que la veía más feliz, más contenta, más relajada y sin esa aura de dramatismo que la caracterizaba.

Elena abre los ojos de par en par, sorprendida.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Sonrió. Parece ser que no fui el primero en decírselo. Me contó que, tras conocer más a Alberto y pasar tiempo juntos, se dio cuenta de que había adoptado parte de la personalidad de sus protagonistas.

—Sus novelas son muy buenas —precisa Elena al mismo tiempo que asiente—. O al menos a mí me gustan porque tiene ese toque de drama pasado de rosca que me encanta. Pero una cosa es leerlo y otra que te venga a pedir café.

Miran a la pareja de reojo, que está sentada y charla tranquila.

—Ahora vuelve a ser la chica de antes de las novelas. Desde luego, yo que trabajo mucho con ella, he notado un cambio espectacular. Ya no habla como una adolescente y se toma mucho mejor las correcciones. ¡A ver! Entiéndeme, el drama sigue presente, pero lo rebaja bastante. Igual que su humor, sus historias y todo lo que la hacía tan divertida, pero sin los comportamientos de niña de diez años. Aunque, ¡eso sí!, me dijo que conservaría su parte más estrambótica y dramática para los lectores, ya que les encanta.

Elena procesa lo que ve y la conversación con Jaime y se toma unos segundos antes de contestar:

—Pues me parece genial. Así tiene lo mejor de ambas partes sin renunciar a ninguna.

# Octubre



# Jueves 8

21:47

Septiembre se lleva el sol para dejar a su paso un mes de octubre algo más frío y repleto de lluvias en sus diferentes formas y colores, desde gotas grises que salpican la ciudad, hasta las negras y profundas nubes que descargan toda su furia.

Jaime, en la barra, disfruta de un pedazo de tarta de queso con dulce de leche. El sonido de su garganta expresa el absoluto y completo placer que siente al saborear el manjar.

—En serio —dice aún con los ojos en blanco—, están demasiado buenas. ¿Sabes qué? — Señala con el tenedor a Elena, que contempla todo tras la barra con cara de pocos amigos—. Sigo sin entender cómo lo hace. Desde que vengo, nunca, nunca, pero jamás de los jamases, he probado una tarta que estuviera mala. ¡Nunca!

—Ajá —se limita a contestar ella casi en un ladrido.

—Hay algunas que me gustan más que otras, por supuesto, pero malas... No, ninguna — continúa él ante la mirada asesina de Elena—. Y, aunque esta no la colocaría en mi top tres de tartas favoritas, no está nada mal. —Jaime espera unos segundos a que ella pregunte, pero como no lo hace, prosigue—: En tercer lugar, colocaría la de limón. ¡Pero no la de este verano! ¡La de siempre! Es suave, cremosa y tiene el punto justo de acidez. Cuando la hago en casa, o me paso con el limón o no llego. No consigo ese punto de equilibrio perfecto. —Elena sigue en silencio—. En segundo lugar, colocaría la tarta de manzana. Y, aunque la clásica me encanta, me refiero a la que hace alguna vez con bizcocho en lugar de hojaldre y con varias capas, ¡no encuentro ninguna receta en internet! Así que debe ser receta familiar o inventada. Te pediría que le preguntaras, pero sé que no te contestará. —De nuevo, espera unos segundos para que la camarera conteste con algún comentario elocuente, punzante o cómico. Pero no llega—. Mi número uno no puede ser otra que la tarta de chocolate. —Vuelve a hacer un sonido de placer con la garganta mientras cierra los ojos para dejarse llevar por unos breves segundos—. ¡En serio! Es la mejor tarta de chocolate que he probado en toda mi vida. ¡En toda mi vida! ¡Es impresionante! ¡Espectacular! ¡Increíble! — Alza las manos al techo de la emoción—. Creo que podría comerla todos los días y nunca me cansaría. —Jaime sonrío con cierta embriaguez psicológica, a lo que ella no añade ningún comentario—. ¿Me vas a decir por qué estás enfadada? —le pregunta de forma directa.

—No estoy enfadada —contesta en un tono tan cortante y agresivo que podría partir por la mitad un contenedor entero de turrón de guirlache.

—No, claro. No estás enfadada.

—¡Por supuesto que no!

—Bueno —Jaime coloca su mochila sobre la barra y abre la cremallera—, entonces... —A toda velocidad saca un pequeño regalo del interior y se lo tiende a la camarera mientras grita—: ¡Felicidades!

En cuestión de segundos, la cara de Elena pasa del completo y absoluto enfado a la completa y absoluta felicidad.

—¡Ay! ¡Gracias! —contesta con una gigantesca sonrisa.



—Pensabas que se me había olvidado, ¿verdad?

—¡Sí! —dice ella, alegre—. No tenías que haberte molestado.

Elena coge la caja, envuelta en un sencillo papel rojo y con un lazo verde.

—Lo sé, pero así te ves en la obligación moral de regalarme algo para el mío.

—Aún quedan dos meses. Tengo tiempo suficiente para pensar algo maquiavélico y devolverte lo de hoy.

# Martes 13

## 15:23

—Sigo sin creer que hayas pedido un batido.

—¿Qué pasa? —contesta Jaime, que agarra con fuerza el vaso—. No quiere decir que nunca más vaya a pedir café. Hoy me apetecía, solo eso.

—El batido es para el verano. Para este tiempo toca café, té, chocolate o cualquier otra bebida caliente —lo increpa Elena—. Traidor. —Él la mira con el ceño fruncido mientras da un sorbo largo con su pajita—. Al menos sigues fiel a la tarta —admite ella al ver el plato que ha dejado hace unos minutos a su lado—. ¿Qué te parece?

—Muy rica —contesta tras probar un nuevo pedazo del postre que, a primera vista, parece una lasaña—. Es la primera vez que la pruebo. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Baklava.

—¡Eso! ¡Está muy rica!

—Me alegro. —La camarera suspira cuando vuelve a posar la mirada en el batido—. Por cierto...

—Ay, madre —interrumpe Jaime antes de dejar el tenedor en el plato.

—¿Cómo que «ay, madre»? Todavía no he dicho nada.

—Ya lo sé. Pero detrás de un «por cierto» viene una pregunta complicada.

—¡No es complicada!

—Pero es una pregunta —dice satisfecho antes de volver a comerse un trozo de tarta.

—Sí, es una pregunta. ¿Conoces algún sitio interesante en la ciudad?

Jaime cierra un poco los ojos al mismo tiempo que tuerce el labio.

—Define «interesante».

—Pues... Interesante. No sé... —Mira al techo y piensa en voz alta—. Alguna obra interesante para ir al teatro, alguna película interesante para ir al cine, alguna exposición interesante en algún museo, algún parque interesante para pasear... Ese tipo de interesante.

—Vale. En el teatro puedes... —Jaime recula. La sonrisa de satisfacción de ella indica que algo más pasa—. Espera, espera. ¿Qué es lo que no me cuentas?

—Nada.

—Suéltalo.

—¡Vale! —Elena no necesita que hoy la presionen mucho para decir lo que se le pasa por la cabeza—. ¿Te acuerdas de la entrevista que hice?

—¿La de hace meses, en la que pasaste el primer filtro, que salió de la exposición de la galería de arte de Roberto? —Elena asiente—. No, no sé de qué entrevista me hablas. —Con su conocida precisión de francotiradora, Elena le lanza un azucarillo que le impacta justo en medio de la frente—. ¡Ay!

—Cuando fui a la entrevista me crucé con Emilio.

—¿Quién es Emilio?

—Un chico que conocí hace... —Se detiene un momento y empieza a contar—. Fue en el

primer curso que hice... Cuando tenía veinte años. ¡Madre mía! ¡Hace diez! ¡Ha pasado una eternidad! Y parecía ayer cuando...

—Te vas —corta con rapidez Jaime.

—Sí. Le conocí hace mucho. Creo que os hablé alguna vez de él. Alto, con algo de sobrepeso, pelirrojo.

—¿El que creías que era el único chico hetero del curso?

—¡Ese mismo! Emilio. Pues, como te decía, me lo encontré en las oficinas cuando fui a la entrevista. Me preguntó qué hacía yo allí.

—¿Y él qué hacía allí?

—Trabajar. Lo contrataron hace un par de años. Empezó como becario, cobrando muy poco, y ahora hace parte de los diseños para ropa masculina de la empresa.

—No está mal. Ese podría ser tu futuro.

—¡Ya! Estaría genial. ¡El caso! Que apenas tuvimos tiempo de cruzar un par de frases porque él tenía que trabajar y yo la entrevista. Así que...

—¿Te pidió una cita?

—¡No era una cita! Me dijo que podríamos tomar café un día.

—Es decir, una cita.

—¡No era una cita!

—Lo que tú digas —acepta Jaime, aunque sabe que tiene razón.

—Pues hemos quedado un par de veces.

Jaime, ahora, lanza el azucarillo contra la camarera, aunque falla y el sobre pasa de forma inofensiva al lado de su cabeza.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque solo era café.

—¡Era una cita!

—¡No era una cita porque ahora me lo ha pedido en serio! —recremina Elena.

—¿Te ha pedido una cita?

—¡Sí!

—Por eso quieres un sitio interesante, quieres llevarle a un sitio chulo. ¡Te gusta!

—¡No me gusta!

—¡Sí te gusta!

—Vale, ¡sí me gusta!

—Pero, por lo que recuerdo, no era muy tu tipo, ¿no?

—Ni lo era ni lo dejaba de ser. En aquella época los dos teníamos pareja, así que ni me lo planteé. Pero ahora... —Elena se encoge de hombros y pone una media sonrisa con ligeros ápices de tristeza.

—Pero ahora las cosas son diferentes —termina la frase él, que comprende muy bien el cambio de su expresión.

—Ha pasado ya mucho tiempo desde... ya sabes. —Él asiente en silencio—. Creo que es el momento de avanzar. Lo hablé con mi psicóloga y me dio la razón. Ya conozco a Emilio un poco, compartimos muchos intereses, nuestras profesiones y cosas así. No es como conocer de nuevas a un hombre.

—Te entiendo.

—Además, el tiempo nos ha tratado muy bien a los dos.

—¿Está muy cambiado?

—Se nota que hace bastante ejercicio, o al menos más que antes. Ya no tiene barriga, el traje

que llevaba cuando lo vi —se apoya un momento en la barra para coger aire— le quedaba muy, pero que muy bien. Y lleva una barba de un par de días que le da un aire muy atractivo. Así que... No sé, puede ser interesante.

—De ahí el buscar un sitio *interesante*. ¿Y por qué no escoge él?

—Porque me apetece llevar la iniciativa y si me pregunta si quiero ir a algún lugar en particular, tener opciones.

—Entonces... —Jaime ordena un poco la información en su cabeza—, ¡creo que tengo una idea! —Da un par de palmadas emocionado—. Este viernes, el museo de arte contemporáneo ofrece una visita especial. Abre hasta un poco más tarde y, mientras ves las exposiciones, puedes disfrutar de una degustación de vino. Fui hace unos meses y está muy bien para una primera cita. Tienes buen vino y los cuadros dan opciones de conversación si os quedáis sin temas y evitan los silencios incómodos.

—Tiene muy buena pinta.

—¡Pues claro!, ¿esperabas menos de mí?

# Sábado 17

## 10:22

—¿En serio te vas a comer todo eso?

Jaime, sorprendido, observa el gigantesco desayuno que le sirven a Roberto: dos tostadas con beicon y huevo, zumo de naranja, café y fruta. Hay comida para un regimiento.

—Todo esto tiene menos calorías que tu porción de tarta... —La señala, sin tener del todo claro el nombre.

—Crumble —puntualiza el corrector—. Tarta crumble.

—¡Esa! Si comes tanto, no ganarás definición ni musculación.

—Ya hablamos de esto y redujimos la tarta a dos porciones a la semana. Las negociaciones fueron difíciles, duras, pero al final todos llegamos a un consenso.

—Yo estaba ahí, ¿recuerdas? —añade Elena, en un tono escéptico—. Gemías y lloriqueabas; decías que un ser humano normal no podía sobrevivir sin un mínimo de cuatro porciones a la semana. —La mirada de la camarera es dura y contundente.

—¡Él quería que tomara solo una! —Señala, de forma acusadora, a Roberto.

—Creo que dos es un buen número, por ahora —dice este con cierto tono de aviso.

Jaime tuerce la boca y cierra los ojos en un gesto de odio, que retoma después de meterse un pedazo de tarta en la boca.

—¡Bueno, bueno! —oyen a alguien decir desde la entrada.

Cuando los tres se giran, ven a Lucía, la amiga de Elena, que entra con paso firme hasta la barra.

—¿Te parece bonito? —Mira a la camarera y la señala como si fuera culpable de algo.

—Depende —contesta—. ¿De qué hablamos?

—¿De qué hablamos? ¿De qué hablamos? —Lucía, como un torbellino de pelo y furia, mira a Jaime—. ¡Pues de que me he tenido que enterar por el renacuajo de que tuviste una cita! —En ese momento la chica parece darse cuenta de la presencia de Roberto, así que suaviza su rostro y su tono—. Hola, morenazo. Me llamo Lucía, ¿y tú?

Roberto va a contestar cuando Jaime se le adelanta:

—Es gay.

—¡Pues como te decía! —retoma Lucía al mirar a Elena—. ¡Que me tengo que enterar por este de lo de tu cita!

—¿Café? ¿Cerveza? ¿Té? —pregunta la camarera.

—Un café americano, por favor. —En décimas de segundo, su tono y expresión vuelven a ser los de una chica normal y corriente.

—Enseguida. —Mientras Elena va hacia la máquina, contesta—: Te dije que quedé con Emilio para tomar algo.

—Pero no que era en plan cita.

—Porque las primeras veces no fueron en plan cita.

—Sí, lo fueron —puntualiza Jaime.

—No —reitera Elena.  
—Lo fueron —se une Roberto.  
—No, no lo fueron —repite ella mirándolos.  
—Él escogió el sitio —argumenta el corrector.  
—Te retiró la silla para que te sentaras —sigue el galerista.  
—Te preguntó, con sutileza, si estabas soltera.  
—Invitó él.  
—No dejó que te fueras sin concertar una segunda cita.  
—De nuevo escogió él.  
—Silla.  
—Invitó.  
—Y cerró una tercera.  
—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —Elena los mira sin entender lo que pasa—. ¿Paco sabe que le pones los cuernos con un hetero, Roberto?  
—Me ve todos los días en pelotas en el gimnasio. —Resignado, Jaime hace una mueca con la boca—. Que no hayamos terminado en la cama solo es un tecnicismo.  
Todos se ríen; menos Lucía, que pregunta confusa:  
—¿Entonces no era una cita? ¿O sí?  
—No —contesta Elena.  
—Sí —contestan Roberto y Jaime.  
—¡A ver! —Alza las manos y pide silencio—. ¿No quedaste con él hace poco en plan cita?  
—Sí —dicen los tres a la vez.  
La chica, cabreada, mira a Roberto.  
—¿Y por qué lo sabía él y yo no?  
—Porque se lo dije yo —alza la mano Jaime como si estuviera en el colegio.  
—En el gimnasio —puntualiza Roberto.  
—¿En las duchas? —pregunta Elena.  
—¡No! Lo de las duchas era una broma.  
—Y, vamos a lo importante, ¿cómo fue? —pregunta Lucía. Se sienta al lado de los chicos y cambia su tono y expresión—. ¡Quiero detalles!  
Elena mira un momento por encima de sus amigos y ve que la llaman desde una de las mesas.  
—Si quieres detalles, tendrás que esperarte a que salga.  
—¿Cuánto te falta?  
—Cuatro horas.  
—Vale. Te espero en mi casa. Yo pongo el vino y la pizza, tú, trae los detalles —añade Lucía.  
—¿Nosotros no podemos ir? —pregunta Jaime que, a pesar de que conoce la historia, quiere escucharla por segunda vez.  
—Vosotros podéis ir a ducharos juntos.

# Viernes 24

09:31

Nada más entrar en la cafetería, un paragüero atestado indica el tiempo que hace. Jaime, que piensa en la regañina que le volverá a echar Elena por olvidarse el paraguas en casa, avanza con desgana hacia la barra. Pero el sentimiento cambia a la curiosidad cuando la ve.

—¿De qué se supone que vas? —pregunta intrigado.

La camarera lleva un sombrero de bruja negro y gigantesco, unas alas redondeadas y esponjosas a la espalda, y un hilo rojo le baja de la comisura de los labios hasta la barbilla.

—De hada-vampiresa-bruja —responde ella con una flamante sonrisa infantil—. ¿Te gusta? —Da una vuelta para que observe el conjunto completo.

—¿Hada-vampiresa-bruja?

—Sí. La escoba de bruja es incómoda para servir; si me pongo los colmillos de vampiro, la gente no me entiende; y mi jefe no me deja ponerme el vestido de hada. Así que, en lugar de llevar un disfraz incompleto...

—Te has inventado algo.

—¡Exacto! ¿Y vosotros? ¿No os dejan disfrazaros en el trabajo?

—Qué va, el jefe supremo dice que «nos resta credibilidad y seriedad» —contesta en el tono monótono del que ha escuchado esa frase demasiadas veces—. Solo dejan decorar el departamento de Infantil. Y por decorar me refiero a poner tres murciélagos de cartulina en una pared.

—Qué rancio. ¿Café?

—Sí, por favor.

—Hoy tenemos de especial la tarta de yema.

—Me vale.

La camarera alza la voz para seguir con la conversación:

—De todas maneras, ¿no me dijiste el otro día que habías quedado con Pablo y unos amigos para disfrazaros y salir?

—Sí, como todos los años.

—Sigo sin entender cómo podéis disfrazaros para cenar en un restaurante —añade.

—¡Es una tradición! Cena, disfraces y risas. ¿Qué más se puede pedir?

Elena le sirve la taza de café.

—Sí, sí. Lo entiendo. ¿Pero no es un poco incómodo comer con el maquillaje y el disfraz?

—Depende del disfraz.

—¿Y de qué vas a ir?

Deja delante de él un plato con un pedazo de tarta de yema.

—Aún no lo tengo claro. Tengo varias opciones. —La camarera mira al corrector y le hace un gesto con la mano para que continúe—. El clásico: zombi.

—Muy visto.

—Lo sé. —Da un pequeño sorbo al café y prepara una primera porción de tarta para llevarse a

la boca—. Segunda opción: vampiro.

—No tan clásico, pero clásico.

—Y, tercera, superhéroe zombi.

Ella le mira unos largos segundos en los que permanece en silencio, como si sopesara las posibilidades y las opciones.

—Me gusta. Clásico pero moderno.

—Gracias.

—Hazte muchas fotos, que quiero ver el resultado.

—Hablando de eso... —dice Jaime con voz de cordero.

—Quieres que te eche una mano con el disfraz, ¿verdad?

—Ya que te has ofrecido tú.

—¡No me he ofrecido!

—Sí, lo acabas de hacer.

—¿Y qué gano yo?

—Empanada casera.

A la camarera se le ilumina la cara.

—¿La tuya? —El corrector asiente—. ¿Casera? ¿Casera de verdad? —Él repite el gesto—. ¿De pollo o de atún?

—De lo que quieras. —Jaime saborea cada palabra. Sabe que ya la tiene en el bote.

—¡Trato hecho! —Extiende la mano y estrecha la de él para cerrar el trato—. Me sorprende que, sin tener ni idea de cocina, la empanada te salga tan bien.

—¡Sé cocinar más cosas! —protesta él, ofendido.

—Sí, claro. Por eso siempre cocinan tus padres en las comidas y cenas familiares.

Jaime frunce el ceño y, como no puede rebatir el comentario, se mete otro pedazo de tarta en la boca.

—Por cierto, ¿qué tal Pablo? ¿Ya tiene novia nueva? —pregunta ella mientras seca unos cubiertos.

—Sí. —Un largo suspiro sale de entre los labios del corrector—. Leticia. Nos la presentó el otro día.

—¿Y cuál es la tara de esta?

—¿Según Pablo o según la gente normal?

—¿Lo preguntas en serio?

—Según Pablo, tiene demasiados intereses porque los fines de semana aprovecha para visitar sitios, le gustan las exposiciones de arte, viajar en vacaciones, probar comida de todo tipo y, en definitiva, hacer planes.

—Déjame adivinar —interrumpe Elena—. Seguro que dijo que él prefiere quedarse en casa descansando, ¿verdad?

—Qué bien lo conoces. —La camarera abre la boca pero Jaime la hace callar con un gesto de la mano—. Sí, lo sé. Sé qué me vas a decir.

—¿El qué? —pregunta escéptica.

—Que es justo de lo que se quejaba con una de sus ex, que siempre estaban en casa y no hacían nada.

Ella permanece callada, cruzada de brazos y, sin perderlo de vista, le dice:

—Has tenido suerte.

—No, es que lo mismo pensé yo. ¡Que se quejaba de eso con la otra! ¿Cómo se llamaba? ¿Paula? ¿Alicia? ¿Ester?



—Creo que era Ester, pero ya me pierdo. ¿Cuánto tiempo les das?

—Un mes —contesta sin vacilar—. Se la va a traer a la fiesta de disfraces, así que seguro que nos cuenta algo.

—¿Y cuándo le vais a decir que el de la tara es él?

# Noviembre



# Lunes 2

20:31

Con el cambio de mes las nubes, que se mantienen en un neutro color gris, amenazan con lluvia, pero en pocas ocasiones cumplen con su advertencia.

—Sigo sin creerme que estés soltero, cari —dice Paco sorprendido.

—Pues créetelo —contesta Pablo con cierto aire de superioridad—, porque yo tampoco lo entiendo.

—Cielo —sigue el primero que, con el brazo sobre el hombro del chico, aprovecha para tocar bíceps—, con el partidazo que eres.

Jaime, mientras se termina su descafeinado y su porción de tarta de chocolate —la típica de toda la vida—, contempla el ritual de cortejo que Paco siempre pone en práctica cuando se le cruza algún chico guapo; así que no le sorprenden nada los piropos, el contacto físico ni las insinuaciones veladas.

Pablo, por su parte, no le hace ascos a la atención extra, aunque proceda de otro hombre:

—Eso díselo a todas las señoritas solteras que conozcas. Que el tiempo de estar en barbecho terminó y toca quitarme las telarañas.

Jaime suspira. Hace apenas una semana que lo dejó con la última chica y ya busca sustituta.

—Señoritas solteras conozco pocas, cari. Yo soy más de señoritos.

Ambos se ríen y Jaime resopla, desesperado.

—¿De qué habláis? —pregunta Elena cuando sale de detrás de la barra.

El uniforme y el delantal han sido sustituidos por un mono de color azul oscuro, de pantalón con campana, cinturón ceñido y mangas largas, anchas y vaporosas; algo sencillo que le queda como hecho a medida; la coleta ha desaparecido para dejar libre una larga melena chocolate que cae sobre sus hombros con suavidad.

—¡Vaya! —exclama Jaime impresionado.

—Lo secundo —dice Pablo.

—¡Estás divina, cielo! —termina Paco—. ¡Por todos los hombres del orgullo! ¡Estás estupenda!

Las mejillas de la chica se encienden como dos cerezas mientras coge su abrigo y el bolso.

—Muchas gracias, pero exageráis.

—Estás muy guapa, Elena —declara Jaime con convicción—. ¿Quién es el afortunado? ¿El famoso Emilio?

—¿Emilio? —repite Pablo.

—¿Emilio? ¿El hombre que te pretende? —pregunta Paco—. ¡Me lo contó Roberto! ¡Muy fuerte! Eso sí, quiero la información de primera mano. ¿Y quién es él? ¿Dónde lo conociste? ¿Viene aquí a por ti? ¿Es guapo? ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Pues claro que será guapo! ¿Y dónde vais a ir? ¿Cuál es el plan? ¿Soltero? ¿Casado? ¿Separado? ¿Viudo? Lo sé todo —le dice a Pablo, que parece más perdido que un garbanzo en una tarta de chocolate—, pero siempre es emocionante escucharlo de nuevo.

Elena, ignorándolo, se limita a mirarse en el espejo tras la barra para comprobar que tiene todo en su sitio.

—Parece que la cosa va muy bien —admite el corrector al ver sus esfuerzos para estar perfecta.

—Agradezco vuestro interés, pero no pienso contaros nada. —Mira un momento el teléfono. Jaime se gira hacia Paco y Pablo:

—Pues el afortunado también es diseñador. Se encontraron en una entrevista que Elena tuvo hace unos meses, pero se conocían desde hace una eternidad, ¡diez años!

—Ya llegarás —puntualiza ella con una mirada asesina.

—La cosa es que quedan desde entonces —reanuda el relato él sin prestar atención a Elena.

—¿Y es majo? ¿Lo conoces? ¿Lo has visto? —ataca de nuevo Paco, como si fuera una ametralladora.

—¿Te recoge aquí? —pregunta Pablo.

—Aquí, sí —responde Elena, lo que provoca un grito de júbilo de los demás—. Pero le dije que me esperara fuera. —Sonríe con satisfacción, como si hubiera ganado ventaja.

—Sabes que lo veremos por las ventanas, ¿verdad? —pregunta Jaime antes de darle el golpe de gracia a su tarta.

—Bueno... —La sonrisa de Elena desaparece—. Ya veremos.

Con decisión, sale y espera a su cita en la puerta de la cafetería.

Los tres chicos guardan silencio, expectantes, pendientes y atentos a cualquier hombre que se acerque a ella.

—Creo que es pelirrojo —puntualiza el corrector.

—Hombre pelirrojo, entendido —dice Pablo.

Se sienten como tres cazadores que observan a su presa, aunque esta los mira de vez en cuando desde el exterior con cara amenazadora.

Por suerte para ellos, Elena pronto alza la mano y saluda a alguien en la distancia. Por desgracia, no deja que su cita llegue hasta la cafetería y sale del campo visual de los tres observadores.

—¡Mecachis! —exclama Paco, desilusionado—. ¡No lo hemos visto!

—Me temo que ha sido más lista que nosotros.

# Sábado 7

17:14

Elena, como cualquier otra camarera que ha puesto más de trescientas tazas, tiene absoluto control sobre la cafetera, su cuerpo y el arte de poner café. Aplica la fuerza necesaria para cargar el portafiltro de grano molido, tiene dominado el giro de muñeca para colocar el instrumento en la máquina y sabe el tiempo exacto que tarda en llenarse una taza y usa esos segundos en otras cosas. Tiene el proceso tan automatizado que no es raro escucharla repasar algo en voz baja o canturrear, como hace esta tarde.

—¿Qué cantas? —pregunta Jaime intrigado desde el otro lado de la barra.

Elena, al instante, se gira sorprendida mientras, sin mirar los utensilios, prepara un platito con una cuchara y un azucarillo.

—Una canción de un anuncio de la tele —contesta sin darle importancia—. ¿Qué haces por aquí un sábado por la tarde?

—Comida de Navidad de la empresa —responde él con una leve sonrisa fruto de las tres copas de vino que lleva encima.

—¿En noviembre?

—Sí, en noviembre. El jefe dice que en diciembre estamos más ajetreados de trabajo, más estresados y con más reuniones familiares y de amigos. Además, los restaurantes están siempre llenos. Por eso la hacemos un mes antes. —Tras la explicación, Jaime se da cuenta de algo—. No es la primera vez que la hacemos en noviembre, ¿por qué te sorprendes?

—Porque nunca me acuerdo. ¡Y siempre me parece sorprendente! Un mes antes. —Coge la taza de café de la máquina y la coloca sobre el platito que ha preparado—. Nunca me acostumbraré.

Él la mira con escepticismo, mientras ella sirve el pedido a una mesa.

—¿Qué te pongo? —pregunta Elena cuando vuelve, a los pocos segundos.

—Café, y la tarta que tienes allí en la esquina.

—¿Quieres tarta? —pregunta sorprendida—. ¿Vienes de una comida navideña y aún tienes hambre?

—Es que nunca probé la Tatin.

Elena suelta un suspiro largo antes de asentir. Y, mientras comienza un nuevo baile con la máquina, pregunta:

—¿Y qué tal ha ido este año?

—Como todos —dice él con cierto tono de aburrimiento—. Mucha comida, mucha bebida y muchos compañeros que creen que las cuatro de la tarde es una buena hora para emborracharse. Aunque la parte buena es que se les suelta bastante la lengua.

—¿Y han dicho algo interesante?

—¿Sabías que mi jefe, el jefeazo supremo de la editorial, era arquitecto? —Elena niega con la cabeza al mismo tiempo que le pone el café—. Pues sí. Nos ha contado que le encantaba dibujar, hacer planos y todo ese tipo de cosas; que disfrutó en la carrera como un enano.

—¿Y cómo pasas de arquitecto a editor?

—Cuando terminó los estudios, como mucha gente, empezó a trabajar de cualquier cosa hasta que encontrara algo de lo suyo. Pero a lo mejor le duraba unos meses, y de vuelta al paro. Y así estuvo como unos diez años, sin que le saliera nada fijo como arquitecto. Un día coincidió con un amigo suyo, periodista, que le ofreció montar la editorial. Él, que era muy hormiguita para ahorrar, pondría el dinero y el otro socio se encargaría de gestionar la empresa.

—Entiendo.

—Hoy nos contaba que le gusta su carrera tanto como el primer día. Que, de hecho, en casa se montó un pequeño estudio donde dibuja. Por ejemplo, hace cinco años que reformaron el edificio y él se ocupó del diseño. ¡Precioso! Nos ha enseñado fotos a los que llegamos después y la verdad es que hizo un trabajo fantástico.

—Te vas —dice la camarera cuando Jaime empieza a divagar.

—Perdona. Pues con la editorial es feliz. A pesar de no ser lo que él esperaba de la vida, le ha resultado muy gratificante; y que parece que el destino a veces nos pone obstáculos en un camino para que sigamos otro; y que, al final, siempre hay un sendero que, por muchos baches que tenga, te lleva a buen puerto.

—Yo creo que he tenido suficientes baches por una buena temporada, Jaime. —El tono de voz de Elena es lánguido y alicaído.

—Sí, claro —continúa el chico, también en un tono menos alegre—. Lo que quiero decir... Tú antes tenías un puesto que no te gustaba. ¡Si eras una becaria! ¡Y mira ahora!

—Trabajé en una cafetería —dice Elena cortante.

—Sí, pero tus diseños son mucho más maduros. ¿Te acuerdas del vestido para la galería? Todas las mujeres estaban encantadas. Te salió la entrevista...

—De la que aún no sé nada.

—Y, poco a poco, parece que encuentras tu camino. Antes no sabías si querías seguir con la moda. Y ahora parece que lo tienes mucho más claro.

Elena se queda pensativa, con la mirada perdida en la distancia.

—¿Sabes qué? —pregunta ella sin dejar de mirar al infinito—. Sí que creo que mis diseños han madurado, mejorado o como quieras llamarlo. Pero no comparto la opinión de tu jefe. Es muy sencillo creer eso cuando no tuviste verdaderas dificultades y eres tu propio jefe. Y, por mucho que digas que se queja de que no tenía un trabajo estable, tuvo los suficientes para ahorrar y montar su propia empresa. Eso no es tener obstáculos. —Se retira como si fuera a hacer algo, pero, en cuanto da un par de pasos, regresa—. Quedarse sin trabajo durante varios años, tener trabajos de mierda que no te dan para vivir, perder a alguien... —su voz se quiebra—. Eso es tener dificultades.

El chico guarda silencio. Por supuesto, tiene más cosas que decir, que opinar. Más argumentos de peso sobre cómo, a veces, los problemas nos ayudan a seguir adelante con más fuerza e intensidad. Que, en ocasiones, son rampas para llegar a lo más alto. Pero sabe que, diga lo que diga, no servirá con Elena.

# Sábado 28

12:08

Hoy tienen una nueva tarta de café, así que el aroma habitual del grano recién molido, que impregna cada centímetro de la cafetería, está potenciado y aniquila cualquier otro atisbo de fragancia. Por suerte, los clientes no parecen sobrecogerse por el potente aroma y acuden como siempre a por los desayunos y sus dosis de cafeína y azúcar.

—¿Sabes cuál es el colmo de una plancha? —Elena es famosa en la cafetería por su sentido del humor—. ¡Que la dejen planchada! —En concreto, por tener un pésimo sentido del humor.

Mientras ella se dobla de risa, Jaime se mantiene callado y teclea algo en el móvil.

—¿Hoy quieres tarta? —pregunta tras comprobar que su chiste no ha causado la reacción deseada.

Sin embargo, el corrector no parece oírla, ya que mantiene la mirada fija y concentrada en su teléfono.

—Es de café, con extra de café y recubierta de café. —Él sigue atento al teléfono mientras sus dedos pulsan el teclado a gran velocidad—. Todo lo que desearía un universitario en época de exámenes.

Pero dado que su genialidad y humor, por segunda vez, son desaprovechados por un Jaime disperso que no le presta atención, Elena supone que algo se le escapa.

—Vale, el primero puede pasar. Pero el segundo no era tan malo. Era una gracia simpática, sin maldad —se escuda ella mientras se fija en el chico—. No es para tanto. Los cuento peores, mucho peores. —Se lleva la mano a la cabeza y hace memoria—. ¿Qué le dice un pingüino a otro? —Espera un par de segundos en silencio antes de dar la respuesta—: «Como tú, ningüino». —Ella se ríe mientras él sigue pendiente del teléfono—. ¿Conoces el chiste del yogurt? —insiste ella—. «No» —se autocontesta—. Natural. —Jaime sigue inmutable—. «Doctor, ¿es grave?» Y le dice el doctor: «¿Ha oído eso de que lo que no mata, engorda?». Y contesta el otro: «Sí». Y entonces le dice el doctor: «Pues ha comido algo que no engorda». —Él sigue sin responder y ella decide sacar toda la artillería—: Hay dos palabras en la vida que te abrirán muchas puertas —pone sus últimas esperanzas en este chiste—: «tire» y «empuje».

Solo falta que cante un grillo para hacer más patente el silencio que rodea a Jaime.

—¡Ya vale! —alza la voz la camarera mientras da un golpe sobre la barra que consigue, por fin, que el chico dé un salto en el taburete.

—¿Qué? —pregunta él con cara de sorpresa—. ¿Me has dicho algo?

Como respuesta recibe una lluvia de azucarillos lanzados por la mano de Elena:

—¿Con quién hablas, que requiere tanta concentración?

—Con nadie...

Pero la inocencia en su voz y el ligero rubor de las mejillas revelan que oculta algo.

—¡No me mientas! ¡Te he contado mis mejores chistes y ni te inmutaste!

—¿El del yogurt? —Elena asiente—. ¿El doctor? —De nuevo, afirma—. ¿El de «tire y empuje»?

—Claro.

—Ese no es tan malo como los otros. Se agradece que no te dedicaras al humor, porque si no...

—¡Ya vale! ¡Primero, mis chistes son muy buenos! Eres tú que no sabes apreciar el buen humor.

—Tienes razón —asiente el chico—. Ni yo, ni tu jefe, ni el cocinero, ni tu madre, ni la mía, ni el panadero, ni tus compañeras, ni...

—¡Segundo! —interrumpe Elena—. ¡No cambies de tema! ¿Con quién hablas? ¡Y como digas que con nadie te lanzo una tarta a la cara! —añade antes de que Jaime pueda contestar—. ¡Sin contemplaciones! —Al verlo dudar, insiste—. ¡De arádanos! ¡Para que se te metan por la nariz!

—Con una chica —contesta al instante Jaime.

Al escuchar esas palabras Elena se queda pasmada.

—Como... ¿Una chica de verdad?

—Claro. ¿Cómo quieres que sea?

La camarera, mientras procesa la noticia, de pronto cambia su expresión. Se pone una mano en la cadera y con la otra señala a Jaime de forma acusadora.

—No será como aquella chica *de verdad* que conociste en aquel juego de internet, que estaba a mil kilómetros y quería que le mandarás un mechón de pelo para meter en su almohada y así tenerte más cerca, ¿no?

—No —se ríe él—, no es como Desdémona<sup>42</sup>, aunque reconozco que era buena tanque.

—Céntrate.

—¡Si me has preguntado tú!

—Ya —dice Elena dándole la razón—, pero ¡vuelve al tema! ¿Una chica de verdad, de verdad? —Esta vez, superado el susto, se lo pregunta con una inmensa sonrisa en los labios y dando saltitos.

—Sí, una chica de verdad.

—¿Qué me cuentas? ¡Cuánto me alegro! —De nuevo, salta de la emoción—. ¿Y quién es? ¿Cómo la conociste? ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? ¿Cuántos años tiene?

—¡Con calma! ¡Con calma! Se llama Alejandra, aunque todo el mundo la llama Álex. —Elena suelta un leve grito, aunque no abre la boca en ningún momento—. Tiene veinticuatro años, como yo, y nos conocimos en el curso de este verano.

—¿El de Oxford? —Él asiente—. Entonces, ¿trabaja en una editorial como tú?

—No exactamente. Ella está especializada en guiones de cine y teatro.

—Tiene muy buena pinta, desde luego. ¿Y vive aquí?

—Sí; de hecho ya hemos quedado un par de veces. —Elena, sin la menor contemplación, cierra el puño con fuerza y le da un golpe en el hombro al chico, que da un pequeño grito de dolor—.

¡Ay! ¿Eso a qué viene?

—¿Quedaste con ella un par de veces y me lo dices ahora? ¿Te parece bonito?

—Solo quedamos a tomar algo, hablar de libros, trabajo, esas cosas. Igual que tú con Emilio.

—Ah —la pose ofendida de Elena desaparece—, entonces, vale. ¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—¡Porque —dice el chico un tono más alto, a ver si de aquella manera deja de interrumpirle— vamos a quedar la semana que viene! A cenar. —Ella va a añadir algo, pero la dura mirada de Jaime se lo impide—. Ya más en plan cita.

—¡Me alegro mucho! —dice con una sonrisa pura y transparente—. ¡De verdad! Si es capaz de que ignores mis chistes y no te rías con ellos, te debe gustar mucho. Ya era hora de que empezaras a salir con alguna chica, porque, si no, te ibas a quedar para vestir santos.



—¡Elena!

—¡Es verdad! Se lo he dicho mil veces a tu madre.

—¿Has hablado de esto con mi madre?

—Que, como no te dieras prisa —continúa ella sin hacer caso a la pregunta—, ibas a ser el solterón de la familia que terminaría devorado por sus propios gatos. Bueno, esto último no se lo dije. Ya sabes que tu madre es muy aprensiva y estas cosas le dan mucho reparo. Aún me acuerdo cuando estuvo una semana sin dormir porque en las noticias... —En ese momento, Elena se detiene, consciente de que aún no sabe una de las cosas más importantes—: ¿Y dónde vais a ir? ¿Qué vas a hacer? ¿Has pensado en llevarla a algún sitio especial?

# Diciembre



# Martes 2

## 18:13

Diciembre trae un viento gélido que silba en las calles y congela las orejas, la nariz y cualquier otra parte del cuerpo que no se encuentre cubierta. El descenso de la temperatura ha sido tan gradual como la bajada de la marea. Los percheros, hasta entonces cubiertos de abrigos ligeros y chubasqueros, ahora rebosan de chaquetones inmensos, plumas y todo tipo de complementos para protegerse del frío que gobierna en las calles.

En el interior de la cafetería, una agradable temperatura y un acogedor olor a canela dan la bienvenida a los clientes, que se despojan de todas sus capas de ropa en breves segundos.

—¡Ya tenemos la carta de Navidad! —dice Elena. Le entrega a Jaime un papel plastificado en el que se ven dibujos de abetos decorados, copos de nieve y regalos—. Tenemos café Papa Noel, con nata montada; café Melchor, que lleva canela; café Gaspar, algo más intenso y amargo; y chocolate Baltasar. —Se inclina sobre la barra y baja el tono de voz—: A mí me parece un poco racista que sea el único que lleva chocolate caliente en lugar de café, pero está riquísimo. —Con una media sonrisa divertida, Jaime ojea la nueva carta—. También tenemos sus versiones en tarta, tortitas y gofres: nata, crema, chocolate suave o tres chocolates. Aunque el dulce especial de hoy, por su excelencia, es la tarta copo de nieve, más conocida como mimosa.

—Venir aquí es todo un desafío para la dieta —suspira Jaime como si ya estuviera lleno antes de comer—. Creo que empezaré por un café Melchor y una porción de la especial.

—Buena elección.

—Si ya tenéis la carta de Navidad, ¿cuándo vais a poner la decoración? —pregunta él mientras Elena prepara el pedido.

—Está Paula en el almacén —contesta ella señalando hacia atrás con la mano—. Busca la caja de adornos. Aunque —gira el cuerpo para mirar el reloj que cuelga sobre la barra— lleva ya un buen rato ahí dentro. Espero que no haya quedado sepultada.

—¿Sepultada?

—Sí. Al ser tan bajita alguna vez se le ha caído encima una caja. Hace unos meses fue la de adornos de Halloween; la encontramos diez minutos más tarde tirada en el suelo, enrollada en una guirnalda. —Ambos ríen al imaginar la estampa—. Es un cielo de niña, pero es bastante patosa. El tiempo máximo que ha estado sin derramarse algo encima han sido tres días.

—Muchas gracias —contesta él cuando le pone el café y la tarta—. ¿Ya sabéis si cerráis?

—¡Sí! Este año nuestro jefe se va de vacaciones con su mujer del veinticuatro al treinta y uno, así que cerramos toda la semana.

—¡Vaya! Eso sí que son unas buenas vacaciones.

—¡Lo sé! ¡Y me encanta! Son un montón de días libres para nosotras. Luego, cerramos el cinco por la tarde y el seis.

—No está nada mal. ¿Aprovecharás para hacer algo? —Ella lo mira desconcertada—. Con tanto tiempo, ¿te irás a algún sitio de vacaciones?

—¡Ah! Pues, ahora que lo dices...

# Jueves 10

09:10

El día amanece frío, cortante y apagado, con los coches arropados por una capa de hielo y las ventanas de los edificios empañadas. Ha llegado el invierno.

Cuando Jaime entra en la cafetería se sorprende al no ver a Elena detrás de la barra.

—Buenos días —lo saluda Mercedes, que saca de forma automática una libreta y un bolígrafo de su delantal—. ¿Qué será hoy? Aparte de las tartas del expositor, si esperas cinco minutos, saldrá la de canela.

—Por ahora —intenta pensar con rapidez—, un café con leche y... creo que esperaré a la de canela.

—¡Perfecto! Pues ahora mismo te lo traigo.

Mercedes, entre golpes de cadera, se aleja del chico en dirección a la cafetera. Este saca el teléfono y busca entre sus contactos a Elena. Y, justo cuando la encuentra, oye cómo se abre una puerta.

—¡Felicidades!

Cuando Jaime levanta la vista ve a la camarera en el umbral de la cocina, con una sonrisa radiante en los labios y los ojos llenos de felicidad. Sobre las manos, en un plato, lleva una pequeña tarta de canela en la que ha espolvoreado con azúcar glas la edad del chico.

—¡Jo! ¡Muchas gracias! —contesta él. Nota cómo sus mejillas se tornan fresa cuando la gente de la cafetería lo empieza a mirar.

—¡Ven aquí! —Elena deja el bizcocho sobre la barra con rapidez y se echa hacia delante para darle dos grandes besos en las mejillas—. Creías que hoy no trabajaba, ¿verdad?

—Pues sí. Estaba a punto de escribirte.

—Te he visto llegar y me he escondido dentro para darte la sorpresa. ¿Te gusta?

Jaime rompe con la cuchara su porción y deja a la vista el jugoso interior.

—Está muy rica —contesta tras probarla.

—Y aquí está el café —dice Mercedes—. Muchas felicidades.

—Muchas gracias —contesta él con la boca llena de dulce, mirando con picardía la montaña de nata montada que sobresale de la taza.

—Y, dime, ¿tienes pensado hacer algo especial hoy?

—¿Aparte de trabajar? —pregunta con ironía.

—Sí, aparte de trabajar. —Ella le roba un poco de nata con el dedo—. El día de cumpleaños debería ser festivo. No tendríamos que ir al colegio, ni trabajar, ni al banco, ni hacer nada. Como mucho, comprar helado o vino o con lo que prefieras para pasar tu día.

—Estoy contigo. Pero creo que mi jefe no está por la labor. —Jaime coge la servilleta y se limpia de los labios los restos de tarta y de nata—. Seguiré con mi tradición cumpleañosera. Cuando salga del trabajo iré al centro comercial y me compraré algún capricho, luego, en casa, me sentaré en el sofá con medio litro de helado y veré mi peli favorita —responde repleto de satisfacción el chico.

—¡Oye! ¿Y no vas a quedar con Álex? ¿Cómo os va? Hace tiempo que no te pregunto y que no me cuentas nada. —El corrector suspira—. ¿Tan mal?

—La última cita no salió como esperaba. —Sin entrar en detalles, se llena la boca de tarta.

—Cuánto lo siento, Jaime. Por lo que me contabas parecía que te gustaba mucho. —Él se encoge de hombros como respuesta—. ¿Quedamos mañana para que me lo cuentes con calma y celebrar tu cumple?

—¿Batido y gofres en el centro? —Elena asiente—. ¡Claro! ¡Me encantan las tradiciones de cumpleaños!

Mientras él disfruta de su tarta y el café, la camarera mete las manos en el bolsillo de su delantal y saca un regalo:

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Ah! ¡Muchas gracias! —Jaime lo coge y advierte que está envuelto con mimo.

# Lunes 21

13:26

La puerta de la cafetería se abre y entra, con la respiración alterada y los pelos algo revueltos por la carrera, Elena.

—¿Dónde has estado? —pregunta Jaime—. ¿No hacías hoy el turno de comidas?

Sin decir nada, ella cruza al otro lado de la barra y se pierde en el almacén. A los pocos segundos sale con el delantal puesto y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, lo hago. —Se deshace la coleta color caramelo para rehacerse y recoger los mechones rebeldes que se le han soltado por el camino—. Ya estoy aquí.

Por un momento, Jaime piensa que sucede algo, pero al verla sonreír de esa manera deduce que es bueno.

—¿Qué has hecho? —pregunta él.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Porque sonríes igual que un niño cuando hace una trastada.

—¡Soy inocente!

—Ya, claro. ¿Qué has hecho?

—¡Nada! Tomaba algo con Emilio.

—¡Ah! ¡Es eso! Con Emilio —añade el corrector con picardía.

—No pienses eso, que no —contesta en tono de reprimenda al mismo tiempo que lo señala de forma amenazadora con el dedo—. Solo hemos ido a tomar algo después de la entrevista.

—¡Es verdad! ¡La tenías hoy! ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo ha ido?

—Muy bien. —Elena no para de sonreír y tiene un brillo especial en los ojos—. Han dicho que, aunque hace tiempo que no trabajo, les gusta mucho mi perfil: mujer joven, con iniciativa y muy buen gusto y buenas ideas. La mayoría de mis diseños les encantan, sobre todo una chaqueta y uno de los vestidos de novia. Así que me han ofrecido un pequeño puesto.

—¿Sí?

—El sueldo no llega a los quinientos mensuales, pero me dan total libertad en horarios, por lo que puedo compaginarlo con la cafetería, y me dan la opción de aumentarme las horas y el sueldo en seis meses.

—¡Qué bien!

—Sí, ¿verdad?

—Claro. Aunque tendrás que trabajar mucho, al compaginar los dos trabajos, pero en seis meses seguro que te suben el sueldo y las horas.

—Eso espero. —Cruza los dedos y sonríe.

Elena está feliz y radiante. Por primera vez en mucho tiempo siente que coge carrerilla en el camino que ha decidido tomar. Que, aunque han sido tres años duros y complicados, parece que el trabajo y el esfuerzo al final son recompensados. Pero su sonrisa llama la atención de Jaime.

—Hay más, ¿verdad? —La mira inquisitivo.

—He estado con un asuntillo —responde traviesa.

—¿Qué asunto?

—Uno que no te concierne. ¿Qué pasa? ¿No puedo tener secretos? ¿Algo de misterio en mi vida?

—Sí, sí. Claro.

—¡Pues ya está! ¿Has pedido el postre? —pregunta Elena con tanta dureza que solo le falta sacar el látigo y golpear con fuerza la barra.

—Sí, tarta de castañas.

—Pues voy a por ella.

Deja a Jaime con la boca abierta, que sigue preguntándose qué sucede en su cabeza. Por suerte o por desgracia, se quedará sin respuestas, ya que su móvil suena.

—¿Quién te llama? —pregunta Elena al ver su expresión.

—Mi jefa —contesta desconcertado—. ¿Sí? Sí, hola... Bueno... No está terminado... Sí... Entiendo... —Jaime observa a Elena con una mirada que podría partir nueces—. Vale. Estaré en su despacho a primera hora. Gracias. —Cuelga el teléfono y la camarera aprovecha para alejarse de él todo lo que puede—. No huyas.

—¿Qué pasa? —Intenta poner voz y cara de tierno corderito.

—¡Le has dado la novela a mi jefa!

—¿Yo? —Coloca una mano sobre su pecho haciéndose la ofendida—. ¿Cómo puedes pensar...?

—Me lo ha dicho —corta el corrector, que marca con intensidad cada una de las palabras.

—Mierda.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo se te ocurre? ¿En qué momento pensaste que era una buena idea? Pero, al contrario de lo que pretende Jaime, Elena sonrío.

—Ha dicho que es bueno, ¿verdad?

—Pues... Esto... —El rubor le sube por las mejillas como dos manchas de mermelada de frambuesas.

—¡Ves! ¡Si es que eres un *crack*! ¿Qué más te ha dicho?

—Apenas ha leído unas páginas. Aun así, le gusta.

—¡Ah! ¡Qué bien!

—Quiere que nos reunamos después de comer. Que le hable un poco sobre la novela y el proyecto.

—¡Cuánto me alegro! —dice Elena, que da un par de saltitos—. ¡Qué contenta estoy!

—¡Eso no quita que no debiste hacerlo!

—Sí, sí. Dímelo cuando te den tu primer premio.

# Epílogo

Es muy temprano y no han abierto la cafetería. De todas maneras, como es habitual en Elena, ha llegado antes de su hora para encender la cafetera y preparar las cosas. Aunque esta mañana un sonido interrumpe su rutina. Un par de golpes en el cristal de la puerta la asustan. Cuando mira, su corazón decelera al ver que es Jaime.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunta ella nada más abrirle la puerta—, aún está cerrado.

—Ya lo sé. Solo quería venir un poco antes.

—¿Y eso?

—Quería darte...

De su mochila, saca un pequeño paquete envuelto. Tiene forma rectangular y es bastante estrecho, cubierto con papel granate y una cinta verde. Sencillo.

—Jaime...

Ella toma la iniciativa y se acerca a él. Se funden en un abrazo. No hay palabras, ni hacen falta. Los dos comparten un sentimiento que no puede ser expresado de otra forma. Un silencioso abrazo en la oscuridad de la cafetería. Sin espectadores. Sin nadie que los obligue a esconder lo que sienten.

—Es... una tontería que tenía en casa —continúa él cuando se separan.

Con cuidado, Elena quita el papel y, al ver lo que esconde, sus ojos se empañan de lágrimas. Es un marco. Sencillo, plateado, fino. Sin adornos ni florituras que distraigan la atención de lo más importante. La foto.

En ella, sentada en un pequeño jardín, se ve a una Elena unos años más joven que la que contempla la imagen. Sus ojos brillan de alegría y su expresión refleja felicidad, a pesar de unas ligeras ojeras y la mancha de color blanquecino en la blusa. Su expresión, y la emoción que transmite, eclipsan esas pequeñas imperfecciones.

Junto a ella hay un hombre. En el momento en que se hizo la foto debía tener la misma edad que Jaime en la actualidad. Son casi iguales, salvo porque el de la foto no lleva gafas, su mandíbula es algo más cuadrada y tiene las cejas más pobladas. Igual que la Elena de la instantánea, él rebosa felicidad y alegría por cada poro de su cuerpo.

El culpable de aquella emoción se encuentra justo en medio de los dos. Es un bebé de pocos meses, envuelto en una manta que apenas deja ver sus regordetas manos y su cara redondeada, pequeña, con unos inmensos ojos que, según algunas personas, eran del mismo color pistacho que los de su madre, mientras el pelo, castaño y algo ondulado, era herencia del padre.

La imagen no es perfecta. No está bien enfocada, la luz no les favorece y la pose familiar parece algo forzada. Pero, aun así, la estampa tiene una magia especial por la naturalidad que emana.

—Jaime.

Ella, de nuevo, lo abraza. Un chispazo recorre la espalda de Elena y provoca que su cuerpo convulsione y sus músculos se tensen. Aprieta con intensidad al chico, como si quisiera controlar lo que siente, piensa y ama. Con la misma fuerza, cierra los ojos e intenta contener las lágrimas



que se agolpan para ser libres y soltar todas aquellas emociones. Y así, en silencio, caen las primeras lágrimas, pequeñas y cristalinas, que recorren las mejillas de ambos depurando la tristeza que sienten.

—Los echo tanto de menos... —logra pronunciar ella apenas en un susurro.

En ese momento no existe nada ni nadie más. Solo ellos y sus emociones. Lloran mientras sus cuerpos siguen siendo víctimas de sus sentimientos: la respiración entrecortada, los hombros que suben y bajan con cada sollozo y sus cuerpos que se aprietan un poco más, como si la proximidad pudiera aliviarlos.

—Yo también —dice él de forma casi inaudible.

La pena y el pesar se mezclan de forma agri dulce con los recuerdos repletos de felicidad y risas. Recuerdos de lo que fue y sueños de lo que pudo ser.

—Hoy habría cumplido cuatro años. —Ella intenta, sin éxito, contener las lágrimas.

—Eras, y eres, una madre estupenda, Elena.

Se separan mientras se secan las lágrimas.

—Y tú, un tío horrible. —Y, en ese instante, el dolor se convierte en algo diferente—. No parabas de comprarle juguetes.

—La palabra que buscas es «preferido». Su tío preferido.

Las lágrimas quedan en un segundo plano gracias a la sonrisa que a ambos se les escapa. La tensión de sus cuerpos se relaja, la respiración se normaliza y las lágrimas, antes cargadas de unos sentimientos, ahora desbordan otros.

—A veces pienso... —prosigue ella mientras toman asiento—. ¿Qué habría pasado?

—¿Si no hubieran cogido el coche aquel día? —Ella asiente.

—Una parte de mí se imagina en la que era nuestra casa, organizándonos para llevar a... —Su voz se rasga—. Aún me cuesta decir su nombre.

Elena respira y cierra los ojos. Sus lágrimas luchan por salir. Una parte de sí misma le dice que no pasa nada, que se tome su tiempo. La misma que lleva tres años pidiéndole que se quede en el sofá de casa llorando, que lo que ocurrió es muy duro y se merece tiempo para procesarlo. Que ya no tiene nada por lo que luchar ni por lo que amar. Que una madre pierda a su pareja y a su único hijo es de lo peor que puede ocurrir. Que todo el mundo entendería que quisiera poner fin a su sufrimiento. Que se merece descansar.

Pero hay otra parte de ella. Una voz que siempre le dice que siga adelante, que puede lograrlo, que esto es una etapa. Que su sufrimiento, aunque nunca desaparezca, se hará más pequeño. Más llevadero. Que será una cicatriz en su cuerpo y su alma con la que aprenderá a vivir, porque es una mujer fuerte. Muchas veces esa voz suena como la de Jaime, la de Lucía o la de sus padres; muchas otras es la de la persona que le dijo cientos de veces que la quería cuando se abrazaban antes de dormir y que ya nunca más podrá hacerlo.

Es esta última la que la ha ayudado a seguir, a salir de casa, buscar trabajo e ir a un psicólogo. La que le recordaba que debía cuidarse, mejorar. La que, en este momento, le dice que tiene que pronunciar el nombre de su hijo.

—Samuel —dice sin abrir los ojos—. A veces veo... a Samuel... En otros niños del parque. O aquí. En la cafetería. Lo imagino jugando... —No aguanta más y las lágrimas se deslizan por sus mejillas—. Tengo miedo de que se me olvide su risa.

Los dos se funden en un fuerte abrazo.

Sin palabras, sin gestos. Dejan que sus emociones fluyan y se liberen del dolor, la tristeza, la culpa. Y permanecen así largos minutos.

—¿Recuerdas San Valentín? —pregunta él—. ¿Aquellos adornos que colgasteis del techo? —

Elena asiente—. Me recordaron al móvil para la cuna que os regalé cuando nació. Los corazones se movían como los animalitos de peluche. Pasé un mal día. —Aunque las lágrimas cesan, algunas se agolpan aún en sus ojos—. Hoy estoy mejor que ayer, pero peor que mañana. Así que solo hay que dejar que el tiempo haga su trabajo.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé —contesta con una sonrisa.

—Eso te lo dijo tu psicólogo, ¿verdad? —Asiente—. ¿Cómo vas?

—Bien. Hace tiempo que solo me ve una vez al mes. Trabajamos algunas cosas, como la ansiedad por comer.

—¿Eso que llevo diciéndote años y me restregabas que no era cierto?

—Sí, eso. Pues el caso...

—¡Espera! ¡Espera! —dice ella con una sonrisa tímida—. Quiero escucharlo.

—¿El qué?

—Que tengo razón.

—¿Cómo?

—Quiero escucharte decir: «Elena, tú tenías razón y yo no».

—¿Estas de broma?

—No.

Él respira y frunce el ceño.

—Elena...

—¿Sí, Jaime?

—Tenías razón y yo no. Tengo un problema de ansiedad que me hace comer mucho.

—Bien.

Los dos se ríen. Con dulzura, de forma tímida, pero con la sensación desagradable que a veces dejan las lágrimas. Porque la vida está llena de momentos duros, amargos como el café, que quiebran el alma como la corteza de un bizcocho y nos dejan expuestos. Pero también dulces, en los que nuestro corazón burbujea como la nata adherida a nuestros labios.

Pero ambos son inseparables. Porque no sabríamos apreciar un buen dulce si no recordáramos el sabor de lo amargo.

—Gracias, Jaime. —Continúa ella con una media sonrisa. Pasa con suavidad los dedos por la foto—. Es preciosa.

—No tienes que agradecerme nada —contesta él—. La familia está para esto.

***Fin***

# Sobre el autor

Manchego, nacido en el 86, el once del once —si mi vida fuera una novela de fantasía, esto me convertiría en uno de los doce elegidos para salvar el mundo—, soy psicólogo, estoy casado y tengo una galga amante de la lectura, aunque nos costó un poco que entendiera que no tenía que usar los dientes.

Sobre series, he perdido la cuenta de las veces que he visto *Will&Grace* o *The Big Bang Theory*. Me encantan las películas de superhéroes, todo lo que tenga que ver con Sandra Bullock y el cine en general. Salvo el terror. No veo nada de terror o que dé el más mínimo miedo. Adoro los videojuegos, jugar al rol y mido metro noventa y dos —sé que no tiene mérito, pero siempre viene bien tener a alguien alto cerca, sobre todo si las chuches están escondidas en algún estante alto de la cocina.